W. JAIME MOLINS

SELVA Y MONTAÑA

CUENTOS AMERICANOS



BUENOS AIRES

Estab. Gráfico "Oceana" — Chile 525

1918

W. JAIME MOLINS

SELVA Y MONTAÑA

CUENTOS AMERICANOS

Solo la serenidad de espíritu puede medir la grandeza de la montaña; solo el dolor, la magestad del bosque.



BUENOS AIRES

ESTAB. GRÁFICO "OCEANA" — CHILE 525

1918



EL PRINCIPE

Cada vez que un amigo visita mi pequeño museo de arqueología aymará, me veo obligado a repetir la historia de la insignificante flauta de caña, una especie de fístula romana, que ocupa lugar secundario entre los vasos de cerámica, topos y plaquetas de bronce, idolillos y máscaras de mi incompleta colección.

Y a fe que del fárrago de curiosidades, de puntas de flechas, cinceles, tablillas ofrendarias, botones, tembetás y otros bártulos del floklore aborigen, nada que llame más la atención de mis amigos que esta «sicu» auténtica, que supone la imaginación tremolando en los oteros con las dulces notas de la flauta de Pan...

*

«Jamachi», llamaron a su dueño las gentes del lu-

gar; — «Pájaro», en la lengua autóctona de los indios del altiplano. — Del por qué de este mote, supo dar razón su zampoña serrana. Aquel indio, fué músico y trovero. Nadie como él tejió más dulces y sentidos cantares. Un «llaqui-aru» (1) en su boca, tenía toda la emoción nativa de la montaña. Su corazón estaba frente a la naturaleza, en cuyo misterio había iniciado su musa sentimental. Sabía sorprender las horas con la espontaneidad del pájaro que se siente alegre porque rutila el sol y florecen las ramas. Hijo de la montaña, hermano de los torrentes, familiarizado como un águila a las breñas, solía hablar con los astros por el lenguaje de su caña. Tenía el secreto imitativo de las cosas y sabía, como un artífice, recoger y forjar las emociones para darle vida en sus «kaluyos» (2). Para cada sentimiento tenía un villancico; cada motivo de su chifle era una diversa canción que transparentaba el estado de su alma, ora suave como una estrella, ora pasional y desatada como un torrente, pero siempre llena de sentimiento y de dolor. La noche serena, el alba con la timidez indecisa del claroscuro, la nieve de las cumbres y el florecimiento de los prados, el matiz policromo de las sierras y la melancolía de las que-

---

(1) Copla sentimental.
(2) Motivo musical popularísimo entre los aymarás.

bradas, tenían para su númen un nuevo florilegio, como si la naturaleza fuera un gran pentágrama abierto a todas las emociones del cantor aborigen. Su lengua natal, el aymará de los siglos, sonora y dulce, rica en filosofía y fuerte en expresión gráfica, le abrió el tesoro de su onomatopéyica para que parlara el murmullo del agua, el estampido de la nube, el gemido del aire, el chirrido del insecto, el canto del ave... Nadie como él improvisó un bello decir junto al rancho de la amada, lloró la muerte del amigo, abrió su trova montaraz al collado, o dejó caer, en gotas de amarga pena, el sentimiento del desvío.

«Munsmahua, munsmahua, — saquistahua. — ¿Canquiraqui munatamaja? — Armaña munquista — ankko pancarita» (1) le oyeron cantar las estrellas, en su triste confidencial con las sombras salvajes del camino. «Te quiero, te quiero, me dices» — se expresaba el cantor, — «¿dónde está tu cariño? Tú, blanca florcita, intentas olvidarme». Y el eco, que era su amigo, recogió el madrigal para llevarlo de cerro en cerro...

Su técnica era tan sencilla como su flauta. El recurso generoso de su dialéctica, ahorraba el consonante. (¿Lo

(1) Citado por Rigoberto Paredes, en un boletín de la Sociedad Geográfica de La Paz (Bolivia).

tuvieron, acaso, los helenos?) Sobre la materialidad del ritmo, ponía la esencia divina del sentimiento, es decir, poesía. Su verso era como sus montañas: entre la masa de riorita inocua, se trenzaba la veta de metal. Para cada pensamiento musical tenía un romance fijo; y como sus trovas corrieron la popularidad de la comarca, por los agujeros de su flauta abría su corazón.

Los domingos, días de tregua para su fatigosa labor, solía vagar por los valles improvisando ritornelos y lascivas serenatas.

Fué un gran poeta, sin duda. Su lírica se abrevaba en la fuente inagotable de todo lo creado. Tenía la pauta de lo armonioso y sobrenatural. Su alma, como una cuerda sonora, estaba templada al diapasón de la naturaleza. Y si le faltó algo para ser un cantor que gustara las mieles de Himeto, su flauta, esta flauta de carrizos, que es ni más ni menos que la syrinx griega, le abriría las puertas de la Arcadia.

*

«Chuima-Chiusa», — algo así como «Corazón vacío»,

en la expresión dolorosa y apropiada del idioma, — le había robado su afecto. En el «kachua» la danza erótica de los aymarás, Chuima-Chiusa le tendió sus redes bailando tras él y contestando con gracia las coplas amorosas del cantor.

Así nació el idilio.

Chuima-Chiusa era una indiecita joven y buena moza que trabajaba de pallaris (1) en el ingenio de Guillermo Hassmann, y que, al decir de los obreros, aceptaba de buen grado las galanterías del patrón.

Por la noche fué el trovador a llorar su serenata.

Su alma desnuda estaba llena de dolor:

«Nací en noche lluviosa, como si mi pobre alma estuviera destinada a llorar eternamente.

«—¡Oh, hijo mío! — díjome mi madre — tú has nacido para sufrir. — Y lloró amargamente.

«Por eso es que cruzo el mundo como un pájaro azotado por el viento de la puna.

«Quiéreme mucho, paloma torcaz, porque sufro, porque lloro, porque te amo.»

Este amargo cantar ha quedado en el cancionero de la comarca.

---

(1) La mujer que separa los minerales en un ingenio.

Aquella alma ingenua acababa de depositar un afecto en el fondo de un «corazón vacío».

*

El desengaño no se hizo esperar. Eran mucho incentivo para aquella mujer veleidosa el mantón rojo y los gruesos pendientes que le regalara Hassmann, para que prolongara en el indio pobre, un querer tan fugaz como las notas de su flauta.

—¿Por qué has venido? — le preguntó Jamachi, cuando se encontraron por última vez en el soto que sombrean los churques.

—¿No me llamó tu flauta? — interrogó a su vez la india.

—No, no te he lamado. Mi flauta lloraba esta vez... Lloraba como siempre.

—Creí que me llamaste.

—¡Oh! cómo has olvidado la voz de mis kaluyos... Corazón vacío!

Y había tanta amargura en sus palabras, que la india bajó la cabeza confundida.

—¿Tú tienes querido? — interrogó de pronto Jamachi («Untacama utquiti»). Confiesa...

—Hanihua... (1).

—Sí, tú tienes querido...

Lo dijo con ternura, a media voz, como si temiera provocar la ruptura definitiva que iba a partir su corazón. Luego sintió vergüenza de aquel noble romanticismo gastado con la manceba desleal; y como si la soberbia atávica de su raza se trenzara en un haz para azotar su rostro, sintió que la sangre se le agolpaba en la cabeza y, ciego de ira, tomó a la india por los brazos y la hizo caer al suelo, de rodillas.

—¡Como todas! — exclamó con desprecio, — ¡como todas!...

Chuima-Chiusa rompió en sollozos.

El sintió entonces un enternecimiento de varón fuerte.

—¿Lloras? — le dijo con lástima.

Pero la india no respondió. Secó sus lágrimas con el mantón de espumilla que cubría sus hombros, recogió del césped su «piruru» (2), y comenzó a ascender el camino del ingenio.

—Esta mujer me olvida — pensó el indio. — La he perdido para siempre... ¡para siempre!

(1) No, nada.
(2) Trebejo para hilar.

Y se echó al suelo de bruces, a llorar.

*

Por mucho tiempo no volvió a sonar la flauta de Jamachi. El pájaro, como herido de muerte por la escarcha de agosto, había dejado de cantar. Ni coplas, ni serranillas despertaban ya las aves de las breñas en las noches de luna. En vano, al amanecer, las quenas de otros indios poblaron de notas la extensa quebrada, como un envite al contrapunto armónico con el músico alabado; en vano los sembradores instaron su presencia en la fiesta inicial de sus predios, para alegrar la chacra opulenta, mientras el arado primitivo hería los rastrojos. El trovador había enmudecido.

—¡Bah! — se encargó de asegurar la maledicencia, — no compone más porque no sabe... Era un vagabundo.

Al atardecer de un día sereno, le vieron, por fin, junto al camino, en el collado que cae al ingenio. Se había sentado en una peña, profundamente pensativo. Abajo

hormigueaba el villorrio. Las chimeneas de la usina salpicaban el cielo con sus volutas de humo. Hasta el montículo subía el rumor apagado de las maquinarias, mientras los baldes del andarivel bajaban pausadamente, desde la mina, con la cosecha de metal. El indio obsecó su imaginación en el cuadro vigoroso de la concentración metálica: los pedernales, bajo el peso de los pistones, desgarrándose en las trituradoras, en los molinos de cilindros, en los tromeles; luego zarandeados por los cedazos, en los jigars automáticos, en las mesas «Humboldt». Le pareció ver los grandes hornos giratorios «Kauffman» devorando metales en el funcionamiento de la separación magnética, y vomitando los miasmas pestilentes del azufre piritoso, que ahogaba sin piedad los pulmones del obrero... Luego pensó en aquellos grandes monstruos de acero, los motores «Diesel», que debían tener el alma de Lucifer para mover, por los alambres mágicos toda la maquinaria de la mina, los elevadores, el tren...

Estaba en estas meditaciones el indio, cuando sintió que le golpeaban bruscamente la espalda.

—¿Qué haces ahí, borracho? — sonó, al propio tiempo, la voz gutural de Hassmann, mientras le empujaba suavemente con la punta de su bota.

¡Oh... era bastante ya! Aquel extranjero flemático, rubio, gordo, llegado de quién sabe dónde, era un opre-

sor de su raza, era un ladrón que venía a saquear sus cordilleras... ¿Le habían llamado, acaso? ¡Y sus pobres hermanos viviendo en la opresión! ¡Y sus pobres indios trabajando como bestias en aquellos forados fríos y oscuros, para ir a tirar los cobres del mísero jornal en el boliche del ingenio! ¡Y sobre tener a su raza en la esclavitud y en el dolor, atreverse a traer maquinarias nuevas que ahorraban brazos y aumentaban la miseria de sus hermanos! ¿Qué eran, sinó, nuevos verdugos, aquellas compresoras de aire, aquellos aparatos diabólicos, aquella energía eléctrica, que arrasaba con el obrero honrado para devorar con más avaricia el rico filón de las montañas? ¡Y todo para enriquecer al forastero, al déspota, al intruso!...

Entonces pensó que su estirpe venía de los pies de un trono. Fueron hijos del sol sus antepasados. Los vestigios del lago Titicaca tenían el sello de su progenitura. Grandes metrópolis levantó la magnificencia de sus abuelos. Y sobre las piedras de sus palacios, otras tribus asentaron sus ciudades. ¡Oh, sol!... ¡Oh, gran dios del Universo! Su florecimiento precolombiano, era anterior a los egipcios y a los caldeos. Allí, en las orillas del lago maravilloso, se había mecido la cuna de América... tal vez la cuna del mundo. Y ahora, un desconocido «micha» (mezquino), venía a arrebatarle a él y a sus hermanos, el poderío y la grandeza de sus mayo-

res y hasta el amor de sus mujeres... ¡Oh, era bastante ya!

«Pájaro», sintió que le subía de las entrañas como una ola de rencor.

—Vea, su gringo «querari» (1). Usté podrá ser el patrón de todo ésto — y describió un gran círculo con su diestra, abarcando todo el horizonte; — pero «yo», soy el Príncipe ¿sabe?... ¡el Príncipe!

—Borracho, — repitió Hassmann riendo; — como no faltes mañana al amanecer en la mina, todo va bien.

Montó la mula que sostenía del diestro y se alejó al paso mesurado de la cabalgadura.

*

No faltó Jamachi, como no faltaba nunca a sus labores.

Era un obrero inteligente. Apiris cuando niño, barretero y enrielador después, tenía a su cargo una pe-

(1) Poco aseado, sucio.

Tiempo después, en una quebradita lejana del ingenio, aparecía un nicho pequeño recostado en la ladera de la montaña. La reverencia indígena a los muertos ilustres, que ha olvidado las «chullpas» (1) centenarias dedicadas a los gentiles, renueva su culto en estos monumentos sencillos que interrumpen la monotonía del sendero. Y así como a las viejas tumbas que se levantan en toda la altipampa, llevaron deudos y amigos los menesteres de labor del ilustre muerto, manos anónimas depositaron esta flauta en el hueco que formaban las piedras, como si su alma erradiza pudiera reincarnarse en el lenguaje divino que hablara con las estrellas remedando los pájaros...

Esta es la historia de la flauta que recogí una tarde lluviosa de un nicho abandonado, viajando de Colquechaca a la alquería de Caripuyo, en la provincia de Charcas, y que, como la siringa de los griegos, al decir de Garcilaso, tuvo un florilegio diferente para cada emoción.

Y, tenedlo por seguro, que manos de mujer tejieron el poema...

---

(1) Tumbas

LA MISTERIOSA DESAPARICION DE MISS FULKEN

Acabo de leer en «La Nación» una noticia telegráfica de Boston que me ha interesado sobremanera.

«Boston, 15, — dice el despacho. — La revista «The Splorationer's Review» ha formalizado una encuesta para averiguar el paradero de la célebre naturalista miss Bety Fulken».

Yo conocí a miss Fulken en un viaje a las cataratas del Iguazú. La intrépida americana, a pesar de su bien contado medio siglo, era ágil como una corza para salvar los riscos y afirmarse en las maromas de los puentes flojos, en cuyo fondo hervía la espuma del turbión.

En el camino de Aguirre hasta el hotelucho del salto, a menudo hacía detener el breack que nos conducía, para perseguir, redejuela en alto, los lepidópteros que revoloteaban por el umbroso sendero, sin hacer caso de nuestra amable chacota ni de los acebos espinosos que desgarraban sus vestidos. Y cuando lograba sorprender la mariposa, gateando a veces hasta arañarse las manos con los madroños y la hojarasca, una expresión

de júbilo infantil dejaba escapar de sus labios. Tomaba luego su presa con cuidado exquisito, cosa de no dañar el polvillo de oro de las alas, y mientras preparaba el disecador y el agudo alfiler que debía atravesar, como un puñal, el cuerpo del insecto, solía decir casi llorando de emoción:

—¡Una tiris lúgubre!... ¿Han visto ustedes?... ¡Maravilloso!... ¡Maravilloso!...

Y la gran mariposa negra, afelpada, cruzada a fajas blancas, perfumada aún con la suavidad de los bulbos olorosos, pasaba a la cárcel de cartón donde la maligna cazadora almacenaba sus víctimas, aquellas «flores con vida» de Latreille.

En un comienzo, esta Diana rugosa, que con saña cruel perseguía los insectos, movió el mal humor de los turistas; pero, decididamente, la tolerancia con que aceptó nuestras bromas, pudo más que el mal intencionado deseo de dejarla en el camino, y azuzar las bestias para llegar a las cataratas en horas de sol y de belleza.

En el salto, sólo la ví dos veces en el comedorcito atiborrado de inscripciones, desde donde se siente el eterno rumor de las cascadas al fondo de las brumas teñidas por las fajas del arco iris. Mientras comía, ponía en orden sus apuntes con lápiz ágil y seguro.

La mañana de nuestro regreso, muy temprano, la en-

contré en preparativos, deseosa de incursionar por los alrededores de las Gargantas del Diablo. Pero era tarde ya, y tuvo que someterse, muy de mal grado, a la orden del postillón: «¡Listos todos!».

En puerto Aguirre, antes de embarcarnos aguas abajo en un buquecito a peróleo de poca monta, ojeaba distraído el álbum de los viajeros, — receptáculo de tan grandes y variadas impresiones, — cuando saltó a mi vista el pensamiento, con tinta fresca aún, que acaba de suscribir la mano nerviosa de miss Fulken: «¡Oh Niágara!, — decía — ¡cuán pequeño quedas ante esta maravilla de los siglos!».

Decididamente, aquella mujer, que con tal entereza rubricaba un pensamiento tan fustigador para su orgullo nativo, no podía ser una mujer inferior.

Ya a bordo, trabamos una relación más amistosa con la yankee.

La vocación pictórica de mi mujer y su predilección por la botánica, fueron un poderoso incentivo de atracción para la viajera. Esta circunstancia me dió oportunidad para observar que miss Fulken no solo era una mujer de preparación sólida, difundida en las ciencias naturales, sino que poseía un espíritu selecto, lírico, casi infantil, de cuyo fondo manaba un amable romanticismo, suavemente, como el agua clara de un nacedor.

Venía encantada de la selva, de los pájaros, de la dulce languidez de los arroyos, de los despeñaderos bravíos, de las mañanas brumosas que velaban el río hasta sentir las caricias del sol, de cada árbol, de cada nido, de cada flor, como si aquel maravilloso país de los grandes saltos, fuera el apuesto y esperado galán que volvía a llamar a las puertas de su corazón, marchito por los años y por el dolor.

—Vengo pesarosa, — nos dijo a la hora del té, — muy pesarosa... Estos viajes tan rápidos no me dan tiempo ni para ordenar mis colecciones. Figúrense ustedes que en las inmediaciones de Itakiry, donde permanecí dos semanas estudiando una variedad de helechos, me han hablado de un pájaro rarísimo. Es una ave nocturna, gigantesca, que cuando vuela despide luces de sus alas...

—Si usted fuera a llevar la corriente a todas las agüerías ribereñas!... — interrumpió el capitán.

—Sin embargo, — tercié en la conversación, — puede muy bien suponerse la existencia de una ave en condiciones luminosas.

—No sea usted ingenuo, — bromeó el capitán.

—Precisamente — respondí; — en un magazine americano, he leído, hace poco, que ciertas aves crían bajo sus alas unos pólipos fosforescentes...

—¡La novelería de mis paisanos!... — ironizó miss Fulken, sonriendo.

Esta irreverencia a la razón científica, que me pareció un atrevimiento en boca de miss Fulken, venía a darme un punto de apoyo para ver a trasluz de aquel espíritu singular, amasado de doctrina y superstición.

Y era raro, en verdad.

Aquella mujer, saturada de ciencia, solía tener sus teorías abstrusas. El alto Paraná, tan lleno de encantadora mitología, se acababa de meter en su alma con el maleficio de sus encantos. Los bosques del «ca-á», le habían infiltrado la dulce emoción de la leyenda guaranítica que dió a sus ninfas el hipnótico poder del «caburei». Cada árbol de la ribera era un alma; cada tronco que arrastraba el río entre la penumbra del lánguido atardecer, el cuerpo de un réprobo arrojado por la vorágine de los saltos iracundos del norte. La tentación de explorar aquella alma ingenua y grande, me llevó, más tarde, a divagar sobre las raras consejas del río.

—En las caletas altas, — le dije, — donde los ribereños abandonaron un obraje, cuentan que en las noches amables, suelen reproducirse los ruidos y las voces, como si volvieran a su labor los leñadores, giraran las cuchillas del aserradero y tomara nueva vida el trajín de la maestranza.

—¿Y cómo explica usted este fenómeno? — me preguntó.

—Sencillamente. Es un caso de impresión y propagación del sonido, merced a la intervención de factores meteóricos que es necesario puntualizar. Las experimentaciones de Pellat sobre la energía vibratoria, llegaron al resultado de que una pequeña caloría es capaz de mantener un sonido perceptible durante 10.000 años. Esto en lo que se refiere a la intensidad de los sonidos perceptibles. Ahora bien...

—No me convence usted, — interrumpió miss Fulken; — el eco no puede conservar reflexiones espontáneas durante tanto tiempo.

—Pero si el eco nada tiene que ver en este caso... Es, sencillamente, el factor atmosférico en armonía vibratoria con los cuerpos de la ribera donde se produjeron los ruidos, que opera a modo de punta reproductora del fonógrafo.

—No me dirá usted que las rocas puedan recoger sonidos...

—¿Y por qué no?... ¡Ya lo creo que suenan! Lo que podrá objetar usted, cosa elemental, es que no todo cuerpo vibrante es capaz de proporcionar sensación sonora, mientras la frecuencia de sus vibraciones no sea de 16 por segundo, como mínimo.

—Precisamente...

—Pero contra sus dudas está el argumento palmario de este raro fenómeno de refracción tan divulgado entre los ribereños del alto Paraná. Y no es el caso de suponer un espíritu de agüería en quien, como usted, ha abordado con valentía tan interesantes problemas científicos...

La yankee sonrió de buena gana, mientras remataba débilmente su terca aseveración:

—El eco... créame, el eco...

Yo apliqué luego mi teoría del fonógrafo, atribuyendo a la atmósfera una participación esencial en el fenómeno. Los ruidos del obraje abandonado, recogidos por los huecos de las rocas, como por el cautchú de un disco pathé o el cilindro de cera de un grafófono, en una noche serena, volvían a hacerse sentir por la reproducción exacta de un estado meteórico favorable. En una palabra: el estado del tiempo era el que provocaba la reproducción de las vibraciones registradas en las sinuoisdades de la ribera.

No sé si mi explicación satisfizo a la americana; pero durante la tarde de ese día la observé taciturna, sentada junto a la escotilla de proa, ojeando con displicencia algunas revistas newyorkinas.

La caída del sol, un maravilloso tramontar, con derroches de bermellón, de oro y de nácar, puso una sedante caricia entre el sopor de la siesta y la muriente

languidez vesperal. El río, correntoso y amplio, tendía su alfombra de turquesa a los pies del bosque formidable que bordeaba las orillas. Comenzaron las sombras a tupir su manto en la costa misionera, mientras el ocaso se diluía en pinceladas de uranio, cerrando la marcha del sol.

Fué necesario entonces calcular el fondeadero donde se debía pasar la noche. Los arrecifes del río suelen dar buena cuenta de los barcos aventureros, que se arriesgan en la travesía nocturna. Y nuestro capitán que era experto, en achaques de esta navegación fluvial, prefirió amarrar en algún ribazo conocido a tentar la aventura de los escollos. Se encontró, por fin, el abrigo sobre un fondo de cuarenta brazas. Se afianzó el navío con vergas de proa y popa a los fornidos troncos de la ribera. La noche comenzó a extenderse con una serenidad beatífica, profunda y silenciosa. Se abrieron los astros como capullos, mientras las luciérnagas prendían sus diamantes en las ramas de los árboles... Era la hora de la soledad, de esa magnífica soledad de los trópicos, misteriosa y emotiva, que remonta al espíritu en una rara sensación de paz...

Después de la cena, fondeado el vaporcito y mientras el mucamo del capitán me alcanzaba unos mates amargos, tiré mi línea a la correntada, más que

con el deseo de pescar, para añorar viejos sentires en una hora tan llena de ensueños y de bondad.

A las diez bajé al comedor donde mi esposa y miss Fulken tomaban el té, departiendo amigablemente sobre asuntos femeniles.

—¿Tema nuevo, amigo mío?... — me saludó con sorna la americana. — Porque su marido es un discutidor incorregible, señora, — exclamó, dirigiéndose a mi mujer...

Y se echó a reir con risa franca.

—¡Ah!, incrédula, miss Fulken!... ¿No sabe usted?... ¿Pero qué opinaría usted, si le dijera que en la costa que estamos?...

—¡Pero, hombre! — se anticipó mi mujer, con una mirada de reproche, temerosa de que mi broma fuera pesada.

—¡A ver!... ¡a ver! — insistió miss Fulken, apoyando sus codos en la mesa y afectando una expresión de curiosidad infantil.

—Pues bien: estos bosques están habitados por tribus exóticas, casi inverosímiles...

—¿Liliputienses, quizá?... ¿Gnomos barbados que se escurren como lagartijas por las cavernas?... ¿O tal vez caníbales?... — se expresó con una socarronería encantadora la yankee.

—Algo, algo así... pero más raro aún...

—Lo sentiría por los guayaquíes que tan buena amistad han hecho conmigo en mi excursión por los yerbales...

—En estos bosques, no se ría usted, peregrina una raza de indios rubios, casi albinos, cuyo estudio ha dado mucho que hacer a los naturalistas.

—¿Con que sí?... ¡Vaya! Los estudiaremos en oportunidad.

En aquel momento, tres o cuatro mariposas penetraron por las ventanillas del comedor, atraídas por la luz de la lámpara que ardía en el centro de la mesa.

—¡Una heliconia! ¡Una heliconia!... ¡No decía yo! ¡Si en esta región tropical debía haber heliconias!... ¡Qué error de Linneo al negarlas!... ¡Que no se vuele!... ¡que no se vuele!... ¡Corra los cristales, por favor!...

La mariposa, espléndido ejemplar de un obscuro intenso, con dos tréboles amarillos en las alas y ligeros motivos rojos, dió algunos giros alrededor de la luz y luego se extendió sobre la mesa como si fuera un tulipán.

—¡No la dañe usted! ¡No la dañe usted!, — me encomendó miss Fulken, al ver que me disponía a darle caza, usando de mi sombrero como de una red.

Todo fué caer el pintado insecto bajo el agudo alfiler, cuando una nube de mariposas invadió el comedor.

Aquello era un diluvio. Nunca he visto una variedad tan infinita de lepidópteros crepusculares y nocturnos. Las papilias de alas azules, con manchas amarillas y pintas rojas; las antocaris, blancas y rojas; las colias, de anaranjado vivo con matices purpúreos; las azulinas y grandes morfas; las euterpes parduscas, fajadas de rosa pálido; las ninfálidas polícromas; las insignificantes licemas, tan diminutas y frágiles; las pieris, del blanco vulgar de los almendros, viejas amigas de la huerta familiar... Y sobre aquella invasión de pétalos animados, de hojas de rosa, de jazmines, de clavelinas y violetas, se confundió en el incesante torbellino la familia de los cástridos que daban idea del bananal próximo, de las bromeliáceas y de los cactus. Miss Fulken estaba encantada, maravillada, electrizada. Nunca soñó en una invasión tan proficua, ni en una cosecha tan óptima.

—¡Esta leptal, que no escape! — ordenaba. — ¡Ah!... ¡Te pesqué, al fin, diminuta y fugaz licema!... Pero ¿qué veo?... ¡Si esto es nada menos que un macrogloso estelario!... ¡Bravo!... ¡Bravísimo!...

Y la magnífica mariposa, de un pardo gris ceniciento, cruzada a rayas negras, caía bajo el alfiler que esgrimía nuestra miss, con la certeza mortal del estileto. Y nosotros, arma en mano, seguíamos colaborando en la obra despiadada de exterminar aquellas flores del bos-

que que venían a saludarnos en una eclosión de gracia y de color.

En poco tiempo el hule de la mesa quedó hecho una paleta de colores vivaces. Y la cacería se hubiera prolongado por horas y horas, con aquella interminable irrupción de matiz, si el espíritu recóndito de la selva no hubiese venido a sacudirnos.

Fué el golpe de una hacha, sobre el tronco fornido, que se dejó oir distintamente en medio de la noche estrellada. Y tras el ruido seco, el golpe de nuevas hachas, de muchas hachas, hiriendo aquellas columnas de la selva apocalíptica; y tras la tajante caída del hierro que hacía temblar las copas de los árboles, el pausado y sincrónico «¡jaah!»... «¡jaah!»... «¡jaah!» de los leñadores, con la misteriosa expresión de un responso talar. Luego, el murmullo difuso de imperceptibles conversaciones... Una voz de mando, que se señala con vigor en la monotonía de aquella especie de parloteo mediodental... Segundos de silencio, en que sólo se oye el glogloteo de la corriente al chocar con las ramas de la ribera... Después, el «craac» de un árbol que cae y el chasquido de sus hojas al azotar las ramas de los árboles próximos. Luego otra vez el murmurar difuso...

Quedamos como petrificados. (Habíamos fondeado, sin duda, en uno de esos viejos obrajes donde el vesti-

gio del campamento forestal llora, en el bosque ruinoso, la despiadada violación.)

—Y ahora ¿qué dirá usted? — me atreví a interrogar a miss Fulken.

Pero miss Fulken se limitó a encogerse de hombros, sin atinar a una respuesta.

Se había quedado profundamente pensativa.

*

Al día siguiente, ya el sol alto, bajé al comedor.

—¿Y miss Fulken? — interrogué al comisario de a bordo que encontré al paso.

—Miss Fulken desembarcó esta mañana a las seis, en puerto Piñero.

—¡Cómo! — exclamé —; si ella bajaba a Posadas!...

—¡Manías de estas misses raras!... — me respondió.

En el comedor, sobre el hule de la mesa, blanco como una mortaja, estaba aún el tendal de mariposas, ajadas y descoloridas, en el triste abandono de aquellas ma-

nos nerviosas que sabían cosecharlas con verdadera emoción.

*

No he vuelto a saber más de ella.

Hoy me sorprende la noticia telegráfica de Boston, procurando el paradero de la exploradora. ¡Vaya a saber uno dónde está! ¡Era una mujer tan andariega esta miss Fulken!...

LOS CONDORES

—¿Y ha olvidado usted, ya? — pregunté, con cierto aire de duda, a Mr. Hooper, que acababa de poner punto final al relato de su vida.

—Quizá... — se expresó débilmente; — creo que sí... Las montañas son un antídoto maravilloso para borrar estas cicatrices...

Debí respetar esta gota de amargura que titilaba como una estrella en el fondo de su corazón y pasé a otro tema.

—¡Miren al muy mimoso! — exclamé, reparando en el cóndor doméstico que restregaba su cabeza agrisada contra el pantalón de mi interlocutor.

—¡Ah!... son así estos pájaros. Le toman apego a una persona y se vuelven molestos de cariñosos...

—Le garantizo — confesé — que este ejemplar es para mí una revelación.

—Debe ser así, porque Buenos Aires, tan vertiginoso, poco sabe de estas sencillas manifestaciones de la historia natural — respondió, ensayando una sonrisa suave que embozó la ironía.

Luego hizo el apólogo de los voltúridos. Para él los cóndores, poetizados por «su Andrade», eran sencillamente los buitres; sí, los buitres, a quienes la calvicie y la cresta airosa les deban esa austeridad apocalíptica de señor de las montañas, capaz de inspirar himnos marciales y perpetuarse en el escudo simbólico de las naciones. Pero es que a estos sarcoranfos es una maldad científica haberlos calificado de «grifos», negándoles cualidades de domesticidad para vivir en la compañía del hombre. Y muy brutos deben ser los cuidadores del jardín de Hamburgo, que todavía no se han hecho estimar por estos pájaros. ¡No faltaba más!

Y en Buenos Aires, ¿no estaban discutindo todavía sobre las condiciones de estas aves y abriendo ridículas encuestas? Y todo, ¿por qué? Porque se le ocurrió un buen día a un cierto señor Tschudi lanzar la especie de que un cóndor prisionero le había arrancado de cuajo una oreja al negro cuidador... ¡Claro! la fábula ganó la zoología; y ahí tenemos que es cosa fuerte aniquilar el prejuicio aun con la verdad evidente.

¡Y qué cosas dijo! Aquel hombre habló sobre los cóndores cosas que no he leído jamás en ninguna ornitología de las más sonadas. Refutó con claro discernimiento muchas de las teorías conocidas; zarandeó fuertemente el diletantismo de algunos naturalistas, destruyó consejas, puso su adarme volteriano para ciertos ex-

perimentadores a la violeta; y después que hubo destrenzado el nudo de sus nervios, ahogó la tempestad interior con una brisa suave y una amable insinuación final:

—Usted, amigo, usted que escribe, ¿por qué no reivindica estas aves legendarias a la consideración de los hombres de estudio?

Instintivamente miramos al cóndor doméstico que se había encogido como un perro fiel a los pies de Hooper.

—Buick... Buick... — le llamó su amo.

El cóndor se irguió con presteza, extendió el enorme abanico de sus extremidades superiores, y de un solo aletazo que movió como un ventilador el aire de la habitación, ganó el espaldar de la silla.

Quedé admirado de la mansedumbre del ave. Mr. Hooper, orgulloso del éxito de su defensa, sobre los cóndores, giró en su silla, más para ocultar una sonrisa de júbilo que para ordenar los papeles dispersos de su escritorio (1).

Hubo un breve silencio, mientras Buick, extremando sus monerías, separaba con su pico los cabellos rubios

---

(1) No se estime paradojal esta opinión sobre la domesticidad de los cóndores. En los valles cordilleranos es común el cóndor familiar, criado desde polluelo. El ex gobernador de Mendoza, don Rufino Ortega (hijo), conservó uno en el campo Malargue, al sudoeste de Mendoza, cuya mansedumbre y encariñamiento con su amo podría servir de espécimen para destruir la opinión de grandes naturalistas sobre el temperamento de ciertas aves carnívoras.

y ensortijados del dueño de casa, con la suavidad de una paloma.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció uno de los peones del establecimiento. Era un tipo serrano perfecto, de luenga barba voltiza, tez de bronce, huesoso y fuerte. Buick se sintió instintivamente como electrizado. Se irguió con fiereza y majestad. Chispearon sus ojos sangrientos, sacudió su cuerpo como ahuyentando la modorra y ahogó un graznido hueco, que traduje como una frase de rencor. Era el odio tremendo del ave de las sierras al hombre de las sierras, su enemigo mortal.

El gaucho advirtió la acometida. Sin avanzar un paso, pero sin inmutarse, trenzó en la diestra la lonja de su rebenque y esperó. La escena fué tan rápida que Hooper no pudo darse cuenta de ella hasta que Buick se tiró al suelo con la gravedad ancestral de su raza sobre las presas vencidas; encrespó, como agudos aceros, las plumas de su cuello y extendió las alas, dispuesto a saltar al rostro de su enemigo en cuanto advirtiera la menor flaqueza.

—¡Imbécil! — gritó Mr. Hooper, poniéndose de un brinco junto al peón, mientras con una energía admirable arrancaba el rebenque de sus manos.

—Pero, patrón... yo venía... — ensayó su defensa el gaucho.

—¡Nada!... ¡nada!... — interrumpió Mr. Hooper, rojo de ira. — Hay cincuenta azotes para los lomos del que moleste a Buick... cincuenta azotes ¿sabes?... — Y levantó el brazo, como para anticipar la reprimenda.

Pero el gaucho ni se movió siquiera. ¿Bravura?... Quizá... Cuando se tiene por delante la inmensa libertad del desierto y el refugio inextricable de las montañas, ¿por qué ser un miserable galeoto? — reflexioné, instantáneamente.

Tal vez, sintiendo así, soportó con serenidad la mirada furibunda del patrón y el ojo del ave sanguinaria. «¿Dónde está la fiera?» — pensé yo. — Pero la cultura de Hooper evitó el drama.

Salió el gaucho arrastrando sus agudas nazarenas y volvió a sumirse la habitación en el tibio ambiente de su tranquila hospitalidad...

—Son de brutos estos paisanos... de brutos, créame, no de malos — razonó Hooper, arrellanándose nuevamente en su silla, mientras acariciaba la cresta de Buick, que había vuelto a extenderse a sus pies como un perro.

Horas después, seguíamos con Hooper las huellas de los sembradores en el alfalfar próximo, precedidos por las zancadas de Buick, a cuya presencia huían despavoridas las bandas salteadoras de gorriones y pitirrojos...

*

Hooper, Andrew Hooper, es un irlandés de buena cepa, llegado de su verde Erin hace veinte años. En el valle de Calingasta, sobre un camino a Chile, plantó su tienda, cultivó sus alfalfares y abrió un nuevo horizonte a la ganadería cerril de la comarca. Jamás las vegas cordilleranas dieron sombra a un tan noble mocetón, cuyo tronco secular, con raigones en la corte de Carlos I, secudido por la mano de Cromwell, había retoñado por múltiples generaciones en tierras de Irlanda. Un romance, donde la veleidad de una mujer creó un rival y puso un epílogo de sangre, lo trajo a América. Este detalle define su personalidad a trueque del convencionalismo inglés, tan flemático para liquidar los achaques del corazón. La vida de las montañas mitigó su dolor. Se hizo gaucho. ¡Pero qué gaucho! Inteligente y sereno, dominó la lengua y dominó como un príncipe aquella población fronteriza, andariega y rapaz. Las cumbres le dieron la vista del águila. Se familiarizó con el peligro de los despeñaderos y jugó su vida en la asechanza peligrosa de los felinos. Bloqueado por la nevasca, hambriento y aterido de frío, supo, en ocasiones, aguardar en el resquicio de una roca, con la serenidad de un gran varón, la hora de la muerte, hasta que sus peones le llevaban el auxilio providencial. Si su cultura excepcional no hubiese pasado por el tamiz de Oxford, hubiera sido un bandido princi-

pesco a despecho del corazón. Pero, prefirió ser un cenobita de Tolstoi y no un desalmado de Hugo. Por los diarios de Buenos Aires y algunas revistas de Dublín se comunicaba con el mundo externo, tan doloroso a sus remembranzas. Su misantropía, amargada en la hiel del espíritu, no fué puerta cerrada en la hospitalidad de su hogar. Su generosidad se abrió siempre al viajero, pero como el perfume recóndito y suave que emanara de la ignorada flor, sin que la caravana que recuperó energías a su sombra, llevara, al volver al camino, la impresión del dueño del cortijo donde pasó la noche. Sabía transigir y perdonar como un gran filósofo. Pero, cuando la ira ofuscaba su corazón, cuando la ofensa grave llegaba hasta desconocer su autoridad omnipotente en aquella comarca abrupta, sometida por el caño de su revólver, cuando el pillaje vagabundo transgredía sus designios, nada más violento que el temporal desatado en su alma salvaje, como si los tres siglos de ostracismo de sus progenitores pesaran en él la tremenda necesidad de la venganza.

Y era cruel.

*

Cierta mañana de agosto, tibia y clara, incursionamos las sierras vecinas. El «zonda» había pasado días atrás, proseguido de un pampero glacial. Después, la serenidad del espacio generalizó días bonancibles y noches magníficas.

—Tenemos por delante una semana de buen tiempo — me había dicho Hooper. — ¿Quiere que la aprovechemos en una calaverada cinegética... Vea que después las cordilleras van a estar cerradas.

No me hice repetir. Partimos. El invierno se había retardado, pero no tanto que a los picos altos faltara su diadema de plata. Nuestra excursión fué encantadora. Frente a las montañas, en la soledad salvaje de aquella magnífica naturaleza, fué donde alcancé a penetrar el espíritu recóndito de este irlandés huraño y frío. Hooper era, realmente, un sabio. Conocía a fondo los variantes meteóricos de aquella enorme zona de los Andes; anticipaba, como un oráculo, los fenómenos celestes, por más insignificantes que fueran. Leía en el color de la nubecilla errante, en la sombra de un cerro, en el aspecto de un arbusto, en las características de una flor o de un pájaro. Conocía la constitución física de cada roca; calculaba, casi en metros, la cercanía de un torrente; tenía en su cabeza, como en un enorme vademécum, toda la farmacopea de aquella copiosa botánica de intraducible nomenclatura aborigen. Donde la

montaña se diluía en una pincelada de verde suave, advertía con ojo de azor la pareja de guanacos ganando el filo del cerro, en una lejanía tan remota que no lograría el alcance triplicado del beterly. Pero donde era maestro consumado era en el conocimiento de la ornitología montaraz. Competía en olfato con los raptadores y adivinaba su cercanía. En la timidez de las aves pequeñas presentía el dominio de los halcones.

—Aquel picacho debe ser una inmensa madriguera de águilas...

—Me parece un ventisquero inhabitable — objeté, profanando su sabiduría regional.

—No es nieve — rectificó Hooper con bondad; — es guano. Si se pudiera trepar hasta allí, vería usted qué copioso enjambre de carniceras guarda esa roca...

Pero el cerro, avaro de sus aves predilectas, no dió señales de vida.

—Sin duda — se me antojó pensar, contraviniendo a Hooper — la ciudad aleteaba por el espacio, donde los cóndores viejos enseñarían a la juventud el arte de la caza y el secreto de la victoria, bajo el dominio glorioso del sol.

De pronto, de la roca muda, se desprendió un punto negro; y luego otro y otro y otro... y cientos después. Y la inmensa bandada fué ganando el éter, pausada,

serena, en grandes espirales, como un semillero aventado en la arrolladora columna del remolino.

Era la urbe prevista por Hooper, movida por el eco inquietante de nuestras voces llevadas hasta la guarida por la refracción sonora de los cerros...

*

Mucho aprendí en aquella semana de salvaje travesía. En pleno macizo andino, y bajo los auspicios de tan buen maestro como Hooper, me inicié en los secretos de las aves de presa. La ruta circular de un cóndor, en descenso pausado sobre el lomo de un cerro, denunciaba la víctima. Si al aterrizaje de exploración proseguía la nube bandolera, se podía anticipar el festín osbre el cadáver pestilente de la mula que días antes abandonó el arriero en su penosa travesía a Coquimbo. Si la rapaz, no bien llegaba a la superficie, ganaba el espacio nuevamente, algún puma se había anticipado para cobrar la presa. Si maniobraba un casal con visibles evoluciones estratégicas, ora sesgando un descenso verti-

ginoso , ora plegando las alas para caer verticalmente y alzarse de nuevo, bien sabía Hooper que una vicuña sola tendría que soportar el temible ataque. Y entonces éramos nosotros los que, arañando los cerros, tratábamos de ponernos a tiro de fusil del cuadrúpedo, para disputar la víctima a las aves carniceras.

Pero lo que más cautivó mi atención hasta persistir en mi memoria sobre todos los espectáculos de la montaña, fué una lucha entre dos cóndores que presenciamos desde la grieta de una roca, a riesgo de rodar al precipicio. ¡Qué grandeza! ¡Qué tenacidad! Aquellos eran dos gladiadores formidables, erizados de puñales. ¡Y qué elegancia en al acometida y en la defensa! Y qué arresto en ambos! Sobre el canto de la roca, donde se libraba el combate, un tercer individuo presenciaba el torneo mortal.

—Es la hembra — me dijo Hooper.

La lucha se hizo cada vez más recia. Las bestias jadeaban, empurpurados sus buches con la sangre vertida. Por fin, los mandobles de uno de los contendientes, pusieron en la arista de la roca a su rival casi vencido. Si hubiera sido un gallo podría haberse anticipado una apuesta sobre el vencedor. Pero había alas. ¡Alas! Y fueron a la altura. Y en la altura se renovó la lucha sangrienta, con más vigor si se quiere. Por breves instantes desaparecieron de nuestra vista los rudos comba-

tientes, interceptados por un montículo. Entonces advertí en el imperturbable Mr. Hooper una ligera conmoción. Dudaba tal vez.

—¿Volverán? — interrogué, tratando de penetrar su pensamiento.

—Volverá, sin embargo — oí que pronunciaba entre dientes.

En efecto: volvió uno de ellos. Era, sin duda, el triunfador. La cóndor se le aproximó entonces como buscando una caricia. Luego se aparearon y emprendieron el vuelo.

—Se va con el vencedor, con el más fuerte... — me indicó con voz un tanto temblorosa Mr. Hooper.

Y luego, convencido por una profunda reflexión, sentenció:

—Como una mujer...

E instantáneamente se encapotaron sus ojos como si alguna añoranza hubiera sacudido su corazón.

*

Al regresar nos encontramos con una tragedia. Buick,

el regalón de Mr. Hooper, había sido muerto a tiros de escopeta en el vado del Churque, pequeña quebrada que daba paso a un arroyo tributario del San Juan, a pocas cuadras de la estancia. ¿Quién podía ser el «asesino»? Mr. Hooper ni reflexionó siquiera. Bien sabía cuál era el gaucho «atravesado» que odiaba con profunda aversión a Buick. Y el gaucho estaba allí, en su presencia, sin que la más leve emoción perturbara su faz, mientras el viento frío de la tarde destrenzaba los hilos de su barba renegrida.

—¡Hubieses huído al menos, canalla!... — sentenció Hooper.

—¿Y pa qué, patrón?... si yo no'i sido, po...

Hubo un breve silencio, tan intenso, tan frío, tan elocuente, que paralizó mi corazón. El drama sin palabras tenía que producirse respetando la ejecutoria del irlandés. Y bien sabían aquellos gauchos fieles que la sentencia de los «cincuenta azotes» no admitía apelación, cuando la frente de Mr. Hooper se constreñía en dos profundas comisuras que levantaban un promontorio sobre el vértice de la nariz.

Vibró el chicote de verga en la diestra del verdugo. El reo se cuadró como una esfinge. Tenía facón pero — ¿pa qué? — había pensado el gaucho. Hubiese sido morir más pronto bajo la bala certera del patrón. El ejecutor interrogó con la vista.

—Cien — afirmó Hooper.

Silbó el látigo cortando el viento de aquella agonía vesperal.

—Si yo no'i sido... — ratificó el gaucho.

Pero el nervio flexible había comenzado a cruzar sus espaldas, sin piedad (1).

—Pacencia... — filosofó para sí la víctima.

¡Qué angustia! Quise interceder en su favor, pero Mr. Hooper ni me respondió. Estaba espantosamente sombrío. El sol, trasponiendo la silueta blanquecina de una montaña, se despedía como apesadumbrado, poniendo un cendal de bermellón sobre la escena trágica. Y el viento frío seguía llevando a lo lejos la voz doliente del látigo: «fchiiii... fchiiiiii...»

Y después del castigo corporal, la expulsión. ¿No era chileno, acaso? ¡A su tierra, pues! Aquella misma noche le pondrían sobre el camino. A pie, como cuatro años antes había llegado a Calingasta. Pero ahora era el mes de agosto. Las nevascas habían comenzado a cerrar los boquetes de la cordillera, imposibilitando las travesías. Consulté rápidamente el cielo. El uranio había seguido

---

(1) La distancia y la soledad en que se desenvuelven los establecimientos de las vegas intracordilleranas, ha creado medidas de represión para el elemento maleante, medidas que no se imaginan en Buenos Aires. El azote, es, sobre todos los castigos, proverbial. ¿Las razones?... Sería cuestión de capítulo aparte, con un poco de amarga psicología sobre las modalidades de la región. Posiblemente, la representación socialista ignore estas futilezas, pues "ojos que no ven, corazón que no siente"...

al rojo violento que amortajó al sol. Y sobre el uranio una nubecita negra paseaba por el cielo anunciando el temporal. E instintivamente pensé en los expulsados de Pocker-Flat, de que nos habla Bret Harte en sus pinturas californianas.

Aquella noche ni cené siquiera y al día siguiente emprendí viaje de regreso a Buenos Aires.

*

Han transcurrido seis años de esta escena dolorosa. He vuelto a gastar mis vacaciones en la estancia de Hooper. Me decidió su epístola persuasiva y gentil. «Aquello pasó, — me decía después de su descripción apologética de los valles calingastinos. — Venga, amigo, y tráigase las últimas novedades bibliográficas de Buenos Aires.»

Sin duda, Hooper había cambiado fundamentalmente. Su semblante hosco se había tornado más flexible, más suave. Su bondad, que conocí prenda circunstancial, según el estado de su espíritu, se reflejaba ahora espon-

táneamente sin afectación. Al feudal ceñudo había sucedido el afable burgués.

—Se humaniza este hombre, — pensé para mi coleto.

Y comencé a estudiar bajo su nueva fase a este espécimen que tanto me interesaba.

Por la tarde jirábamos apaciblemente por los puestos próximos del fundo. No reprendía ya con el gesto avinagrado de antes a sus campesinos. Transigía con el error, y cuando aconsejaba, lo hacía con tono casi paternal. A veces una revelación atávica sacudía sus nervios; pero bien pronto rectificaba la intemperancia, arrepentido quizá.

—Pero no le he dicho, Cabrera, — reprendía a un gaucho viejo — que no me separe los terneritos tiernos de las madres...

Y rectificando, a renglón seguido, la acre reprensión, justificaba la desobediencia del puestero:

—Pero, es cierto... no fué a usted que le dije; fué a Torres. Pero ya sabe, Cabrera: no me los separe de las vacas ¿no?...

Y seguíamos nuestra jira habitual sin que se hablara más del asunto.

Mucho me llamó la atención este cambio fundamental en el temperamento de Hooper. Pero dentro de sus características, tan nuevas para mí, una de ellas, se me antojó una especie de obsesión. A cada «roto» que se

presentaba a la estancia en procura de trabajo, o se apartaba del camino real para pasar la noche, le preguntaba invariablemente:

—¿Viene de Chile?

—D'iaicito, pues...

—¿No conoce a Evaristo Castaño, un tipo alto, como de treinta y cuatro años, fuerte, bien plantado?

—¿De qué parte, pues?...

—De Taltal, si no me equivoco.

—No hemos tomado temperamento entoavia po'ayá, patroncito...

Y Hooper se reconcentraba entonces. Evidentemente sufría con el resultado infructuoso de su eterna indagación.

Un día — estábamos almorzando — se repitió la requisitoria con un arriero que pasaba a San Juan. La curiosidad, que me picaba cada vez más, traicionó mi reserva hasta llevarme a una interrogación impertinente:

—Pero dígame, amigo Hooper, ¿por qué diablos busca usted con tanta obcecación a ese tal Evaristo Castaño?

Hooper dejó la copa de vino que llevaba a los labios, abandonó su silla, se acercó a un pequeño escritorio que había en un ángulo de la salita, recogió un ejemplar de

apesadumbrado ponía su nota de bermellón sobre la plata de las montañas... Era en agosto... Una nubecita vagarosa anticipaba la nevasca difundida en el cielo como un signo de interrogación...

—Y ahora, dígame usted si tengo o no razón de buscar a Evaristo Castaño, — me dijo con voz cavernosa.

Y lloró.

LA MULA DEL INGENIERO

Una de las cosas que lamentaré toda mi vida es que mi buen amigo el ingeniero Teodoro Levenne no se hubiera convencido de mi inocencia en la muerte trágica de «la Rica», su mula predilecta.

Sé que estas líneas, con que afronto la narración del infeliz acontecimiento, no han de disipar el entripado que abrió un abismo entre nuestra amistad. Pero he de confesar, en honor de Levenne, que la consecuencia con sus ideas y la profunda fe en sus teorías científicas han sido los elementos de sincera convicción que debieron trabajar su espíritu para suponerme, si no copartícipe en el «crimen», por lo menos sistemático encubridor.

Al remover estos escombros, no aspiro a trabajar su reflexión ni a romper el hielo que nos separa. ¡Tengo mis rencorcillos también! Pero, por lo menos, me confieso a vosotros, desahogo mi espíritu y siento, en la aridez del recuerdo, la influencia de la lluvia fresca sobre las amapolas del trigal.

Llevo el alegato a vosotros para que me absolváis por él.

*

En uno de mis recientes viajes a la meseta andina en jira de estudio, fuí huésped por veinte días del ingeniero Teodoro Levenne. La necesidad de completar mis observaciones en la región del estaño me llevó a su ingenio, uno de los más bien organizados del país. La espontaneidad de un amigo común nos puso en contacto por entusiasta epístola fechada en La Paz. Y en verdad que llegamos bien pronto a ser grandes camaradas. Levenne, de origen belga, contaba a la sazón cuarenta y tres años de edad. Laureado en Gante muy joven, tomó el camino de América. Aquí hizo fortuna. Se casó en Lima con una criolla singular. La muerte de su mujer, cinco años después de su matrimonio, trabajó en su espíritu un suave misticismo que lo llevó a las puertas del abandono. Pero el concepto de la responsabilidad en sus sentimientos cultivados, provocó la reac-

ción. Tenía un hijo. El deber le dió fortaleza después que el dolor le había dado bondad. Cuando el niño cumplió los diez años le llevó a Europa y lo dejó en un internado de París que dirigía el profesor M., su compañero de colegio. Y aquí se había quedado él, aferrado al suelo; defendiendo sus cuantiosos intereses y dedicando gran parte de su tiempo al estudio científico de las razas autóctonas. Su afecto, dentro de los pobladores del ingenio, lo había concentrado en su mozo, el indio Manuel y su mula de andar «la Rica».

Levenne, fuera de su gran práctica de los negocios, era un hombre de estudio. Mariposeaba con avidez por el campo de la investigación, pero aparte de sus bien fundados estudios arqueológicos y etnográficos, estoy por creer que su erudición fundamental radicaba en la antropología, no obstante ciertas veleidades, hijas de su cariño hacia los aborígenes, como la de sostener que el prognatismo maxilar de los aymarás era un signo de energía mental.

Yo, sin infringir su autoridad científica, solía tener mis escrúpulos.

—Usted porque no ha profundizado en la experiencia como yo — me replicaba. — Le voy a probar con mi tipo...

Y llama al indio Manuel, un muchachote sagaz y amañado, pero inteligente.

—Este es un prognata... pero un prognata común dentro de su raza... Vea ahora usted lo que revela el goniómetro facial...

Y apoyando la banda de acero en las orejas del indio, hacía funcionar el indicador y luego me mostraba el resultado del cuadrante.

—72 grados... Es una dimensión reveladora. ¿No le parece?... Manuel, por lo demás es un tipo común, y por lo mismo, la mejor comprobación experimental. Figúrese que en año y medio que está conmigo lee, escribe, y sabe las cuatro operaciones de la aritmética... Yo creo que estos indios llegarían a ser matemáticos excelentes...

Frente al entusiasmo de Levenne, ponía en juego mis reticencias:

—Los indios son indios siempre, mi querido ingeniero. Usted los cultiva, los eleva, los pone en contacto con la civilización, pero con todo no ha logrado más que modificar la corteza, suavizar las aristas de la raza; pero en el fondo, siempre tendrá la substancia primitiva, rebelda a toda modificación, a todo contagio.

—¿Pero es que duda usted?

—¿En la antropometría? No, señor. No yerra el utensilio de Broca. En lo que no tengo seguridad es en la eficacia del noble apostolado que se ha impuesto usted sobre la elevación moral del aborigen. Su experimenta-

ción es perfectamente científica. ¿Quién puede dudar que el aymará es un pueblo inteligente, trabajador y sufrido? Lo peligroso y estéril está en querer modificar su idiosincrasia, su temperamento nativo, su entidad, su étnica. Y algo de esto debieron comprender los españoles de la conquista, cuando trataron siempre de respetar los fundamentos básicos de las naciones indígenas, no sólo en sus costumbres y en su religión, sino hasta en la legislación agraria que perdura todavía en la alta meseta boliviana... Céame, mi querido Levenne, los indios siempre son los indios...

Se disponía Levenne a contravenir mi doctrina, cuando de nuevo apareció Manuel con paso indeciso, la cabeza baja y haciendo girar su sombrero en las manos. No sé por qué influencia secreta pude anticipar el triunfo de mi alegato.

—Tata (1): mañana hay fiesta en «La Pobladora», — dijo el indio... — Van a sembrar, tata...

—¿Y tú?...

—Yo quiero divertirme.

—Imposible. Hay mucho que hacer en casa.

—Yo quiero divertirme — insistió con cierta terquedad el indio.

---

(1) Expresión del indio aymará cuando se dirige a su patrón o persona que le infunde respeto. — "Señor".

Levenne se sintió molestado.

—Y si no te doy dinero — le dijo con acritud, — ¿con qué te vas a divertir?

—Vendo mi mula — respondió sin inmutarse el indio. — Yo quiero divertirme, tata... Van a sembrar...

Era el culto a Ceres, cuyo ceremonial se perdía en la noche de los tiempos. Idealidad primitiva, pero rastro de atavismo al fin. Los predios, rasguñados apenas, esperaban la simiente providencial. Y el jolgorio de las siembras no debía tener remisos al llamado del baile y del licor...

*

Días después realizaba mi viaje a los asientos de Levenne en Incahuasi.

—Lo que es por montado no se va a quedar en el camino, — me dijo el ingeniero al despedirme. — Va en «la Rica», mi mula de confianza, mi crédito...

Y mientras tanto acariciaba con suaves palmadas en el encuentro a la mula baya en cuyos lomos me había

ahorcajado con comodidad. Luego dió algunas instrucciones al indio Manuel que me acompañaba como mozo de mano e insistió una vez más sobre la ruta que debíamos seguir:

—Después de Calisa, por la quebrada no más, hasta la ranchería... Cortan a la izquierda... unas tres horas de camino al paso. Vadean el Calacala que no ha de ir crecido... Vienen unas turberas... Las cruzan. El camino solito los lleva a las sierras... Después bajan de nuevo al río... El paso está junto a Piedras Blancas, a la derecha... Cortan las lomas por el camino de herradura siempre, hasta el paso de las Cruces... Es fácil, muy fácil... De ahí hay ocho leguas hasta los minerales... No se guíen por el hilo del telégrafo... Para cortar campo sigan el rastro de tres mulas que pasaron cargadas hace once días, después de la lluvia...

Y terminaba sus instrucciones con el consabido apólogo para su mula:

—¡Pero si va «la Rica»!..

En efecto, me sentí cómodo sobre el lomo de la bestia, aquel frío amanecer en que bajé la cuesta del ingenio de Levenne, rumbo a sus minerales en una serranía de Los Frailes. Nunca en mis andanzas por la elevada meseta y los montes potosinos, había montado un animal más prudente, más suave, más leal. Zizagueaba

en los caminos inclinados evitando el esfuerzo en previsión de la larga jornada. Conocía el peligro por instinto cerril, sin que su pesuña tuviera que tantear la laja a medio afirmarse, para calcular su inconsistencia. Ante el breñal, erizado de pedrones, contravenía con suave terquedad la mano que la gobernaba. Y era el caso, entonces, de abandonar la brida entregando el destino a esta experiencia montaraz familiarizada con el obstáculo. De lejos advertía el giro que tomaba un torrente, la grieta hostil o el peligroso despeñadero. Cuando ganaba el espinazo de un cerro o llegaba al pie de una cuesta atrevida, se detenía casi con brusquedad, como atacada de una mañosa revelación. Al principio tenté la admonición con caricias en el cuello y hasta hice rodar suavemente la espuela por los ijares.

—Le daremos un resuellito — dije al peón — convencido de que mi cabalgadura debía estar fatigada.

—No, tata — me respondió el indio Manuel. — Lo que quiere la mula es que la cinchen.

Y se desmontó para acondicionar la silla, después de haber gozado, con sonrisa prevenida, de mi incertidumbre.

Acostumbrado a cabalgar con guías y arrieros, poco había reparado en estas precauciones de la equitación serrana. La mula de Levenne me enseñó que era necesario ajustar la cincha en las verijas para bajar las lo-

mas y apretarla bajo el codillo si era menester afrontar los recios faldones.

Conocía por el relato de Levenne la forma providencial en que «la Rica» había salvado su existencia cuatro años atrás. Fué en Jujuy, en una travesía a lo largo del río Grande. Tardaban ese año los aluviones ecuatoriales. Diciembre iba casi corrido y Levenne, que a la sazón explotaba unas minas de plomo en la región de Humahuaca, quiso acompañar con su administrador la arria copiosa cargada de metal, antes que el cauce del río y el «deshecho» se pusieran intransitables. A eso de la siesta, con la imprevisión con que se desbordan los ríos del trópico, todas las avenidas de la tierra se precipitaron por los arroyos y las quebradas. Sólo los que conozcan estas comarcas y hayan podido medir la furia desatada de los torrentes, pueden darse cuenta de lo que pudo ser aquella turbulenta hinchazón hidrográfica enriquecida por el deshielo y los abundosos chaparrones. No hubo tiempo para nada. La sorpresa fatal se había producido en momentos en que la caravana recorría el estrecho cajón del río emparedado con los flancos de la montaña cortados a pico. Nada pudo salvarse. Rodaron las mulas indefensas aferradas al fuerte cargamento. Dos peones desaparecieron arrollados por el ímpetu salvaje del río. Tres días después la bajante permitía recoger los cadáveres, leguas abajo, de-

tenidos por las piedras de un remanso. Sólo «la Rica» que montaba Levenne había salvado a tiempo el turbión, afrontando como una culebra la pendiente escarpada...

Levenne, desde entonces, le había tomado adoración. Y cuando contaba aquel triste percance de la travesía, solía decir, casi ahogado por sincera emoción:

—No estaba de Dios que con mi «Rica», hubiese entregado mi osamenta a los cuervos del río.

La historia me pareció entonces, ataviada por un exagerado sentimentalismo.

—Visiones de la gratitud — me dije. — Este buen corazón de Levenne tiene la grandeza de magnificar las emociones por insignificantes que sean.

Pero después de mi viaje en su cabalgadura predilecta, su «prolongación», como solía asegurar con cariño, quedé convencido de que no podía existir otra mula más inteligente que «la Rica». En un angosto paso, donde las escoriaciones de la roca volcánica se quebraban verticalmente hasta el fondo del valle, topamos con las bestias cargueras de unos mercachifles. La senda era tan angosta, pero tan angosta, que imposibilitaba el arriesgado encuento. Manuel, serrano nato, se había tirado de su bestia y la libraba a la ventura con un fuerte chicotazo, mientras él se agazapaba de la mejor manera para evitar la rozadura de las árguenas. Pe-

ro mi mula ni me dió tiempo a imitar la operación del mozo. Se recostó, se pegó, más bien dicho, a una pequeña concavidad de la roca, dejando así casi libre el sendero. Mi corazón cesó de latir por un instante. Pasaron una a una las acémilas de tráfico, indiferentes y resignadas. Pasaron uno a uno los exóticos mercaderes con caras de facinerosos, y mientras mi corazón, paralizado, perdía la noción de la vida frente al peligro de la soledad y del espacio, mi diestra se deslizaba sigilosa por el tirador buscando la empuñadura del revólver...

Sólo «la Rica» había conservado su entereza apacible, su bondadosa gravedad.

Después de aquel instante de angustia, busqué la suave caricia del paisaje. Estábamos en plena cordillera de Los Frailes, en un angosto conocido por los arrieros con el nombre del Paso de los Cuervos. El corte de la sierra, un tajo tremendo, caía perpendicular a nuestros pies en un acantilado de más de doscientos metros, hasta la arena blanquecina del valle, donde se destrenzaba un hilo de agua.

—Es malo este cajón, tata — me dijo el indio.

—¿Por qué?

—Por los vientos, pues... ¿Ve aquel manchoncito verde, «aicito» en la vuelta del arroyo?... Pues es alfalfa... Fué un arria de mulas cargadas de semilla...

Iba para Yocala... La envolvió el ciclón... Es malo este cajoncito, tata... Vea: allá están blanqueando los huesos de las mulas...

Y el indio parecía alegrarse de que la naturaleza montaraz — ¡su cuna, al fin! — tuviera estas tonantes rebeldías contra la civilización que pretendía implantar el forraje científico, a trueque del «iru» silvestre y la «cicuya» de los breñales.

Después de un descanso a las cabalgaduras en el primer «albardón» favorable, seguimos la marcha... El camino era menos accidentado. El sol caía a nuestras espaldas con tonos de gualda y carmesí. El celeste de la hora vesperal fué intensificándose poco a poco hasta el azul lleno de sombra. Las tinieblas después. Después, la luna, apareciendo por la cresta de la montaña que dejábamos a la izquierda. Fatigado y convencido del instinto de orientación de mi mula, puse en práctica uno de los consejos de Levenne: «Cuando esté en marcha, lárguele las riendas no más».

Y me hubiese dormido sobre la silla. Pero la voz de la noche me llamaba a la emoción contemplativa. Y la noche fué siempre la amiga de mi corazón.

*

Dos días después de mi permanencia en Incahuasi regresé con el indio Manuel al ingenio de Levenne. Pero no en «la Rica». «La Rica» se había mancado. Nadie pudo decirme en qué forma. Revisé al animal. No mostraba huellas de lesión alguna, y sin embargo, no jugaban bien las articulaciones del remo derecho. Ante esta imposibilidad, y anticipando con pena, el disgusto que tal percance ocasionaría a Levenne, hube de regresar en cualquier cabalgadura. Levenne disimuló su contrariedad con esa fina discreción que le era característica. Pero debió incomodarse profundamente, más que por el hecho de verse privado de los servicios de su mula de confianza, por la imposibilidad de atender con solicitud su curación. El percance no puso ninguna reticencia en nuestras «causeries» de las tardes y en la sacramental partida de ajedrez, al amor de la lumbre, en donde me victimaba sin compasión.

Después del juego, la conversación giraba siempre sobre sus observaciones científicas, su optimismo sincero por la transformación del indígena. Y en aquel escabroso terreno solía yo tomar mi revancha.

Para Levenne, el sentimentalismo aymará era un rasgo de superioridad mental, no de atavismo. Sobre esta tesis poníamos en juego nuestra discrepancia.

—Para mí — solía argumentar, — este sentimentalis-

mo es una consecuencia ancestral de pueblo esclavizado.

Y buscaba en mi apoyo argumentos que me parecieran irrefutables. Había observado que el indio, cuando requiere de amor a una mujer, llora. Nada espera, en la incertidumbre del porvenir, sino en el dolor del presente. «Quiéreme, porque sufro», suele decir a su amada. Jamás se atreve a vaticinar sobre la felicidad venidera. Busca en el amor un lenitivo inmediato a ese sufrimiento que atenacea sus entrañas. Levenne apoyaba en esta característica el fundamento de un espíritu filosófico superior, en donde la emoción se destaca como la cualidad matriz inspiradora de todos los actos.

—Sí — solía afirmar a mi vez, — participo de su convicción sobre las condiciones filosóficas de esta raza; pero, convengamos en que esta filosofía que trae amargada su existencia, no es una cualidad de su étnica fundamental, sino una consecuencia de su modo de vida...

Y ante la sonrisa incrédula de este hombre, que todo lo basaba en la razón científica y no en el factor ocasional, me veía obligado a entrar en el campo experimental con el peligro de lastimar sus sentimientos humanitarios.

—El indio, a pesar de la piedad paradójica del civi-

lizado, viene siendo la bestia de carga desde los tiempos precolombianos, o el esclavo, si le parece duro el concepto. Tan larga incertidumbre de su inferioridad le ha hecho perder hasta la noción del esparcimiento y el bienestar, familiarizándolo con el dolor. La experiencia secular le ha dado la triste convicción de la muerte prematura en los húmedos forados de la mina, donde tarde o temprano cae aplastado por los pedernales, los miasmas deletéreos, las vigilias o el alcohol. Quiere decir, pues, que si su condición de vida le ha dado la comprensión fatal de su destino, el día en que se operara la elevación moral de esta raza y se humanizara su porvenir, la amarga filosofía de hoy pasaría a ser un romántico optimismo; y el indio no reclamaría amor para neutralizar su desgracia, si no que diría «quiéreme, porque vamos a ser felices».

—Pero no por esto perdería su espíritu, su gran fuerza emotiva, su observación, su inteligencia... — remataba el ingeniero.

—Vamos, querido Levenne, que en este divagar estamos complicando el problema. Yo acepto las condiciones relevantes del aborigen, pero doy más importancia a sus costumbres atávicas — su segunda naturaleza — que a las revelaciones de la escuadra cefalométrica de Topinard...

Y la interlocución pasaba a cuarto intermedio. Pero

Levenne, fino como un parisiense, buscaba el desagravio en una forma encantadora y sutil. Me arrastraba a los departamentos de la concentración estañífera. Me confundía en aquel inextricable laberinto de poleas, de budles, de mesas oscilantes y baterías. Luego, como al azar, buscaba al mecánico director y se enteraba en mi presencia del funcionamiento técnico de la instalación, acogiendo con interés los detalles del artesano. Y su ardid estaba, precisamente, en que me enterara bien de aquel sujeto broncíneo, de sus ponderados dolicocéfalos, aymará inconfundido, en quien depositara sin el menor reparo la responsabilidad del ingenio.

—¿Qué le parece? — me decía luego. — Este es indio... ¡y qué mecánico!... Tiene apenas dos años de aprendizaje... Lo he formado yo... Y ríase usted de mis exploraciones antropológicas!...

*

Mi labor tocaba a su término. Había capitulado ya todas mis anotaciones sobre la comarca y pasado a má-

quina algunas correspondencias para «La Nación». Dentro de pocos días dejaría de ser huésped de aquella hospitalaria casa. Pero Levenne se había obstinado en que volviera con él a Incahuasi a visitar unas nuevas labores. Días pasados había mandado a Manuel para que activara los trabajos de un nuevo socavón persiguiendo un venero argentífero cuyos primeros rastros anticipaban buenos rendimientos. Hube de condescender de buen grado al deseo de mi amigo. Partimos, pero con la condición de que después de visitar los minerales, yo seguiría el camino hasta tomar el tren en Aguas de Castilla.

A las dos de la tarde de un sábado iniciamos la marcha acompañados de un muchacho que conducía las vituallas para merendar en el camino. Levenne, de primera intención, extrañó su mula predilecta. Aquel andar medio «pasuco», aquella imprevisión para afrontar las rocas difíciles, aquel jadear doloroso al ascender las cuestas, ¡qué lejos ponía de su «Rica» a esta mula «mosqueadora», que se dejaba ensangrentar el vacío por pura terquedad!...

Sin la pasión de Levenne por su silla familiar, confieso que me sentí a las mil maravillas enhorquetado en una mulita zaina obediente y suave. Pero me tocó, a mi vez, pensar en «la Rica», cuando a eso de la me-

dia noche sentí la voz de Levenne que me interrogaba:

—¿Sabe dónde estamos?

—No.

—En el paso de los Cuervos.

Sentí un escalofrío que corrió por mis venas. La noche se había encapotado completamente. Adormilado, errante la imaginación por lejanos países, no reparé en esta insensible ascensión, entregado al instinto maravilloso de la mula.

—¿Dónde va usted, ingeniero?

—Adelante, — me respondió Levenne.

Y con el brazo izquierdo describió un círculo para que viera la luz del cigarrillo.

Sentí un acceso de ternura para el animal que con tanta fidelidad defendía mi vida.

—Mula... mulita... mulita... — le dije lleno de esperanza, mientras le prodigaba suaves palmaditas en el cuello.

Y me acordé de «la Rica».

*

Se despejó el cielo. Lució la mañana llena de claridad. Y entramos en las serranías monótonas. A las seis llegábamos al asiento central de las labores de Incahuasi, tres kilómetros antes de la administración.

Dejando para la siesta el sueño reparador, incursionamos la mina, precedidos del indio Manuel y provistos de candilejas de sebo. Los rodados de estaño eran de una prodigalidad fabulosa. Levenne, que sólo tenía expresiones de júbilo frente a sus comprobaciones científicas, se sintió contagiado ante mi entusiasmo en presencia de aquellos cantos de casiterita de medio kilo y de una pureza impecable.

Después de vagar encorvados por la cueva intrincada y asfixiante, visitamos el crucero de la mina, en donde los obreros habían levantado la capillita sacramental en culto híbrido a las divinidades indias y a Dios. Bajo el crucifijo de metal, los menestrales habían colgado sus herramientas en ejemplares diminutos, forjados en plata: el barreno y la mochila para cargar mineral; el martillo y el mechero; el ttecke (1) y la llankana (2)...

Levenne sonrió suavemente ante este expandimiento religioso de sus indios, que contravenía con su carácter de librepensador.

(1) Bolsita para llevar el sebo que alimenta los candiles, usada por quechuas y aymarás.

(2) Cincel.

—Hay que dejarlos, — me dijo. — Es necesario tolerancia...

—No hay otro remedio — respondí con cierta malicia, pensando en mi tesis sobre la influencia del medio ambiente.

Y pasamos al socavón reciente, en el cerrillo vecino donde se rastreaba un venero de plata.

Penetramos, no sin trabajo, los 30 metros de excavación, siguiendo el nervio caprichoso de metal incrustado en la roca blanquecina. Aquello era el presagio de un criadero maravilloso.

De pronto, al salir del socavón, se fijó Levenne en las manchas de sangre que regaban la roca de la entrada.

—¡Ah!... ¡la imprescindible fiesta a Pachacamac!... — me dijo. — Es una advocación a los genios benéficos para que no se agote el metal... Costumbre tradicional de los indígenas...

Y dirigiéndose a Manuel le interrogó:

—¿Qué res sacrificaron? ¿llama o lanar?...

Manuel bajó la cabeza sin responder. Los indios se miraron unos a otros, presas de extraña confusión. Advertí entonces que Levenne se ponía lívido, muy lívido. No podía pedir más elocuencia al cuadro para anticipar, la verdad de lo ocurrido.

—¡Contesta!... — insistió fuera de sí el ingeniero.

—No se pudo conseguir ni una llamita, tata... — tartamudeó el indio, — ni un cordero... ¡Qué quiere!... ¡la seca, tatita, la seca!... La Rica estaba manca y era necesario hacer la fiesta...

Y antes que Levenne descargara con sus puños la ira que debía ahogar su corazón, el indio astuto había sacado de su calzón un luciente pedernal y lo enseñaba lleno de júbilo infinito:

—Esto es lo que ha dado Pachacamac por «la Rica», cuando picamos la veta... ¡Esto!... ¡esto!...

Y metía a Levenne por los ojos una piedra de color morado tirando a bermellón.

Era un ejemplar de rosicler magnífico, puro, tentador.

*

A partir de este acontecimiento doloroso, mi amistad con Levenne se enfrió. No cabían las explicaciones, pues tanto como él debí lamentar el asesinato de la mula. Pero, después de mis vehementes discursos sos-

teniendo el atavismo indígena como «suprema ratio» contra sus teorizaciones, ¿quién podrá quitarle de la cabeza el pensamiento de que fuí, por lo menos, encubridor de la tragedia?...

EL ODIO

Gaddo Rinaldi, el célebre paisajista autor de «El titán», como todos sabéis, vino de Italia en 1902. Acababa de exponer con suerte, en los últimos salones de Milán. La crítica tuvo, sin embargo, sus reparos sobre la vulgaridad de los asuntos. Era una lástima que aquella técnica admirable, que aquella elocuencia del color se malgastaran en desusados temas hortícolas, en los olmos y almendros sacramentales, en manoseadas vendimias y asuntos del establo, propios de aprendices y medio-cucharas. Estos reparos a sus triunfos primigenios fueron una prevención y un estímulo. Es decir, que para la obra definitiva, necesitaba beber en otra fuente, ensanchar el límite de aquella vida rústica, tan en contacto con su público, para que pudiera interesar como espectáculo trasladado al lienzo. Herido en su amor propio, pensó que para definir su personalidad, debía dar nuevos horizontes a su paleta. Pero, más que todo, sintió miedo, un miedo cerval de caer achatado por el anónimo; un miedo irreductible de que aquella vulgaridad lugareña pudiera apoderarse de su espíritu y matar la chispa
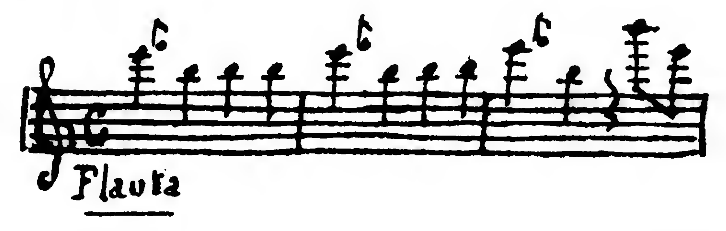
genial que ardía en su cerebro. Fué entonces cuando emprendió su viaje a América.

Su paso por Buenos Aires fué un relámpago. En compañía de su esposa, Alicia, joven encantadora hija de las campiñas vénetas, remontó el Paraná en un barco de la carrera. Como una mariposa, se dejó atraer por la luz de los trópicos. En la Asunción permaneció el breve tiempo reclamado por la preparación de sus avíos de turista. Cruzó en el transparaguayo la hermosa región valletana, donde se escalonan las primeras florestas, precursoras del bosque infinito. Tomó lenguas de Encarnación sobre los caracteres de la comarca altoparanaeña y se lanzó en la carrera del norte, llamado por las salvajes cataratas y el encanto del río. Después de su excursión ribereña hasta el turbulento Guairá, poseído de aquel panorama de la selva tremenda, enamorado del paisaje montaraz, sintió que su alma, como una flor humedecida por el beso de las estrellas, abría su corola bañada en la luz del ideal.

Gaddo Rinaldi acababa de orientar su destino.

*

En tierra misionera fijó su rancho. Por aquella época, el gobierno licitaba la venta de una extensión de bosques sobre el río. Rinaldi eligió la más salvaje de las lomadas, atrincherada de hirsutos tacuarembozales y en cuya honda caleta doraba el sol de la mañana las cerrazones desflocadas del río. Un mes demoró el joven matrimonio en preparar la vivienda, adquirir en los negocios de Posadas el sencillo menaje y la lancha de rigor. Por fin, se instalaron definitivamente, al morir de una tarde de octubre, frente a la magnífica agonía del sol. Alicia, espíritu romántico y sentimental, estaba encantada con aquella agreste iniciación. Abrazada al cuello de su esposo, por largo rato dominó el curso del sol desde la loma. El río empurpurado, hondo y tranquilo, corría abajo como un amigo fiel. Cruzó una canoa como una alma abandonada... Se ocultó el sol tras la fronda maciza de la ribera opuesta. Un pájaro, de la familia de los euphonos, cantó en una rama su trino vesperal:



Por fin aquellas almas, prisioneras de la selva

virgen, sujetas como pobres libélulas a la llama del tramontar maravilloso y triste, aquellas almas, sin alma ya, bajo el sugestivo poder de la naturaleza primitiva, fundieron su nota de ternura en la melancolía de la tarde.

—¡Oh Gaddo mío!... ¡t'amo tanto!... ¡t'amo tanto!... — suspiró ella, mientras dejaba caer su cabeza como un lirio sobre el pecho del amado.

Nada dijo el artista. Su corazón solía guardar estas vigilias para volcar todo su sentimiento en los pinceles. Nada dijo, pero sintió sobre sus mejillas el surco de las primeras gotas de rocío que fueron a morir en su boca, frías y salobres...

*

La selva los recibió con los brazos abiertos. Pasaba la Primavera poniendo colores en las ramas, alegría en los nidos y frescura en los arroyos. ¡Qué silencio! ¡Qué dulce soledad! ¡Qué misterioso encanto en la fronda salvaje! Aquello fué una verdadera revelación para Gaddo y su alegre mujercita. Como dos palomas azotadas por el viento, venían a tejer su nido en una

rama del bosque, seducidas por dulce y recóndita atracción.

—¿Sabes? — solía decir el artista, — debe haber un matorral umbroso y fresco, circundado de glycinas y flores del aire, donde los silfos tienen su epitalamio. Cuando la siesta derrite su aliento sobre las copas altas y duerme el mundo de los pájaros, suben a la barranca las nereidas del río a tender sus cabellos sobre el trebolar... ¿Y has oído, entonces?... Una brisa sutil agita los cañaverales de la ribera, mientras las palmeras del bosque, las gemebundas euterpes, tremolan un intraducible florilegio como una dulce invitación. Es la hora del inmenso connubio. Por la tupida ramazón se filtran las náyades como estrías de luz, salvando los espinosos madroños y las urticáceas agudas... ¿No has notado su huella sutil en el rocío de los helechos? ¿No has visto desaparecer los claveles de las epífiitas en las horquetas inaccesibles? ¿Y no has encontrado a tu paso por la selva, algunas flores del irupé que sólo crece en los remansos del río?... ¿Pensaste, acaso, quién pudo traerlas hasta el bosque?... Pues son las driadas del río que buscan el amor de los silfos del bosque. Pero sus rastros se pierden en el inextricable laberinto, entre los acerados bambúes y las hojas brillantes de las rubiáceas... ¡Tremenda comunidad, monstruoso himeneo del gran río y de la selva impoluta!... ¡Oh amada

mía! ¿Dónde está la glorieta divina en que ofician esta salvaje conjunción los trópicos?... Quizá junto a la fuente próvida de un arroyo; quizá bajo el silvestre naranjal estrellado de azahares; tal vez en la gruta ignorada que cavó el torrente o en algún claro de la selva saturado del perfume de las gramíneas...

¡Oh romance ingenuo y sentimental el de la pareja amartelada que venía a los trópicos buscando paisaje y amor!...

*

Mientras tanto, florecía la selva como una bendición. Enjoyecíanse los isypós con fraganciosos racimos, mientras sus ramas bravías se aferraban como garfios a los cedros corpulentos y a los laureles y buscaban la luz entre el follaje de los vanidosos ambays. Florecían los guavirós y los yacaratiás presagiando abundosa cosecha de sus dulces y amarillas pomas. La yerba mate, — la «ca-a» guaranítica, — se difundía en aislados arbustos intensificando con sus hojas oscuras la gama tornadi-

za de la floresta. Las palmeras, como columnas infinitas, surgían del matorral de los helechos, se abrían paso entre aquella vegetación arborescente, acometían con la ramazón de las mirtáceas y extendían sus graciosos abanicos bajo el dosel de los ficus y de los gigantes del bosque posesionados del sol. De vez en cuando, de entre aquel hálito fragante, saturado con el perfume del caraguatá, de las bromeliáceas, del arazá y de mil arbustos odoríferos, se destacaba el aroma insinuante de las flores de los citros, derrochadas por el apepú y el limonero, al paso de Flora vestida con el traje nupcial... ¡Qué mundo maravilloso el de la selva! ¡Qué vida pasional desenvuelta en el misterioso laberinto! Las copas altas, que dominan los vientos, se apoderan del sol y de las estrellas. Hasta allá se arrastran las lianas trepadoras buscando una caricia de luz. Y cuando llegan ¡qué venganza tremenda! Cada sarmiento es una culebra que se retuerce sin piedad sobre la rama abatida del árbol fuerte. Y sucede, a menudo, que la planta rastrera, que llevaba a la altura el encono de los helechos y de las orquídeas, confinados a la eterna sombra de abajo, se apodera de la fronda de algún atleta de la estirpe de los ivapoys (1) y la inunda de blancos racimos como un reto a la dolorosa infecundi-

(1) Arbol que dá frutas y no flores. (Del guaraní).

dad del coloso... ¡Sugestiva venganza de la infinita belleza sobre la torpe fatuidad!

Gaddo Rinaldi se sintió dominado y perplejo ante la naturaleza maravillosa, sugestiva, única. ¿Qué cuadro ensayarían sus pinceles? ¿Quizá este boscaje enmarañado, hasta cuyo fondo, tamizado de sahumadas piperáceas, de orquídeas festoneadas de oro y carmín, baja un discreto hacecillo de luz? ¿Tal vez este claro inexplicable, donde el matorral de arrayanes y de salvias rojas, reclama la escena faunesca de un romántico espionaje? ¿Quizá el misterioso sendero que cae al río, aquel sendero trabajado por quién sabe qué fauna irreal, bajo la fronda primitiva? ¿O sería menester dejarse arrastrar como un ensueño por los bosques, buscando el alma mater de aquella salvaje virginidad? ¡Oh la belleza, la emotividad, el color inviolado, eran la nota eterna y caudalosa del país de la selva! Allí estaba la Castalia, el impecado nacedor donde debía beber el artista.

Ya no copiaría las manoseadas escenas de la huerta de su aldea septentrional, ni aburriría a las gentes del Salón con sus almendros en flor y sus telas parroquiales, con rollizas tamberas o asientos de mercado oliendo a coles y guisantes. ¡Y con qué placer les daría por los ojos a «quelle scimie della stampa», aquellos tendenciosos que sancionaron de nota trivial sus primeras te-

las! Saturado de belleza, picado de inspiración y de legítimo encono, emprendió su obra. De esta iniciación nació su cuadro maestro «Natura Virgo», paisaje maravilloso que aseguraría su fama y que fué el reto definitivo enviado de ultramar a sus incrédulos paisanos.

Mientras tanto, Alicia seducida también por el salvaje encanto, dejaría correr su vida como una cinta de agua, bulliciosa y alegre. La joven sentía revivir su niñez. Renovaba sus manzanos en los mirtos esbeltos, espiando el poema de las aves gárrulas. Acometía contra los helechos; trepaba como una colegial a las ramas bajas para desprender glycinas y claveles. Era Diana con los pájaros y raposuela con los nidos. ¡Qué maravillosos collares satisfacían su inquieta curiosidad, ensartados con cáscaras de huevos, blancos de djakupoi-i, azul-verdosos de macucos, puntuados de canela de siete colores, diminutos, como perlas, de mainumbíes! Con apresuramiento infantil inició su herbario, sin preocuparse en la distribución vegetal de sus ejemplares y por el simple diletantismo de juntar, en hojas y flores, belleza, perfume y color. Coleccionó nidos, aves, luciérnagas, mariposas...

*

Con el verano comenzó la naturaleza a transformarse. Se trocaron en vainas los racimos de las enredaderas. Se poblaron de frutas los pindós y los aguaís. Tomaba nuevo aspecto la selva. Germinaba la vida en el mundo de los insectos. El derroche vegetativo de la floresta intensificó la luz. Era la influencia de las precipitaciones acuosas, según la ciencia de los ribereños. Menudearon los aguaceros y se iniciaron los rocíos estivales, intensos como garúas. La tierra roja exudaba su vaho bochornoso, como si tratara de ahogar en espesas neblinas el triunfo de la luz. Un amodorramiento letal suspendía el latir de la selva. Comenzaron los días soporíferos, pesados, silenciosos, mientras las noches magníficas, llenas de frescura y de bondad, favorecían la agitación febril de aquel gran universo. Alicia, antes que su marido, sintió que comenzaba a desvanecerse el ensueño. Y fué para ella el primer dolor cruel, el espectáculo de su herbario destruido por las hormigas y la humedad. Ya el bosque hubo de hacerle sentir su potestad inviolada, pero en su atolondramiento infantil, no había echado de ver la avaricia de la selva. Este acontecimiento tan sencillo, la hizo meditar.

—¿Te acuerdas, — le dijo al artista, — de aquellos helechos afiligranados que recogimos junto al arroyo,

de hojas temblonas como el culandrillo, pero más límpidas, más sutiles, más claras?...

—Sí.

—Pues se han secado, — prosiguió con un hondo suspiro. Y no me dirás que no tuve cuidado en el trasplante. Los recogí con su misma tierra y les busqué su sombra propicia bajo el corredor...

Y luego, casi llorando, anunció otra desgracia:

—¡Mis epífitas!... ¡también mis epífitas!... Las descolgué de un mirto con toda precaución, sin lastimarlas... Y han muerto también... ¿Lo concibes?... Las epífitas son hijas del aire... ¡Yo no les he quitado el aire, qué esperanza!... Y han muerto... ¿Sabes, Gaddo, de qué han muerto mis epífitas?

—De nostalgia.

¿Qué otra cosa podía decir el artista? Si la vida de estas plantas aéreas no depende de los jugos nutritivos del árbol que las protege, ¿de qué pueden morir las epífitas, sino de nostalgia o de amor, al desprenderse de su tronco natal?

Alicia sintió que su alma se torturaba con esta revelación. «¡Claro! — pensó — es la selva que se defiende contra la invasión». Y recordó que los pájaros que cayeron en sus tramperas, habían muerto enjaulados o no cantaban ya. Pensó en la nube de himenópteros que envenenaban su piel con aguijones brutales. Se cu-

brían de asquerosos reptiles los senderos. Y asociando ideas, recordó con cierta repulsión que, en la tarde anterior, persiguiendo los pichones de pava montés desprendidos de un higuerón, había encontrado los helechos plagados de garrapatas. Comenzó a sentir tristeza. De día, la humedad asfixiante que subía como un hálito tibio desde el fondo de la tierra ocre, aprisionaba sus pulmones y su corazón en una infinita angustia. De noche, cuando la inmensa urbe de las fieras, los insectos y las aves, se significaba en su misterioso trajín, para cada ruido tenía una absurda y dolorosa interpretación. Los cantos eran quejas de almas vagarosas que expiaban su pecado en la esclavitud de la selva. De la tristeza, pasó al miedo. A veces, en mitad de la noche, se incorporaba de pronto en el lecho con los ojos desmesuradamente abiertos y, presa del terror, sacudía como una loca a su esposo que dormía tranquilamente a su lado.

—¿Has oído? — le preguntaba, — ¿has oído?... Alguien se ha quejado en la pajarera donde se murieron mis zorzales...

—No seas niña, — la tranquilizaba el artista, besándola en los ojos. Es el balido de un apereá junto al río... Tal vez el canto del caraú que es lastimero y triste... Y la estrechaba contra su corazón. Y volvía a conciliar su sueño tranquilo.

«Sí, debe ser un caraú, — pensaba Alicia. — Pero el caraú es un alma y no un pájaro». Y recordaba la conseja que le habían contado los carpincheros de la vecindad: «El caraú era un joven bullanguero, hermoso como un sol, bailarín como una ardilla y cantor como un corochiré. Su presencia avivaba el amor en las mujeres y despertaba envidia en los mancebos. Sucedió que una vez, en una tertulia, trataron sus rivales de buscarle gresca. Para burlar el peligro que corría el tunante, un amigo quiso valerse de un ardid: «Caraú — le dijo — vamos a tu casa por que se acaba de morir tu hermano». — Hay tiempo para llorar, — contestó el calavera. Y continuó bailando. «—Caraú — volvió a decirle el amigo, — vamos a tu casa que acaba de morir tu madre». — Hay tiempo para llorar, — volvió a responderle. Entonces apeló su camarada a un recurso supremo: «—Vamos, vamos, Caraú, que acaba de morir tu amada». Entonces se operó una transformación maravillosa en el joven bello y cantor. Cesó de bailar y de reir. Y pudo la concurrencia atónita, presenciar la metamórfosis de aquel airoso cuerpo, que fué perdiendo las formas y achicándose poco a poco hasta convertirse en ave. Cuando se vió con alas, alzó el vuelo y fué llorando, llorando a perderse en la espesura de la selva. Y llora siempre. Es el caraú fatídico de hoy...

Tomó cuerpo la tristeza en la joven silenciosa. Se in-

sinuaba la neurastenia con sus síntomas característicos: insomnio, inapetencia, tedio, sobresaltos, mal humor... Alicia empezaba a palidecer como un nenúfar. Era preciso una reparación inmediata. Debía la joven abandonar la selva y retornar a Italia a recuperar la lozana salud, trabajada por la gran emoción de la vida contemplativa. No opuso reparos el pintor. ¡Ella, primero ella! — pensó. Y la dejó partir. El se quedaría en la maraña trabajando su celebridad que era la gloria común. Tenía una concepción estupenda. Con Alicia iría su tela «Natura Virgo», destinada a triunfar. Se despidieron por fin. Comenzaba el otoño a sazonar la semilla de los aromos y poner su matiz gualdo sobre las hojas.

—¡Oh Gaddo mío!... ¡t'amo tanto!... ¡t'amo tanto!... — volvió a decir ella, ocultando su cabecita bruna en el pecho del artista.

Cuando Gaddo Rinaldi se quedó solo, volvió a sentir sobre sus mejilas el surco de dos gotas de rocío que fuero hasta su boca, salobres y frías...

*

Se operaba una transformación en el artista. En el fondo de su alma sentía florecer un sentimiento de aversión. ¿Podía explicarse aquel contrasentido? ¿Podía concebirse aquella retribución exigida por la selva? Tenía al alcance de su mano la gloria. Pero ¡a qué precio, gran Dios! ¡A costa de qué doloroso desprendimiento! Comenzó a sentirse extraño en aquella implacable soledad que le acababa de quitar su amor. Pesaroso, agobiado, sin voluntad, sin espíritu, estuvo a punto de defeccionar. Pero una fuerza superior, más poderosa que la emulación y que el arte mismo, le aferraba a su caballete. De aquel choque pasional debía surgir la creación consagratoria.

Los pobladores de la ribera notaron, bien pronto, el cambio operado en el pintor. Pero nadie se asomó hasta el fondo de su alma. Aquella repentina hosquedad, aquella frialdad cavilosa, aquel rostro de dolor que contrastaba con el temperamento jovial del artista, ¿en dónde podría tener origen sino en un desengaño sentimental?

Los motivos de esta transformación debían de obedecer a un proceso sencillo, según la imaginación de los pobladores: la desarmonía conyugal, la escena violenta y la separación de mutuo acuerdo... ¡Oh! debía de ser una pérfida aquel diablejo con faldas que se trepaba como un varón a las ramas de los ibirapytás para

saquear los nidos. ¿Y él? Ya se conformaría... ¿Para qué era artista, si no para ser veleidoso como el colibrí? Ya le verían como un saltamontes desperdigonando su escopeta sobre las indefensas palomas; ya sentirían el «tok... tok... tok...» de su lancha veloz y oirían sus cancionetas alegres despertando el río. Y pasó el comentario vecinal como un chubasco de diciembre. Y lejos de reaccionar el huraño, se sentía cada vez más angustiado, más triste, más solo. Tenía la admirable concepción de su obra, pero le faltaba, sin embargo, el modelo. ¡El modelo! Pero ¿y su libertad para vagar por la maraña buscando aquel cuadro que perturbaba su cerebro? No era dueño, — ¡dueño! — del bosque, acaso?

Mientras tanto, recobraba su poder la selva hollada. Se tupían de zarzas los caminos familiares que abrió a machete con sus peones. Renacían los brotes jugosos de las raíces abandonadas en el desmonte y se cubría de jarales el rozado que destinó al maizal y a la huerta. La naturaleza inexorable, aprovechaba el doloroso descuido del pintor para tomarse la revancha. ¿Debía seguir luchando contra la adversidad? ¿O es que pretendía vencer a la selva? Del convencimiento de esta enorme rivalidad, vino el agotamiento de sus fuerzas. Comenzó a sentirse pequeño ante la monstruosa majestad del bosque. ¡Ah, si pudiera juntar todos los árbo-

les y trenzarlos en un haz, para catigar con él su destino! ¡Qué látigo! Y así crecía aquella pasión instintiva que debió volcar en su tela póstuma.

A veces algún botero trashumante se aproximaba hasta su vivienda para pedirle permiso «para una hachadita, de cañas, nomás, pa poblar...» ¿Acometer contra la selva?... ¿talarla?... ¡Si era su gloria! «¡Hache, hache!» — solía ordenarle, con un asentimiento jubiloso que nunca alcanzaron a interpretar los ribereños. Por fin, su concepción trabajada por largas vigilias encontró el modelo. Suelen los temporales de fines de estío batir sin piedad la selva misionera y arrancar de raíz los árboles corpulentos. La tempestad debía darle su tema mágico. De la tragedia nació «El titán», su mejor obra. Pero «El titán» vencido, mancillado, servil... Fué uno de los progenitores del bosque, un inmenso iba-po-í, humillado por el huracán. El árbol, desprendido de cuajo, agonizaba aún, enhorquetando su copa abatida entre las ramas de un guavirá a manera de piadoso rodrigón. ¡Qué Prometeo! De nada le habían valido sus garras para salvar las furias de Eolo, hecho Júpiter ante aquella miserable ambición de atesorar la luz!

Gaddo Rinaldi requirió sus pinceles abandonados y afrontó la obra. Durante un mes consecutivo laboró su tela. Tejían ya las plantas rastreras su mortaja al modelo y era menester anticiparse sobre aquella dolo-

rosa agonía. Este esfuerzo emocional aniquiló su organismo. Pero no se dejaría vencer. Sobre la exigencia del matiz y del detalle, buscó el concepto pasional de las plantas. ¿Lloraban, acaso, los viejos árboles en aquel rocío matinal desprendido de las copas altas? ¿Odiaban los arbustos, las hortigas y las enredaderas en su afán de dar sepultura al coloso? En la interpretación de este misterio aseguraría la gloria de su tela. Cuando terminó su labor no podía moverse. Estaba aniquilado, exánime. De aquel incesante laborar, sorprendiendo el efecto uniforme de la luz, de aquella eterna zozobra ante la transmutación caprichosa y salvaje de la naturaleza, de aquella impaciencia febril en copiar de prisa el accidente y el color, sobrevino un relajamiento nervioso que le llevó a la cama.

Se moría el pintor...

*

Su cuadro en el Salón de París fué un triunfo sin precedentes. ¿Recordáis? El arte no tuvo reatos para

magnificar aquella obra estupenda, por su novedad y su colorido, por su técnica y la unidad de su procedimiento, por el espíritu conceptual, en fin, resultado de una invalorada genialidad. La prensa parisina volcó sobre el cuadro sus mejores ditirambos. «Es raro que este pintor no sea francés, — decía «Le Figaro», con su plausible vanidad nacionalista, — por que sólo un cerebro francés puede culminar en tan maravillosa concepción». Sin embargo, del fárrago de fragantes laudatorias, del juicio de los eruditos y los maestros, no se impuso jamás el concepto ajustado de la obra que debía morir con el secreto pasional del artista. Nadie se atrevió a pensar que más allá del triunfo del estilo y del arte, había una nota de emoción interior, incomprensible para los que no conocían la selva del trópico ni habían sufrido el doloroso desgarramiento del artista. Aquella caída brutal del árbol, tenía todo el misterio de una imprecación. Era anatematizante, más que natural. Parecía un apóstrofe al poder irreductible de la selva, más que un accidente de la tempestad. ¿Y los raigones? Allí estaba la médula genial del cuadro. Los raigones eran una hidra. Retorcidos, anarquizados, bravíos, como la cabellera de Medusa, llenos de odio, parecían culebras diabólicas, garfios malditos que predían a la tierra

talgia, tal vez. ¿No morían los claveles del aire, desprendidos del tronco protector?...

Pero la sencillez ribereña no podía concebir esta dolencia inmaterial.

—¿Sabe cuáles fueron sus últimas palabras? — me dijo, como un argumento ilevantable. — «¡Oh, la odio!... ¡la odio!» Y expiró.

*

Después de esta revelación, me he explicado el misterioso encanto de «El titán», que no alcanzaron a comprender ni los eruditos, ni la prensa que le colmó de elogios, ni los burgueses mediocres que se disputaron su adquisición en el Salón de París. «El titán» vencido, mancillado, servil... Era la tremenda venganza del pintor inmortalizada en aquella derrota de la selva.

Y podéis creerlo: Gaddo Rinaldi murió de odio. De odio a la selva...

LOS DIAMANTES DE MARINELLI

Cuando pasé el verano anterior por Antofagasta, el ingeniero Steegman, que regenteaba a la sazón un asiento estañífero en las cercanías de Oruro y que había hecho conmigo excelente amistad, tuvo una confidencia:

—Tengo una alhaja — me dijo; — un ingeniero italiano, minero de primera fuerza, que está en tren de revelaciones transcendentales; un verdadero sabio...

—¡Oh! — exclamé; — ya sabe usted lo que dan estas montañas... Usted lo que necesita son buenos sabuesos para rastrear las vetas.

—¿El estaño? — me dijo con cierto desdén; — ¡ya estoy harto!... Se vive con el Jesús en la boca, debido a la tilinguería de las oscilaciones...

—Métale al antimonio — exclamé. — ¿Quiere usted redituaciones más ligeras sin peligro? Ahí es cuestión de mano de obra, de arrias nutridas y de acción. Déjese de especulaciones novedosas y siga el camino trillado, Steegman...

—No crea — me replicó: — lo que no se va en lágrimas se va en suspiros: los fletes lo revientan...

Y volvió, obsesionado, — y después de una ligera pausa, — al recuerdo de su ingeniero, mientras bebía de un solo trago el vaso de mala cerveza que nos habían servido en el bar de Gambrinus.

—Vea — me dijo en tono reposado y sentencioso —: estoy en camino de ser uno de los potentados más fuertes de América... No se ría usted...

—¡Hum!... ¿Con el italiano?

—Con el italiano... Algo fabuloso, increíble... digno de las leyendas de Marco Polo... Un yacimiento, un yacimiento diamantífero... ¿Se da cuenta?

Y sin poderse contener, emocionado hasta accionar torpemente, abrió sobre la mesa, una caja de fósforos cuajada de piedras diminutas, de cristales lucientes, irizados y bellos.

—¿Alguna Bagdad, perdida en el laberinto de los cerros? — interrogué con acento de suave incredulidad.

—¡Una Golconda, amigo mío, una Golconda! — gritó extraviado en júbilo mi sensible interlocutor.

Francamente, no soy muy entendido en piedras preciosas — a menos que tenga que escarbar mi gaveta para festejar los onomásticos de mi mujer, con alguna joyita acomodada; — pero aquel deslumbramiento que irradiaba sutiles estiletazos con la variedad del arcoiris, me dió que pensar por un momento: ¿Podrían los terrenos devonianos de la alta meseta y las cordille-

ras adyacentes, haber creado tan preciosas gemas? ¿Acaso se ha resuelto hasta ahora la condición natural de las cristalizaciones del diamante, para que sea ridículo dudar de sorprendentes yacimientos? Acaso...

—¡Incrédulo! — saltó Steegman, cortando el hilo de mi fantasía — ¡incrédulo!...

Y luego, con la seguridad de que su noble espécimen había despertado mi ambición, a pesar de mi retiscente silencio, se abrió en una dádiva:

—Tome una, o dos... o cinco, si quiere — me dijo, mientras con mano torpe perseguía los ejemplares más límpidos; — hágalos ver en Buenos Aires con el judío Wartton, que es un gran lapidario, y después me escribe... pero me escribe ¿no?

En aquel momento se acercó un hombre bajito, bastante grueso, vestido de brín, con casco inglés, obeso y mesurado — pase el boceto zámbigo en bien de la premura con que hilvano estos recuerdos.

—¡Mi ingeniero! — exclamó Steegman; — aquí le tiene usted... Venga por acá, amigo Marinelli... Le presento a...

—Pérez, — me apresuré a decir.

—Molto piacere... — balbuceó el italiano.

«Pero ¿dónde he visto a este hombre?» — revolví esta interrogación en mi magín. — El, posiblemente, hizo un examen interior análogo, porque puso en mí una

mirada excrutadora que chispeó como un venablo entre el arco de sus anteojos y sus cejas hirsutas.

Poco después se descifraba la incógnita.

—Caro Pérez, — me dijo con cierta familiaridad, aprovechando la ausencia de Steegman, que había salido a ordenar un embarque de metales; — caro Pérez, usted no me recuerda ya...

—Créame que si... pero me falta un hilo... el lugar... la ocasión...

—En Salta...

—¡Ah! — exclamé, dándome un golpe en la frente; — usted es Marinelli, el célebre Marinelli...

—Justamente: el de las piedras preciosas — agregó.

—Que no pudiendo ser el químico Ebelmen, para obtenerlas por su alquimia maravillosa, las improvisaba en las escoriaciones de las rocas... — aseguré con sorna.

—Fué una desgracia; pero le aseguro a usted que los diamantes de ahora...

Marinelli fué un personaje exótico que cayó como un aerolito en Salta, a raíz del descubrimiento de rastros auríferos en una quebrada calchaquí. Yo, que a la sazón, llevaba una temporada en la pintoresca ciudad del norte, tentando una sociedad para explotar plomo en las pampas altas de Jujuy, fuí, tal vez, el primero que reparé en aquel raro sujeto, ya entrado en años,

grave y mofletudo, dado a la química experimental y con cierta erudición, propia o aparente, en el campo de la metalurgia.

De si en justicia me cabe el derecho de prioridad en la sospechosa incertidumbre que «prima facie» despertó en mi espíritu Marinelli, es cosa secundaria. Lo cierto es que después del piadoso silencio, que por un par de meses envolvió a nuestro hombre, mientras su silueta cuadrangular pretendía el monopolio de las calles asoleadas, enfundado en su amplio traje de brín, un buen día rompieron al unísono los periódicos de la ciudad el anónimo del ilustre personaje.

Don Mardonio Suárez, poseedor de un fundo de inexplorada orografía, acababa, con la colaboración de Marinelli, de descubrir en su vecindad, los vestigios de una cuenca diamantífera que amenazaba con las fabulosas revelaciones de una Visapur.

Los síntomas eran evidentes, según el juicio «a priori» de los diarios: terreno arenisco y ferruginoso, con rastros aparentemente, silicios. Además, del copioso semillero, los diamantes extraídos aparecían incrustados evidentemente, en piedras carboníferas. Por cierto que la novelería-ambiente no se detuvo a razonar sobre otros factores adversos, para abrir el juicio a prueba. Y hasta el orgullo nativo, que anticipaba, con el incentivo a los buscadores, días de esplendor cartagi-

nés a la muy histórica ciudad, se complicó en esta propaganda que ponía por las nubes el valor de las tierras de Suárez y la gloria hiperbólica de Guido Marinelli.

Se repetía la leyenda de los diamantes de Borneo: «Era una vez un pastor...» Pero si algo tenía de pastor Marinelli era a manera de psicólogo de almas, muy capaz de afirmar su cayado en los nudos de la torpeza humana accesible a estas vibraciones emotivas que sacuden fuertemente la vanidad. Salta iba a tener diamantes donde se ahogaría la codicia humana y en cuya superficie, como en el espejo de una fuente, se refractaría el esplendor de la república. ¿De qué valdrían ya sus aguas salutíferas del Rosario de la Frontera, sus vinos de Cafayate y sus famosas empanadas?... La California, grávida de sorpresas y metales, iba a suplantar la ciudad legendaria, columna fuerte de la revolución americana. Porque si los campos de Suárez tenían diamantes, el venero debía extenderse como una mancha de aceite por todas las serranías adyacentes donde estribaba la cadena real de los Andes.

Nunca he sentido el efecto de una revelación más transcendental. Por largos días el tema de las piedras preciosas ocupó las columnas de la prensa y el debate de la opinión. Buenos Aires mismo, tan absorbido por aquel entonces, en la fiebre del agio, le dedicó

un espacio en la información movida de los diarios y largas discusiones en el seno de la Bolsa. Las cámaras de la provincia, no pasaron por alto el descubrimiento; y hasta el gobernador, anticipando el grueso impuesto con que se gravaría las explotaciones hasta cubrir con este rubro el clavo de la deuda externa, dedicó en su mensaje de apertura legislativa, un florilegio lleno de amable poesía al advenimiento de tan linajudo producto natural.

Marinelli no cabía dentro de sus pantalones de brín...

*

Atraído por la curiosidad como cualquier hijo de vecino, fuí también de los contertulios de Suárez, a raíz de la «scoperta» del sabio Marinelli.

—¿Ha visto el análisis? — me interrogó jubiloso el señor Suárez, no bien penetré en la sala de billar donde tertuliaba una media docena de personas de ambos sexos. Es del famoso lapidario de Buenos Aires, Max Wartton, una celebridad...

—¿Y?...

—Diamante imperfecto; lo que decía Marinelli, precisamente. — Y al propio tiempo, me extendía el papel donde el químico había rubricado su diagnóstico.

—¿Con que... imperfecto? — interrogué casi maquinalmente, mientras el ingeniero Roberts, «habitué» sacramental de estas veladas, me dirigía una mirada picaresca.

—Es una prueba, sencillamente, — se apresuró a esquivar la ironía Marinelli, despachándose, contra su costumbre, en perfecto castellano. — Los ejemplares que no admiten discusión, irán después.

—Sí, — asintió Suárez; — el profesor Marinelli quiere probar, por este procedimiento, la seguridad científica del lapidario.

—Muy bien pensado, — asentí con desenfado, mientras en los ojos de Mme. Roberts — Susanne Letier — una mujercita admirable y vivaracha, creí advertir un chispazo de incredulidad que me hizo pensar en la forma inocente de cómo aceptaba el alegato de Suárez.

Ya en la calle, Roberts se me confió abiertamente:

—Creo que lo del italiano es un «bluff»... ¿Viene mañana?

—Sí.

*

Decididamente Marinelli estaba en berlina bajo la vigilancia sagaz e inteligente del ingeniero Roberts.

La tertulia siguiente fué sonada. Después de mariposear la conversación sobre temas banales, se entró de lleno en las piedras preciosas.

—¡Pues señor, — dijo pausada y sentenciosamente el ingeniero Roberts, — dirigiéndose a Marinelli, — la autenticidad diamantífera de sus piedras, no me convence.

Aquella tesis tenía todo el carácter de una recia admonición. Yo me hice el zorro, hojeando con aire distraído un ejemplar de «Caras y Caretas» que estaba sobre la mesa de billar.

—Y me explico, — continuó Roberts, — que Wartton califique a su piedra de «diamante imperfecto». No se puede pedir una imperfección más flagrante...

Era la primera réplica que se alzaba contra la gloria indiscutida de Marinelli. Pero Marinelli, ni se inmutó siquiera, resistiendo con admirable entereza la avidez de todas las miradas que se reconcentraron en su voluminosa persona.

—Lamento su discrepancia, caro señor Roberts, — ensayó con suavidad una ironía; — y lo siento, realmente por la autoridad que le suponía a Wartton...

—Poco a poco, amigo Marinelli; — Wartton, podrá ser una eminencia para lapidar sus piedras y hasta para

fabricarlas, si se le antoja. Pero en esto del criadero diamantífero, en terrenos de constitución granítica, no me lo hace comprender ni Wartton ni el mismo Lavoisier, que estudió con tanto éxito la naturaleza de las piedras finas.

—De que no se hayan encontrado diamantes en las rocas de complexión volcánica, no es una razón para que no puedan existir, — arguyó Marinelli. — Es cuestión de buscarlos. Ya ve usted, el wolfram, ese oro negro tan mentado, ha sido una sorpresa, puesto que su descubrimiento data de tres años a lo sumo.

Marinelli se escapaba por la tangente. Pero el ingeniero Roberts lo volvió a traer sin piedad sobre el punto en debate, con la brusquedad de un anatómico que arrastra su cadáver hasta la mesa de disección.

—Vea Marinelli: sus piedras no son diamantes. Son silicatos de alumina y potasio, lo que se conoce vulgarmente en mineralogía por «granates blancos»... O si quiere, rectificando la calidad, en bien de su descubrimiento, llamémosle «circones» ¿le parece? El circón, al fin y al cabo, tiene en su prosapia la parentela de los jacintos...

La tormenta se venía encima. Se hizo un silencio pavoroso. Se suspendieron hasta los corazones... Pero Marinelli, blindado en su beatífica pachorra, trataba de esquivar con serenidad los golpes del adversario, sin

que el auditorio, ávido del resultado del torneo, pudiera advertir su flaqueza.

—Sabe usted bien, señor Roberts, que el mejor resultado de mi exploración lo evidencian los ejemplares de cristalizaciones sobre carbonos.

—¡Carbonos fósiles! — replicó Roberts. — Más a mi favor. Los carbonos fósiles, señor mío, — es cosa bien probada, — se encuentran en terrenos muy diferentes de los que denominó «plusiacos» Brongniart, terrenos de aluvión, propios al platino y a las piedras preciosas.

—Sin embargo, el diamante es un carbono... — pretendió argumentar débilmente el «profesor».

—¡Qué gracia! — interrumpió, sin darle cuartel el ingeniero Roberts. — Un carbono... Pero compárelo usted a todas las especies de carbonos conocidos, y hasta al grafito mismo, y vamos a ver si tienen algo de común en sus caracteres físicos, geométricos y geológicos.

En aquel momento, la voz de un mucamo que anunciaba el servicio de té, puso un breve interregno a la áspera interlocución y nuestros corazones volvieron a latir.

Pero Roberts, empecinado en su tarea de derribar la torre de naipes que había levantado el espíritu popular, a costa de la inocencia de don Mardonio, — con

la exacción de algunos anticipos en metálico, — no quiso que su víctima se escurriera impunemente, sin tentar un examen que debía ser decisivo.

—Amigo Marinelli, — dijo cambiando de tono, mientras desenvolvía sobre la mesa de billar un ligero petate. — Doblemos la hoja de los diamantes y no me tache de imprudente si reclamo su notoria preparación en auxilio de esta especificación mineralógica. Se trata de algunos ejemplares encontrados en la sierra de Lumbreras.

Marinelli iba, como un romano vencido, a pasar por las horcas caudinas. Pero era cuestión de hacer la «pata ancha» en presencia de aquel jurado inapelable, picado de incredulidad, después de las palabras de Roberts.

—Veamos, — se limitó a contestar con cierta dignidad apócrifa, que le era peculiar.

Todos nos acercamos a la mesa. La colección de Roberts no tenía nada de extraordinario. Junto a diversas piezas de mármol, fragmentos de feldespato y cristales vulgares de cuarzo, había minerales de hierro, de antimonio y algunos guijos de casiterita de estaño, que no eran, por cierto, del acervo de la provincia... Marinelli, salvo algunas dudas, estuvo impecable en su análisis visual. Y ya iba a terminar pomposamente su acertada clasificación, cuando se fijó en

el último de los ejemplares, ligeramente amarilloso, frágil, un tanto áspero. Era, indiscutiblemente, una piedra caliza de lo más elemental.

Brillaron los ojos de Marinelli a través de los gruesos cristales de sus anteojos, y dirigiéndose chanceramente al ingeniero Roberts, mientras desmenuzaba entre el índice y el pulgar el pequeño terrón, exclamó en lengua ítalo-criolla, poseído de su triunfo:

—¡Qué rique tipe!... Questo non si debe dubitarlo: e propiamente yeso...

Era un pedazo de «chancaca» (1).

*

Después de estos recuerdos que evoqué, en un segundo, no bien me desprendí de Marinelli en Antofagasta, busqué a Steegman. Un cargo de conciencia me llevaba a la delación como a un quidam vulgar. Pero, desgraciadamente Steegman había partido a Ollagüe

(1) Masacote. — Compuesto de azúcar rubia y miel, muy común en las provincias azucareras.

para regresar al día siguiente. El paquete norteamericano que debía conducirme a Valparaíso, se avistó a las dos. A las cuatro levaba anclas rumbo al sur.

Han transcurrido dos meses del reencuentro con Marinelli, a quien suponía en tierras hiperbóreas, después de la nota necrológica que le había puesto el ingeniero Roberts. Esta mañana, revisando mi ropa, he tropezado con las piedritas que me regaló Steegman y que quedaron olvidadas en el bolsillo de un chaleco. Y ha vuelto a trabajarme la conciencia. ¿Será tarde?... Voy a escribirle. «Mi estimado Steegman...».

LOS COW-BOYS

En Mr. Teodoro Peters se había hecho hábito visitar, a la hora de la siesta, a su vecino don Silvano Hermida.

Un moro, que no salía del trotecito burgués, salvaba, agobiado por los 95 kilos del yankee, la legua pampa de tortuoso camino, que ponía en contacto los dos establecimientos.

¿Qué iba a hacer Peters todos los días a la estancia de Hermida? Nada. A decir tonterías. A hablar de sus dólares. A contar por ciento y una vez, cómo adquirió, por dos peniques, la transferencia de una patente de invención sobre no sé qué implemento agrícola; la organización del sindicato; el éxito de la sociedad, un éxito portentoso, que le permitió redondear su fortuna; la declinación del negocio luego. Después, su salida a tiempo; la bancarrota de los otros... Y después de esta autobiografía, que no transparentaba con nitidez sus primeros manejos, reincidía en detallar la orientación que se le ocurrió seguir, no bien llegado a Buenos Aires, «cosa de distraer un poco de capital». Posiblemente Mr. Peters no estaba al tanto del opti-

mismo de Blasco Ibáñez, que sacudió el sentimiento patriótico de España, cuando amenazó despoblar la península, formalizando el éxodo hacia unas pocas fanegadas que poseía en el Neuquen. No debió registrar su agenda este engolosinador antecedente, porque Peters se hubiese orientado hacia aquel país lacustre, bañado por los ríos Negro y Limay. Prefirió el norte, pero por intuición, simplemente, por «pálpito». Envanecido por la facilidad de su triunfo económico, no se detuvo en nuestra región boreal, donde los negocios trillados del obraje, el saladero, la estancia o el tanino, pudieron abrirle, sin grande esfuerzo, francas redituaciones. Prefirió pasar a la «vereda de enfrente», es decir, al Paraguay. Y en la región alta del país, cerca del Apa, compró una zona de bosques y campo abierto, y en la vecindad de su colindante don Silvano, plantó la estancia...

—¡Este yankee me apesta!... — sabía decir don Silvano, como si la aparición de este personaje en la comarca obrara como un maleficio en la placidez de su existencia.

—Tené paciencia — le recomendaba su mujer. — Al fin y al cabo hay que estar bien con la vecindad... ¡Vivimos tan apartados!...

—Si no es que sea chúcaro, entendeme... Pero este tipo me tiene cansado con sus impertinencias...

Y discurriendo así, se molestaba de veras, él, tan apacible, tan bueno, tan de una sola pieza para sentir el culto de la amistad; tan criollo, en fin...

Luego, como haciendo un esfuerzo para desnaturalizar el juicio formado sobre el extranjero, razonaba:

—Será, tal vez, el desconocimiento del país... Por que yo he tratado en la Asunción muchos yankees, ¿sabés?... pero como éste...

En bien de Peters, quiero pensar que este juicio no trascendió del concilio marital, vale decir, que no se le puso mala cara, porque sus visitas, con el horario consabido y en el eterno moro infeliz, siguieron menudeándose en perpetuo atentado contra las digestiones soporíferas de Hermida.

Pero no sólo estos paseos intempestivos habían alterado los hábitos proverbiales en casa del hacendado criollo. Había otra introducción novedosa que venía a romper con la monotonía del mate dulce: el whisky. A Peters le gustaba mucho, por cierto. Pero a la dueña de casa, maldita la gracia que le hacía cuando Hermida, que era casi abstemio, se dejaba arrastrar por las libaciones en competencia con el yankee, hasta que el frasco quedaba en agonía.

—Para probar — solía decir Hermida, justificando cada contravención.

Después, cuando Peters, a las cinco, volvía más colo-

radote y sudoroso que antes, a montar su pobre rocín, la primera nota doméstica era de recriminación.

—¡Pero hombre!... — le decía la señora.

Hermida ni la dejaba concluir:

—¡De aburrido, mujer!...

—Pero este gringo a lo que viene es a emborracharse, ¿no?

—¡Si no fuera más que a eso!... ¡La siesta, Dios mío... la siesta!... — exclamaba cerrando los puños.

Y con toda gravedad — era sano y fuerte — cruzaba el corredor y se encerraba en el dormitorio hasta la hora de cenar.

*

Mientras el señor Teodoro Peters, compró el latifundio, adquirió, sin título de inventario, los primeros planteles criollos, alambró los potreros y levantó la estancia en una loma propicia, junto al río, no pudieron quejarse los gauchos de la región de que hubiera escaseado el trabajo.

Peters era brusco y autoritario, eso sí; pero pagaba bien.

En los ranchos humildes de la vecindad se comentaba con calor la calidad del «pytaguá» (1), que había llegado a la comarca como un aerolito. Era, sin duda, inmensamente rico. Porque, ¿cómo se explicaba aquel derroche en la edificaión de la estancia? ¿Y los galpones? ¿Se conocían galpones más cómodos, más amplios que aquellos? «Pa toros finos», había dicho el patrón. A su lado eran nidos de chimangos las chozas de los peones... ¿Y el muelle, que costaba un platal? ¿Y los bebederos? ¿Y los baños? ¿Y los molinos? ¿Y esos interminables alambrados de púa, de siete hilos, que subdividían como las calles de una ciudad, los potreros y los futuros alfalfares?

Durante meses y meses, cada semana, los peones de este misterioso potentado, recibían en sus hombros, para poner en reparo, la carga de un navío que llevaba de Buenos Aires los materiales de construcción: maderas, hierros, alambres, maquinaria, talabartería, portland, útiles y enseres de campo.

—¡Hasta cuándo!... — decían los gauchos.

Pero, como todas las cosas, la obra terminó un día. Iba el nuevo establecimiento a regularizar sus funcio-

(1) Se designa así al extranjero. Expresión guaraní.

nes. Todo estaba listo ya. Fué entonces cuando el numeroso personal de la estancia pensó en su destino.

*

Giraba el mate en el rancho de Juan y giraba también el comentario del peonaje.

Era un domingo de noviembre. Mr. Peters, festejando la terminación de los trabajos, había dado un asueto general a sus peonadas, generosa vacación que no rezaba ni con el moro escuálido, ni con el matrimonio Hermida, malgrado la siesta canicular.

—Hoy bajaron los toros — decía un paisano petizo.

—¡Qué animales, hermanito!...

—Como que han sido premiados en Buenos Aires.

—Dicen... Para mí es cuento.

—¡Que sos mal intencionado! — arguyó un tercero.

Terció la compañera de Juan, una china joven, robusta y buena moza:

—¿Terminó, Zacarías?

—Está como de su mano, Jesusa — afinó una gentileza el interpelado, alargándole el mate.

—Y vos, Juan, ¿qué decís de estas cosas? — interrogó un viejo de barba blanca, mientras jugaba con la lonja del rebenque sobre el suelo polvoriento de la cocina.

—Que la cosa es grave, tata... Yo creo que ya podemos dir buscando conchavo...

—Esagera, compadre — refutó un paisano simpático.

—Vos siempre ves visones — se atrevió a decir la china.

—Atenete al santo...

—Lo que digo yo — afirmó otro de los contertulianos — es que Juan tiene razón. Mr. Peters, v'a trair gauchos de su tierra, «cubois» o «caboís», no sé como diablos se llaman.

—No diga, che...

—Por ésta. — Y el gaucho hizo una cruz con los dedos.

—¿Ois?... — interrogó Juan a su mujer.

Ella bajó los ojos.

Cuando se deshizo la rueda, Juan se atrevió a interrogar a su «prenda»:

—¿Y si yo me juera?...

—Te seguiría — contestó ella.

—¡Decilo otra vez!... — saltó violento y jubiloso el gaucho, tomándole con ambas manos la cara, mientras trataba de leer la verdad en los ojos pardos de Jesusa, advirtiendo una ligera vacilación.

—Ya te lo'i dicho — temblaron sus labios.

El sintió como el frío de un acero que le traspasaba las carnes.

Pero no dijo nada.

Salió afuera. Caía la tarde. El enorme y rojo disco del sol se ocultaba tras los últimos palmares del Chaco. El río, empurpurado con los destellos del cielo, parecía dormir. Y en el mojinete del rancho, un corochiré ensayaba sus trémolos con una dulzura infinita...

*

La siesta de los Hermida había transcurrido en la consabida interlocución sobre los negocios de campo, entre los desplantes del burgués vanidoso y las maduras reflexiones del hacendado previsor.

—Yo voy a modificar esta rutina, don Silvano —

afirmaba el yankee. — Pero si ustedes no progresan, es porque son retardatarios y flojos.

Don Silvano sonreía bondadosamente y lo dejaba hablar.

—Hay mucho que hacer en estos países, créame... — afirmaba sentenciosamente, remarcando, por gusto, el tono anglo-criollo de su pronunciación. — «South América!...» — afirmaba luego, contagiado del escepticismo inglés y acompañando la interjección con un mohín de desprecio. — Verá usted, verá usted...

—No se haga ilusiones, don Teodoro — corajeaba una refutación el dueño de casa. — Usted no conoce la tierra. Y vea que aquí han fracasado muchos... Y eso que se han enterrado capitales enormes...

—Por brutos — argüía Peters, con esa torpeza que le era peculiar.

—No crea. Aquí han distraído grandes sumas empresas capitalistas, disciplinadas desde Buenos Aires... Pero la región tiene muchas sorpresas... Vea usté La Redención. ¿Quiere un resultado más estupendo? Se plantó la fábrica de estracto de quebracho con la mejor maquinaria alemana; se organizó el puerto con desvíos, con guinches, con aparatos; se pobló para quinientos obreros; se tiró la línea de un industrial de treinta y cinco kilómetros al corazón del monte. ¿Y qué resultó después? Que el colchón no tenía lana... El bosque

no daba el rendimiento de quebracho ideado por los capitalistas. Y la empresa fracasó con sus tres millones a la cola...

—Pero es que esa no era plata suficiente para afrontar un negocio de tal magnitud...

—¡Ah!... Si usté arguye que en todo negocio, para prosperar, hay que tirar unos cuantos millones a la calle...

—¡Es claro!... sistema nuestro... ¿Qué hacemos nosotros con los minerales de Chile? ¿En Chuquicamata, por ejemplo? Adquirimos el asiento y metemos cinco millones de dólares, pongo una cifra... ¿No basta? Se duplica. ¿Se fracasa con ésto? Entonces el capital sube al cuadrado o al cubo... ¡Qué quiere!... Somos así...,

Don Silvano, criollo tesonero, que había acrecentado su capital a costa de sacrificios y sudando firme sobre la tierra, no sabía qué admirar ante este desplante de Peters: si la valentía del capital norteamericano o la torpeza de su vecino para tirar el dinero. Le parecía esto último una imperdonable novelería. Si Mr. Peters se proponía triunfar en el alto Paraguay, ¿por qué no seguía su ejemplo, consagrado ya por un éxito franco? ¿Era imprescindible, acaso, tentar especulaciones de otra índole para llegar a su resultado? Y con millones, ¿podría salvarse los accidentes de aquella natura-

leza huraña, suplantar al obrero nativo y mestizar de golpe y porrazo?... Esto, francamente, no lo veía con mucha claridad don Silvano.

—Vea, señor Peters — se atrevió a opinar el criollo; — usté me disculpa ¿no? pero yo creo que si en esto de la ganadería no pasa por la rutina, va a fracasar... Las minas son otra cosa; pero ¡qué diablos...! esto de la ganadería...

—No sea... inocente, don Silvano — contravino con sorna Mr. Peters, mientras mostraba sus enormes dientes amarillos libres de la eterna tagarnina. — ¿Quién puede oponerse a la voluntad y al capital...?

—¡La naturaleza! — sentenció con vigor el hombre de campo.

*

Peters regresó a su casa un tanto reconcentrado, contra su costumbre. No era que dudase del éxito de su empresa, ya que el capital seguía siendo para él la fuerza suprema que debía regir los destinos de su vi-

da. Le molestaban, eso sí, los difíciles preliminares de su establecimiento. Temía al ridículo más que a la derrota. Hermida hacía veinticinco años que mestizaba sus ganados, con prudencia. Primero los Durham, a campo, de la zona garrapatera de Corrientes, vinieron a entroncar las haciendas cuerudas y flacas de la región, producto del cruce en Matto Grosso, con el zebú, toro malayo de pésimos antecedentes. Un largo compás de espera, después, cosa de evitar, en previsión de la «tristeza», un refinamiento brusco que sería fatal. Los Heresford ,más tarde, y el plantel moderado de vaquillonas de alta mestización...

—¡Mucho cuidado con la importación de los sementales de pedigree de la zona inmune de Buenos Aires! — le había dicho en cierta ocasión Hermida.

Mister Peters sonrió entonces. Pero ahora que los maravillosos ejemplares, laureados en la última exposición, habían pasado a sus galpones, la cosa le hacía meditar. Y a esta circunstancia, que interceptaba su reconocido valor para afrontar lo que él llamaba «prejuicios», se unía otra, digna también de ser tomada en cuenta: los «cow-boys», que reemplazarían a los peones criollos que organizaron su establecimiento, debían llegar en el primer vapor de la carrera. Y aun cuando el éxito de sus paisanos — jinetes y gauchos — neutralizaría, en tal caso, la derrota de sus prolegó-

menos ganaderiles, sentía, en verdad, desprenderse de los hijos del país, tan guapos, tan sobrios y tan humildes. No era, ciertamente, por cuestión de centavos. Con seis pesos oro pagaba los mensualeros nativos; los «suyos» le costarían setenta. Pero eran más que peones; eran técnicos, según su decir. Y esta enorme diferencia bien valía un recargo en su copioso presupuesto.

—Me dan lástima estos peones — había reflexionado en una corazonada mister Peters. — Pero hay que poner cara de perro...

Y en verdad que no andaba desacertado en su expresión, con sus cachetes rubicundos, su nariz chata y el recio testuz, que le daban cierto carácter de bull-dog, perdonando el simil.

*

Llegaron, por fin, los «cow-boys». ¡Lindos mocetones, en verdad! Jóvenes, esbeltos, nerviosos, alegres... Llenaron el embarcadero con sus francas carcajadas y sus bruscos manotones. Aspiraron a pulmón pleno el aire

oxigenado de la campiña. ¡Lindos mocetones, en verdad! Parecían cachorros de león, dominando con la vista el horizonte, como si el Chaco entero pudiera atarse al dominio poderoso de una mirada. ¡Y qué acoquinados estaban los gauchos del país, ante esta irrupción de juventud, de belleza y de vigor que venía a conquistar sus dominios y a arrojarles de la estancia... ¿Y las mujeres? ¡Ah! Las mujeres miraban con otros ojos esta inmigración rubia de tipos buenos mozos, que venía a familiarizarse con la vida local...

Juan no quiso presenciar la derrota en las proezas del coral que al día siguiente ejercitarían sus rivales. Su rumbo estaba al sur, aquel mismo día, aprovechando el lanchón de un saladero que pasaba aguas abajo.

—¿Te vas? — le preguntó Jesusa, mientras Juan, silenciosamente ordenaba las piezas de su apero.

—Pa Concesión — respondió. — Ayí hay crioyos entuavía... ¡Lo qu'es estos pytaguás...!

—Pero tentá en lo de don Silvano...

—Tiene peones de más...

Y presagiando, sin duda, la volubilidad de la «prenda», la interrogó con suavidad, casi con timidez:

—¿Y no arreglás tus cacharpos?

—No m'he decidido ¿sabés?...

Aquello de «no m'he decidido» repercutió como una puñalada en el pecho de Juan. ¡Decidido...! ¿Y acaso

no se había decidido él? ¿O es que tenía que andar consultando sobre las conveniencias de la vida? ¿O no era el hombre acaso...? ¡Decidido...! ¡No faltaba más! Pero era violento como un huracán, y aquel día no estaba para aguantar objeciones.

—¿Me seguís o no? — interrogó el paisano.

—Pero Juan...

—Contestá...

—Pero si vos sabés...

Era el preludio de una evasiva.

—¡Hasta eya! — mascullló el gaucho. — «¡Añá memby!» (1).

Y sofrenando la ira con la entereza que usaba con el potro duro de boca, mientras envolvía a Jesusa en una mirada de rencor, le arrojó este desprecio:

—¡Ni te preciso, perra...!

Y salió.

*

(1) En guaraní: "¡hijo del diablo!", expresión muy vulgarizada.

La novel estancia de Peters quedó bajo el dominio de los «gauchos del norte». Se inició una nueva vida en la comarca. Los peones, despedidos como Juan, o emigraron o se sometieron a esperar «changuitas». El exceso masculino complicó momentáneamente la vida social de la región. Pero bien pronto se organizaron nuevos hogares. Crecieron los ranchos como por obra de magia, y cada cual buscó el calor doméstico con la pareja de su predilección. Y Jesusa, que era capaz de concentrar un afecto, bien pronto aparejó su destino a un capataz bien plantado, que no «hablaba en criollo», pero que era guapo y fuerte. Y no se diga que Jesusa hubiera olvidado a Juan. Era la novelería, la curiosidad, que había sacudido como una racha nueva la vida tranquila del lugar. Y ella caía en el remolino, como las demás...

Porque, en verdad, era interesante aquella legión de centauros que hacía prodigios en la labor rural. ¡Y con qué elegancia! ¡Y con qué virilidad! Ejercitaban la puntería del lazo hasta por chacota, derrochando con lujo alegría, tenacidad, valor. Conocían al dedillo la anatomía de los bovinos. Tomaban un novillo por las aspas y lo hacían besar la tierra sin ninguna dificultad, jugando con las vértebras cervicales en un admirable «jiu-jitsu». Hincaban de rodillas a la bestia más brava. El lazo era una talabartería de lujo. ¿Para qué?

Con presteza, con temeridad, dominaban como a becerruelos los toros montaraces y agresivos. Y aquellos animales, sometidos a tan mágica acrobacia, comenzaron por tener miedo a estos diablejos rubios, gritones y ágiles, enseñoreados del corral, mientras los pobres gauchos de la comarca, aguaitaban, desde los alambrados, el angustioso espectáculo de la conquista.

Se dijera que la hacienda cerril, al llenar los bretes para desfilar a los bañaderos, mirara con espanto a estos «cow-boys», que aguardaban, impasibles, sus víctimas, mientras Peters, masticando su cigarro pestífero y en mangas de camisa, envanecido de su innovación cilizadora, desafiaba, bajo el ala de su sombrero de esparto, los rigores del sol.

*

Pero era otro cantar en el bosque. Mientras las faenas rurales tenían el abrigo de las empalizadas o la impunidad del campo abierto, nada podía oponerse al brazo del «cow-boy». La represalia estaba en la sel-

va, donde las reses ariscas buscaban su guarida providencial. ¡Allí sí que estaba la defensa del ganado, en el inextricable laberinto de los árboles, bajo el semillero protector de las alimañas y de las fiebres palúdicas! ¡Allí sí que nada podrían la destreza de los invasores, ni sus cabalgaduras, ni sus lazos pequeños, ni su temeridad, ni su vigor...!

Y sucedió, pues, que a los dos meses escasos de iniciada esta colonización exótica, la estancia de Peters se venía abajo, paulatinamente, irremisiblemente...

Los caballos criollos, sacudidos con el trajín incesante de estos jinetes desconsiderados y violentos, se reducían a inservibles cuartagos. No he de hacer la apología de nuestros caballos, universalmente considerados como los animales de mayor resistencia para la labor y para la guerra. Pero ¡que no se cansen! porque entonces su inutilidad no tiene repunte. En aquella región del norte, con pastos duros, donde las sementeras de maíz rara vez se traducen en cosecha; donde los forrajes artificiales crecen con más lentitud que el matorral innocuo, conservar las cabalgaduras debe ser la finalidad de todo hacendado previsor. Peters parecía no haber reparado en este detalle. Los cow-boys, por otra parte, indolentes, como buenos contratados, en pocas semanas echaron a perder las caballadas, siempre a escape, desde que ponían el pie en el estribo;

siempre con las pobres bestias esclavizadas al palenque. Ya no era posible afrontar, con rucios tambaleantes, aquellos mestizos de zebú que ganaban el claro de los bosques en procura de su tranquilidad montaraz.

Los toros finos, transportados inconsultamente, de la vida amables de la cabaña de Buenos Aires al trópico, caían víctimas de la «tristeza» prevista por don Silvano, sin que los esfuerzos científicos pudieran detener la catástrofe.

¿Y ellos? ¡Ah!... ¡Pobres! Eran una calamidad los cow-boys. Magullados, flacos, tristes. Ya no eran los gimnastas de antes que traían boquiabierta a la paisanada de la región. Habían perdido la flexibilidad de otrora. Y el gusto hasta para vestir. Los sombreros de fieltro, color ladrillo, respiraban dolor, heridos por la maraña de la selva. Las monturas de cuero, hechas jirones. ¿Y ellos? Sucios, envejecidos, barbudos, enfermos... Los «piques», esos mosquitos diminutos, habían anidado en las yemas de sus dedos, bajo las uñas, produciendo tumefacciones dolorosas. Los parásitos y la ura (1) no dieron cuartel a estos pobladores intrusos que con tanto desdén se enseñorearon en el dominio de los bosques. Bajo el sol del Capricornio, pulu-

(1) Mariposa grande, cenicienta, cuya deposición, altamente infecciosa, produce tumefacciones en el ganado.

lan los «mbarigüis», pequeños dípteros, de aguijón formidable, llenos de causticidad y malevolencia, que tapizan de rubíes los rostros y las manos desprevenidas... ¿Y las pestes? ¿Y las insolaciones?... ¿Y la malaria?... ¡Ah!... ¡pobres!...

Quedó el tendal. A todos les tocó su dosis diaria de quinina. La tifoidea victimó a varios, sin compasión. Los más previsores, huyeron ante los primeros amagos de la derrota. Aquello se desmoronaba...

Fué entonces que Teodoro Peters sintió una honda herida en su engreimiento de hombre platudo y triunfador. «¿Quién podrá oponerse al capital?» — interrogó, enfáticamente, cierto día. «La naturaleza» — le había respondido don Silvano. Y era así. La naturaleza, rebelde ante el avance indisciplinado y arrollador, venía a desbaratar sus planes, sin que su omnipotencia pudiera detener la bancarrota. El debió comenzar por el principio, por el camino trillado, sin dilapidar energías, ni precipitarse desconsideradamente al ridículo... Pero era tarde ya. Diezmada su colonización, inutilizados y enfermos los pocos cow-boys que quedaban en el establecimientos, debió, entonces, someterse a la tiranía de la comarca, entregarse a la ciencia experimental de don Silvano, pasar como un colegial por el catecismo de las cosas sabidas y reincor-

porar al personal de la estancia los gauchos expulsados, tan sufridos, tan económicos, valerosos y leales...

Y volvieron los gauchos. Volvieron porque no eran rencorosos. Porque amaban el terruño. Porque debían volver...

*

Aquella siesta no sintió el moro infeliz el peso de los noventa y cinco kilos en el calvario tortuoso del camino.

—Mejor — confidenció a su mujer don Silvano, pensando, con su gran generosidad criolla, que ahorraba a Peters el dolor de confesar su fracaso.

—Pues yo lo siento — arguyó su mujer — porque nunca con más gusto que hoy vería desaparecer la botella de whisky...

Y horas después, junto a un rancho en dominios de Peters, una escena, aureolada por los últimos destellos de la tarde, ponía punto final al dominio de los cow-boys en las tierras del trópico, con una nota de

nobleza gaucha y de orgullo nativo de la mejor calidad.

—¡Pero si yo te quería, Juan!...

—Ah... «te quería»... ¿no?... — repitió el paisano con sorna.

Ella rompió a llorar.

—¿Y tu... hombre? — se atrevió a interrogarle.

—Ahí'stá... Mejor... La tifus... —balbuceó Jesusa

Entraron.

Convalecía el cow-boys. Tendido sobre el catre parecía un espectro, desencajado, amarillo, sin alientos casi, con sus enormes orejas transparentes, como dos alas desprendidas de su calavera.

Juan no acertaba a explicarse ante esta piltrafa viviente. Por fin se atrevió:

—¡Qué caray!... — dijo con amargura esta vez. — Yo no soy su enemigo... Güelvo, porque soy del pago, ¡qué caray!... ¿Se alzó con Jesusa?... Güeno... No me tenga miedo..., Mujeres hay a patadas... Se la regalo, amigo... La patria, eso sí, hay una sola ¿sabe?... y esa sí que no me la v'a yevar usté...

Y le alargó su mano leal.

TRAGEDIA SERRANA

Con mi amigo Publio Z. solía tener acaloradas discusiones sobre los temas más descabellados. Epicurista, le aceptaba a ratos. ¡Tenía argumentos tan desconcertantes, cuando se engolfaba en la tarea de embellecer el dolor! A veces se difundía demasiado, rastreaba en el campo de todas las escuelas y solía tener sus veleidades propias de un temperamento nervioso y combativo. ¡Y ahí estaba yo como un lebrel sobre el rastro, cuando advertía una defección! De estas controversias, alcancé la noción cabal de su temperamento. La réplica operaba como un reactivo en su serena exposición. Tomaba alas, entonces. Se volvía elocuente, persuasivo. sagaz. ¡Y era de oirle! Esta experiencia dió un nuevo giro a mi táctica de vencer al rival con sus propias armas. ¿Estaba Publio con Aristóteles? Yo era entonces del peripato. ¿Rozaba con buen talante alguna de las ramas de la metafísica, la filosofía del universo, la teología natural? Yo era un ideólogo, entonces. Este procedimiento de sumisión servil, llegó a desconcertarle. El tremendo contendor se venía abajo por obra de una argucia elemental. Machacaba en frío. Mi incon-

dicionalismo no despertaba la chispa. Creo que leyendo las hazañas de Aníbal, aprendí este sistema de la guerra del recurso. Y cuando advertí una vulnerable flaqueza en el rival, picado de inexplicable fatalismo, ataqué de firme, seguro de la victoria. Puse en juego mi táctica. Debía vencer. Epicuro quemaría su optimismo egoísta en la llama misteriosa de la fatalidad. Pero, para persuadir a Publio de una idea, era menester acicatear su espíritu de contradicción, ponerle dique, como a las torrentes. Y así lo hice: por sistema, por oposición.

Veamos el resultado de nuestra última entrevista.

*

—¿Cree usted en la fatalidad de algunos números? — me dijo. — ¿En el maleficio del trece, por ejemplo?...

—¡No diga eso!...

—Es extraño... Yo soy un descreído, como usted sabe... Pero le diré: hace como un mes que vengo estudiando este fenómeno. El 13 me es fatal, realmente. En el calendario, en los autos y simones de plaza

cuya numeración es 13 ó múltiplo de 13. Hasta en el tranvía, y eso que al tranvía 13 lo tomo exprofeso, como comprobación... Es raro ¿verdad?

Yo, como todo cristiano, suelo tener mis agüerías abstrusas, aunque alardee de agnosticista, con la escuela prescindente de Huxley. Pero debía estar precavido y no dejarme arrastrar por la superchería de Publio Z. so pena de malograr mi plan de combate.

—¡Pero Publio!... — me limité a contestar en tono de réplica chocarrera.

—Pues sí, — afirmó con más dominio, sobre sus palabras; — usted podrá reirse cuanto quiera, pero me permitirá que haga un paréntesis a mi creencia sobre el «fortuitismo» para pensar, con algún respeto, sobre la influencia oculta y sobrenatural de algunas cosas.

—¿Sabe que le desconozco? — comencé avivando el fuego. — Usted, casi comptiano, iconoclasta!... ¿Pero será verdad?...

—¿Qué... le extraña? — me replicó con calor, recobrando su pasada energía. — Hay cosas que no tienen una explicación científica y sin embargo han alcanzado una consagración indubitable y universal. Cosas caóticas, desconcertantes... ¿Por qué se curan de «palabra» las sementeras plagadas?... ¡Y se curan! ¿Por qué mueren «de ojeo» los niños? No me dirá que esto no ocurre... ¡Vamos! algo más universalmente

conocido: ¿quiere explicarme usted, por qué pierden su oriente las perlas sobre el cuello de algunas mujeres?

Y Publio, con las manos en los bolsillos, empinándose con énfasis sobre la punta de los pies, me encaró en una forma decidora, como diciéndome «¡sácate esa!».

Yo «he visto» curar «de palabra» los maizales atacados de carbón o de gusano, y algo he oído hablar del maleficio sobre los niños. Pero el caso era contravenir, a trueque de la sinceridad.

—Vea, amigo Publio, — repliqué; esa terapéutica sobrenatural, que no ha podido todavía contra la langosta ni las heladas, y esa influencia nefasta sobre los bebés, pertenecen al fabulario campesino... Créame, Publio. En cuanto a las perlas desventuradas que van a deshojar su oriente en el cuello de alguna mujer, deslumbradas y envidiosas, tal vez, — la ironía estaba en mi plan, — ese es otro cantar. ¿No sospecha usted, que algún mineral, pigmentizado en toda la piel, por uso inmoderado de la dama, — el mercurio, por ejemplo — sea el culpable de este sacrilegio de quitar a las perlas su maravilloso tornasol?...

—¡Esas son patrañas! — me replicó con brusquedad.

Y se puso a vociferar como un energúmeno.

En efecto, estaba desconocido. Se declaró místico

racionalista; habló con entusiasmo del destino, de la fatalidad, de la metempsícosis y qué sé yo de cuantas otras teorías abstrusas y descabaladas. Cuando entró en quicio, calmado ya, formulé una interrogación en tono sentencioso:

—¿Entonces se ha vuelto usted fatalista?

—Sí, — afirmó — fatalista, sincero fatalista!

Medité un poco. Luego le propuse:

—¿Quiere que le narre un pasaje de mi vida?

—¿Para convencerme, quizá? — interrogó con sorna. — ¡Qué terco! — musitó en voz baja. Y después de un breve silencio afirmó: — Bueno, cuente usted... No me convencerá, de seguro, pero por lo menos, me resarciré con alguna descripción interesante... Es usted un narrador maestro... esfumina bien... sabe tocar las tintas y hacer vivir las cosas... Vamos, le escucho. — Y comenzó a encender pausadamente el recorte de un toscano que era su tabaco favorito.

Se sometía. Yo sonreí. «Cae el pez en la manga», — me dije. Publio Z. se apoltronó en la silla, entrelazó las manos sobre el vientre, entornó los ojos con resignación y dió puerta franca a sus espesas bocanadas de humo.

*

«—En el mes de octubre, en Tupiza, — comencé mi relato — conocí a don Olivero Méndez, hombre de cuarenta y ocho a cincuenta años de edad, simpático, nervioso, despejado. Un hombre de labor, en suma, de esos sujetos de pelo en pecho para los negocios y para quienes la adversidad por más mala cara que tenga, no pone una arruga más en el rostro ni puede cotizarse como influencia moral, sinó en el patrón circunstancial de los negocios. Viajaba con un mocetón ingenuo y bondadoso, su hijo Cenobio, en vísperas de entrar bajo banderas. A Tupiza le trajo una operación de antimonio. Pero los acaparadores «no se ponían a tiro», según me dijo, y él debía, tres o cuatro días después, tentar un arreglo con una casa fuerte que arrastraba todo el metal por Antofagasta.

«—¡Qué le vamos a hacer! — confidenció conmigo en una sobremesa — los pobres tenemos siempre que ocicar ante el monopolio. ¡Qué precios!... Nos arruinan estos acaparadores... Si es irrisorio lo que está ocurriendo con los metales. El antimonio, por ejemplo...

«Y me daba una elocuente explicación sobre este metal, su abundancia fabulosa en las cordilleras Chichas, su exportación, las fortunas que había marginado con solo rascar la corteza de las montañas, y terminaba protestando de lo veleidoso de las cotizaciones.

«—¿Y por qué no afronta por su cuenta el acarreo hasta el tren? Combinado con los compradores de Buenos Aires, tendría siempre anticipos, puestos los minerales sobre vagón, en La Quiaca...

«—A eso voy. Pero ¿con qué se hace un San Antonio?... ¡Me falta plata, amigo, plata!... Pero ya vendrá, pierda cuidado. Estoy en el amacijo del negocio... Lo que yo necesito es que dure la guerra y verá usted si nos vamos arriba...

«Horas después, sentados en un banco de la plaza, junto a un soto de escaramujos, a la sombra fresca de los sauces, me sacaba la promesa formal que visitaría su casa y minita en C., caserío perdido en una comisura de los cerros vecinos al Chorolque.

«—Es un error ir primero a Potosí antes de visitar los asientos del Chorolque... Preste el plano.

«Extendimos sobre nuestras rodillas mi plano de bolsillo.

«—Vea: para Potosí, tiene que ir primero a Río Mulatos y después bajar al Chorolque. Es una vuelta bárbara. Los trenes, además, corren una vez por semana y no siempre con toda regularidad. Va a perder un tiempo precioso...

«—¿Entonces usted me aconseja?...

«—Que modifique el itinerario si quiere aprovechar bien los días.

«Y anotó en una tarjeta: «el lunes, en Atocha; por la tarde, en Quechisla; el martes, en Sala Sala; el miércoles, en Sagrario; el jueves, en Santa Bárbara; el viernes, en casa».

«—De ahí regresa cuando quiera a Quechisla para seguir su viaje.

«Me convencía, realmente.

«—Resuélvase, agregó con empeño viendo mi indecisión. — Mi casa es muy modesta pero nos va a dar un gustazo... Además, quiero mostrarle una maravilla. ¿A que no sabe? Un tablón de pensamientos, a los 4.500 metros de altura... Es un fenómeno este cultivito. ¡Y qué ejemplares!... Vamos: no tiene más que pensar; el viaje está hecho.

«Y casi automáticamente me dejé arrastrar hasta la agencia de la empresa del Chorolque, desde donde don Olivero habló por teléfono a Quechisla pidiendo que me proporcionaran un montado a mi llegada a Atocha.

«Al día siguiente me puse en marcha. ¡Qué mensajería! ¡Qué caminos! ¡Qué postas!... No es para describirlo. Se va por la quebrada arenosa y triste. A veces, en los repechos, hay que alivianar el vehículo tirándose a pie sobre el peñascal endemoniado. Vibra el chicote por los cuartos de las mulas famélicas y ensangrentadas. Y el alarido eterno de los postillones y el zurriagazo cruel, con su agudo silbato, se posesiona de

los oídos hasta entontecernos, hasta amodorrarnos bajo el punzante dolor de cabeza...»

Hice una pausa en mi narración. Publio Z. parecía adormilado entre aquella nube de humo azulino y pestilente que iba invadiendo el salón.

—¿Se duerme usted? — me atreví a interrogarle, con temor de que mi disertación cayera en el vacío.

—No. Escucho, — me respondió con cierta indiferencia. — Pero suprima el reato y véngase al asunto, a lo capital.

—Voy a eso. Pero me son indispensables estos preliminares... Y ¡qué diablos! — aseguré en tono de suave réplica, — me ha de atender usted hasta el fin...

*

«En compañía de mi mozo de mano, de Atocha pasé a Quechisla, ingenio principal de la empresa. Allí funcionan los hornos de bismuto. En Sala Sala, a donde bajan por andarivel, los minerales del Chorolque para ser sometidos a la concentración, tuvimos que pasar

dos noches bloqueados por la lluvia. Ascendimos hasta Sagrario, centro proletario à 4.700 metros. De ahí, por un camino de herradura que bordea el faldón del cerro, seguimos hasta Santa Bárbara, población nutrida y desde donde la montaña pródiga se presenta en toda su majestad. Cien metros más arriba se abre el socavón principal. Hasta allí fuí, ávido de impresiones nuevas, anheloso de conocer la vida interior de la montaña. Usted ya conoce, Publio, las páginas que he escrito sobre esta excursión al Chorolque, tan encantadora y educativa... El sábado, seguimos viaje culebreando por aquel dédalo de serranías. Un par de horas después, sobre el filo de un cerro, nos apeábamos para dar un resuello a las bestias, fatigadas con el ascenso de la cuesta fragosa. El viento batía con fuerza mi poncho de alpaca. Sobre un cactus pequeño, coloqué un guijarro y distraje mi puntería disparándole los seis tiros de mi revólver. La equitación de una semana no había violentado mi pulso. El revólver, un Smidt de 7 milímetros, me era familiar y sobre todo tenía fe en su admirable precisión. Volqué las cápsulas y enfundé en el cinturón el arma vacía. Siempre he tenido una gran confianza en esta vecindad cerril, incontaminada todavía por el bandidaje desalmado que nos suele traer la marejada de Europa. Por la tarde, ya caído el sol, seguíamos la angosta juntura de dos cerros que remata

en la alqueria de C., una fila de casucas sin ninguna edilidad y donde don Olivero tiene su vivienda y su minita.

«¡Con qué buena voluntad me recibieron los muchachos! Ya don Olivero, que seguía trajinando por las empresas de la vecindad para ultimar su transacción en metales, se había anticipado en un «chasque» hospitalario y fino: «Atiéndanme bien al caballero Pérez que es un distinguido escrītor de Buenos Aires» — les decía a sus hijos en un papel que había mandado a matacaballos con uno de sus peones; — «y díganle que siento mucho no poder atenderlo como merece». Los muchachos se multiplicaban en atenciones. Eran huérfanos de madre y no había otra mujer en la casa que una chola vieja para los menesteres de la cocina. Me dieron la habitación de don Olivero, echaron sobre la cama una media docena de mantas indias y pusieron al alcance del velador la estantería de novelones para distraer la noche si me fuera preciso... No bien llegado, vinieron a agasajarme los jóvenes del lugar, Córdoba, Fernández, Campoamor... ¡Me encantaba, querido Publio, esta sinceridad pueblerina tan noble, tan sin reatos, tan familiar!...

«Comimos en el almacén de Córdoba, quinientos metros cuesta abajo, club habitual de contertulios y viajeros, donde era obligada la partida de pocker y el

cocktail de ginebra «para matar el frío». Yo venía, sacando el cuerpo a los platos fuertes de la meseta, conceptuados antídoto para corajear al sorojche (mal de montaña), según la ciencia popular. Pero en tan amable fraternidad no pude sustraerme ni al chacolí de Cinti, ni al charqui, ni a la sopa boliviana, coloreada, de ajíes ariscos, muy sustanciosa, muy sana, pero que me hacía llorar... Después, la sobremesa anecdótica, chispeante, y en donde aquellos jóvenes, tan forasteros como yo, y que habían venido a C. a probar fortuna, comenzaban a añorar el cielo de Cochabamba, las campanas de Sucre y el panorama frente al Illimani encanecido, de La Paz, la ciudad de los rosales...»

Hice otra pausa para echar una mirada escrutadora sobre «mi auditorio». Publio Z. acometía con una nueva mitad de toscano, dispuesto a envenenar la atmósfera de la habitación. «Es una revancha silenciosa» — imaginé. — Y luego, en voz alta:

—¿No se duerme aún? — le dije.

—No... Todavía no, — me respondió con pesadez. — Me defiendo... — y me señaló su cigarro, ensayando una débil sonrisa.

*

«A la mañana siguiente me levanté muy temprano. Durante la noche había llegado a la casa Cenobio, el hijo y compañero de viajes de don Olivero. Quería el joven, extremar el agasajo al forastero.

«—¡Pero por qué se ha molestado! — le dije.

«—¡Si no es molestia!... — me respondió. — Los muchachos no son muy baqueanos para atender a las visitas...

«—¿Y don Olivero?

«—En «La Esperanza»... a seis leguas abajo. Viene el martes... Los negocios lo tienen atravesado... Usted lo disculpará ¿no?...

«—¡Cómo no! — respondí. — Pero usted debió acompañarle... Debe hacerse tan cuesta arriba viajar solo por estas montañas...

«—Así es... Pero la costumbre hace todo... Tata es veterano para las travesías... Es viejo del pago.

«—Sin embargo, la compañía de un hijo mozo...

«No terminé la frase. Algo de raro pasó por mi imaginación, algo que no es posible describir.

«—El no quería que viniese. «Quédate y nos vamos juntos traspasado mañana», — me dijo. — «No. ¿Qué dirá el caballero, con los muchachos tan incapaces, tata?» — Y me vine porque tenía necesidad, mucha necesidad de venir...

«Y bajó la cabeza al decir esto, mientras con el cabo

del arreador perseguía una hormiguita que arrastraba pesadamente su carga.

«Con Cenobio, el primo Saul y Eufemio, de los menores, recorrimos el socavón húmedo, irregular, estrecho, donde una decena de indios perseguía las guías de estaño a la luz de los mecheros nauseabundos.

«—Aquí tiene un ejemplar muy bonito, — me dijo Cenobio, alcanzándome un guijo de óxido de estaño.

«—Parece un águila, — opiné.

«—Para apreta-papel, — insinuó entonces; — llévelo de recuerdo... llévelo...

«Del socavón que abría su negra boca pegada a la casa en una lomada insignificante, pasamos a la huerta. Allí estaba «la maravilla» de don Olivero. ¡Qué pensamientos! La parcela extendida al azar, era una paleta de colores vivos, insinuantes, frescos.

«—Es sorprendente esta vegetación a una altitud tan considerable, — aduje. — Solo el trópico puede hacer estas maravillas... Pero aun así...

«—¡Y eso que están aventadas a la buena de Dios! Nos mandaron de Chile unas semillas, y tata, para probar, les hizo un reparito y las votó casi al ras de la tierra. Y ya ve... Le voy a cortar unos cuantos... ¿Le gustan aquellos aterciopelados, con amarillo?... ¿aquellos grandotes?...

«Y Cenobio, pisoteando el camellón enmarañado, cor-

tó cuatro ejemplares magníficos y los puso en mis manos.

«—Para que los mande a su casa — me dijo.

«Después de la refacción matinal, escribía a mi mujer en Buenos Aires: «Te mando esos pensamientos, — le decía — cosechados a más de cuatro mil metros de altura, donde en Europa, a flor de las nieves eternas, solo prospera el «edelweis». Sin salir de la habitación que me habían destinado, pasé a máquina mis apuntaciones sobre el porvenir industrial de la comarca. A eso del mediodía, vinieron a buscarme los jóvenes atenciosos con quienes había comido la noche antes. Acababa de dar término a mi dactilografía. Almorzaría con ellos en la pulpería de Córdoba. El día estaba espléndido, con ese derroche de luz tan peculiar de la altipampa, que irradia de todas las cosas como si no tuviera su origen en el sol.

«—Sureda, — ordené a mi mozo, que pasaba por el patio: — vea que después de almorzar regresamos. No se demore en ensillar.

«—¿Llevo estas pilchas?» — me interrogó, refiriéndose a mi maleta-botiquín, mi poncho y mi revólver.

«—No. Las recogemos a la vuelta. De todas maneras tenemos que pasar por aquí.

«Cuando me levanté de mi asiento, después de haber finiquitado mi correspondencia, sentí el ruido de una

pequeña pieza metálica que había caído sobre el piso de madera. Busqué con atención el objeto. Retiré el brasero que habían colocado a mis pies. Removí las sillas. Hurgué el pedazo de alfombra que hacía de cojín... Nada... Debía ser alguna pieza de plata, un boliviano de a peso escapado de mi faltriquera. Por delicadeza no insistí en le requisa, — no fuera a pasar por tacaño ante aquella generosa juventud que se desvivía por serme eficaz...

«El almuerzo se prolongó hasta las dos y media. En el canchón carretero de la pulpería, escarceaban, arreadas ya, las mulas, cuando sentimos voces, inusitadas. Algo grave debía pasar afuera. La pequeña población parecía sobresaltada. Salimos.

«—¿Qué ocurre? — pregunté a Sureda que se acercó despavorido.

«—Que se acaba de matar el hijo de don Olivero...

«Y al mismo tiempo vimos cruzar como una centella al menor de los muchachos Méndez, pregonando con dolorosos alaridos el suceso:

«—¡Mi hermano se ha pegado un tiro!... ¡Mi hermano se ha pegado un tiro!...

«Corrimos a lo de don Olivero. Creo que fué la primera vez en la meseta, que no sentí la «puna» al salvar el desnivel de cien metros, ascendiendo siempre, entre el boliche de Córdoba y la casa de Méndez. ¡Y para

ver qué cuadro, Dios mío! Junto a la cama, donde yo había pasado la noche, yacía el cuerpo inanimado de Cenobio. Lo veo todavía. Encogido, con la cara vuelta a la derecha y el cuerpo casi cargado de plano sobre el pecho. El proyectil no había entrado por la sién como es común en los suicidas, si no por la base de la nariz, en medio de las fosas nasales. De ahí salía no un hilo de sangre, si no un cuajarón que llenaba la boca.

«El corregidor, — ministril rara avis en diligencia, — ya se había constituído en el lugar y procedía a las primeras indagaciones.

«—Estábamos en la pieza los dos, — explicaba entre sollozos el primo Saul, — cuando vimos ese revólver. «Mirá qué revólver más bonito», me dijo el finado. Y tomó el arma y comenzó a hacer jugar el tambor. Después se fijó en el suelo y alcanzó a ver una balita, junto a la pata de la mesa. «A ver, si viene bien esta balita...», — me dijo. Y probó la balita. Venía bien. Y siguió moviendo el gatillo... Yo no sé qué le daría que se le ocurrió mirar por el caño del revólver. Levantó el martillo... «¡Qué vas a hacer, bárbaro!», le dije y me abalancé sobre él. ¡Pero tarde señor!... Ya no había remedio... ¡Pobre Cenobio!...

—¿Entonces, — me interrogó Publio, — el muchacho se mató con su revólver?

—Precisamente; pero no con mis proyectiles, puesto

que el revólver estaba descargado. La bala que recogió Cenobio del suelo y que yo había sentido caer de la mesa, era de la caja de don Olivero, una bala calibre 7, ordinaria, de esas balas cortas, con humo. Don Olivero, según comprobamos, al cargar su revólver, días antes, sacó siete balas de la caja, llenó el tambor, y la bala restante, la arrojó al descuido sobre la mesa. Con este proyectil se quitó Cenobio la vida.

—Incuestionablemente, es un caso de fatalismo. Hay algo de determinismo providencial en la tragedia, de predestinación... Un hilo oculto maneja los acontecimientos... ¿Pero dónde está ese hilo? ¿quién lo maneja? ¿llevará su tejido hasta unir otros acontecimientos, otras cosas, otros hombres?... Porque la acción humana pasa a segundo término en este caso.

—Por eso — argüí: — por obra de la casualidad.

—No. Aquí hay un designio inexcrutable que ni usted ni yo llegaremos a comprender. El empeño de don Oliverio en que usted viniera a visitar su finca... la insistencia de Cenobio en volver a su casa sin una necesidad apremiante... Y hasta la combinación para el suicidio: con el revólver de un forastero y la bala de su padre...

—Pero usted no sabe lo mejor, — interrumpí, — el destino del tablón de pensamientos, la «maravilla» de don Olivero. Una hora después de muerto Cenobio, la

chola cocinera había arrasado el camellón y tejido tostamente una enorme corona. ¡No quedó uno sobre la tierra! Solo mis cuatro pensamientos, aterciopelados, negros y amarillos, habían escapado a la siega en mis cartas a Buenos Aires...

*

Para llenar los requisitos legales se llamó por teléfono al médico de Santa Bárbara, mientras un emisario cortaba en ágil mula, los cerros apeñuscados para llevar a don Olivero la infausta noticia. A las cinco llegó el médico, figura patriarcal de la comarca, ligado a toda la vecindad por vínculos de sacramento. La población entera le dió la bienvenida.

«—¿Cómo le va, compadre?

«—¡Mi compadre!... ¿Sabe que está lindo y gordo el ahijado?

«—Véngase a casa, compadre... Ya tiene preparada la pieza.

«—Cuando se desocupe, me viene a ver el chico. Lo tengo atrancasado y con tos...

Era el padrino del pueblo. Con él venía la providencia, la salud. ¡Y qué tipo simpático el galeno! Para todos tuvo un saludo afable, una palmadita de bondad, Era viejo, moreno, curtido, bien plantado aun. Chileno de origen, su foja profesional, arrancaba de la guerra del Pacífico. Médico y soldado, tenía el corazón del humanista y el contorno del héroe, con su perfil leontino y sus ojos claros y serenos.

Breve fué su certificación sobre el cadáver. La bala, después de atravesar el encéfalo, se había alojado en la parte superior del occipital, imposibilitada, por su calidad inferior, de atravesar la caja craneana.

«—¿Le parece suicidio? — interrogó el corregidor.

«—No... Imprudencia, tal vez, — respondió el médico. — Las armas son traicioneras siempre y ya sabe lo del adagio: «las carga el diablo»...

Hasta en esto había bondad. No quería el médico acrecentar el dolor de don Olivero, poniéndolo frente a la realidad de esta muerte voluntaria. La casualidad era más cruel por fortuita, pero menos dolorosa para un padre que la premeditación del suicidio.

Yo no pude menos que estrecharle la mano con efusión cuando estuvimos solos.

«—Usted es bueno que se cuide, — me dijo. — Estas alturas son traidoras para los forasteros. Cuando me-

nos se piensa, una pulmonía infecciosa lo pone del otro lado...

Y al propio tiempo se desprendía de su bufanda para que me abrigara el cuello, lo que rehusé enternecido.

Llegó la noche. ¡Qué soledad! La luna se insinuó apenas en su arco creciente, sobre la arista de una montaña. Nunca la noche me pareció más triste. El azul opalino fué intensificándose despacio hasta el negro impenetrable. Cielo y montañas se fundieron en las sombras, mientras las estrellas como ojos avisores, como almas, se afanaban en alumbrar el espacio. A veces un vago rumor, como de lejano tropel, aprisionaba en rara angustia, mi corazón. «¿Qué será? — me decía. — ¿Hablarán acaso, las montañas, como las selvas, como el mar?» Luego el llanto de los perros despertaba la alqueria. ¡Qué dolorosa polifonema! Aullaban primero los mastines, a la sordina: «auuuuu... auuuuuuu...»; después los gozquejos estridentes; luego los perros vagabundos, con bronco dolor. Y cuando la triste algarabía vecinal se extinguía, retornaba a la aldea, como un eco lejano, el aullido del allko (1) de los pastores: «guau, guau, guau, guauuuu»...

---

(1) Se designa "allko" al perro indígena de la meseta, un perro negro, con ligeras manchas blancas, de largos pelos, ágil, delgado y muy inteligente.

«Filosofábamos sobre estas tramas de la vida, al amor del brasero, cuando a eso de las dos de la madrugada se destacó en el silencio el paso acelerado de una cabalgadura.

«—Debe ser don Olivero que pasa por el camino, — nos dijo Córdoba.

«Y salimos. Afuera hacía un frío glacial, a pesar de lo avanzado de la primavera. Por el camino difuso, frente a la pulpería, pasó una sombra como un fantasma.

«—¡Don Olivero!... ¡Don Olivero!... — gritó el médico.

«Ero... ero..... ero....... ero...» — contestaron, en su infinito diapasón, las sierras escalonadas. — Y el eco imperceptible, se fué a morir en la hondonada del Chorolque.

La tremenda soledad, después. El silencio infinito. Luego el coro de llantos en la casa de Méndez. Y el aullido de los perros, de los mastines corpulentos, de los «cuscos» chillones, de los pobres perros trahumantes, del «allko» de los pastores...

Paso la escena que presencié con la llegada de don Olivero. Me faltarían palabras para narrar aquel cuadro de dolor.

... ...

Al día siguiente, después de la una, se puso en marcha el cortejo. Sobre el hombro de seis indios que se turnaban, se colocó el féretro. Y así, a pie, mientras las cholas y los indios del lugar mascullaban sus oraciones de quechua y español, salvamos cuesta abajo, la legua de distancia entre la población y el camposanto. Don Oliverio no se encontró con fuerzas para asistir a la ceremonia de entregar a la tierra aquel precioso tributo.

A nuestro retorno, cuando con el médico le dimos el abrazo de despedida, antes de abandonar la triste aldea, nos dijo enjugándose las lágrimas:

«—¡Qué me queda ya?... ¿Podré vivir, acaso?... ¿Tendré fuerzas para llevar este pedazo de vida tan inútil, tan dolorosa?...

Se nos partía el corazón. Silenciosos, ensimismados, tristes, tomamos el camino polvoriento. La tarde se preparaba a morir. Después de andar dos leguas llegamos a la confluencia de dos caminos.

«—Hasta aquí, — me dijo el médico, — deteniendo la mula.

Nos abrazamos. El tomó a la derecha, sobre la lomada amarillosa de una serranía. Yo seguí por la izquierda precedido por mi mozo. La cuesta era brava. Se inició la luna como una bendición. Abajo bullía un torrente.

A las nueve entraba por la callejuela pavimentada de Quechisla.

•

—¿Y don Olivero? ¿Y los muchachos? ¿Y el revólver? — se abalanzó a interrogarme Publio Z. — ¿Qué ha hecho usted de esa arma nefasta?

—Un momento. A don Olivero, un año después de la tragedia, lo encontré en Potosí, en la fonda en que me hospedaba. Parecía rejuvenecido.

«—Aquella desgracia me puso al borde de la desesperación, — me dijo. — Casi me derrumbo, como una montaña. ¡Mi hijo mayor, mi compañero de viajes, mi todo!... Reaccioné arañando... Es cuestión de temple. Todo puede sobrellevarse, amigo. Volví sobre la labor con más empeño. Renové los contratos de mis minerales; gané unos pesos. Me metí de comprador de la casa Wikenfield, a comisión y a sueldo. Mi minita de estaño ¿recuerda? me rindió parejo. ¡Quién iba a pensar de aquella cuevita ¿no?

«—¿Y ahora? — interrogué.

«—No puedo quejarme. Se vive...

«—¿Y los muchachos?

«—¡Ah!... me salieron unos cachafaces. Eran hijos naturales; usted sabe... El único que no ha alzado el vuelo todavía es Aníbal, el más chico. Poliandro se fué para Arica. Me dicen que trabaja en el ferrocarril. Eufemio anda por San Vicente. Medio matrerón el hombre... Arturo, creo que está por Cochabamba. Se ha casado. ¡Vea qué traza!... En fin, amigo, esto ocurre cuando uno tiene la mala cabeza de enredarse nomás y recojer los muchachos... ¡Que Dios los ayude! ¿Quiére que matemos la mañana con un whisky «suar» suavecito?... viene como de medida para el sorojche...»

—Vaya atando cabos, amigo Publio, sobre la fatalidad.

—¿Pero el revólver? ¿dónde está el revólver?

—El revólver tiene una historia más interesante. Cuando me fuí de C. quedó en manos del corregidor, conjuntamente con mi declaración. Había «que elevar los antecedentes» a la subprefectura de la provincia, y era necesario adjuntar el cuerpo del delito. Además ¿qué interés podía tener yo en aquella arma fatal cuyo último disparo había costado la vida a un hombre? La dejé sin ningún reparo, casi contento de poderme desprender de ella. En Uyuni, compré una «bro-

wing» de segunda mano, medio celosa. Viajé tres meses. Con el andar de los días, aventé el recuerdo de esta tragedia que no me dejaba dormir. Y regresé a Buenos Aires. Hace cuatro meses un amigo mío, empleado en los ferrocarriles del Estado, vino a visitarme, de regreso de Jujuy.

«—¡Albricias! — me dijo, cuanto me vió. — He rescatado una prenda tuya...

«—¿Una prenda?... Nada tengo por el momento en los bancos de empeño...

«—¡Tu revólver, tonto!... — dijo, sin poderse contener, desenfundando mi viejo compañero de travesías.

«—¿Y cómo ha llegado a tus manos? — interrogué.

«—Lo conseguí en un almacén de La Quiaca, donde estaba a la venta. Tus iniciales en el mango lo delataron... Además, tú me habías relatado su historia...

No debí hacer mayor esfuerzo imaginativo para sospechar sobre las circunstancias que llevaron mi arma a una tienda fronteriza. De manos del corregidor pasaría tal vez, a las de algún arriero que lo dejó en pago por deudas de choclón o por caña en el negocio de donde lo rescató mi amigo. La historia vulgar de las cosas útiles que corren el mundo.

—¿Y usted ha vuelto a recobrar esa arma traidora? — me interogó Publio Z. con sentenciosa gravedad.

—¿Y por qué no?... La he aceptado con cariño, con

gratitud, con emoción. Ninguna arma me fué más familiar, más dócil, más certera. No debe extrañarle entonces, que la recobre para mi cinturón de viaje y la tenga al alcance de la mesa de luz...

Y sin esperar que mi interlocutor, desconcertado con el final de esta verídica relación, reaccionara, poniendo en juego los recursos de su dialéctica, rematé mi alegato:

—¿Quiére decirme ahora, en concreto, qué es el fatalismo? ¿Está la determinación ineludible del destino en todos estos acontecimientos? Una ley mecánica encadena los seres, dice usted, supeditando su albedrío, su acción voluntaria. Aquí la trama está tejida de contradicciones, y cuando pudiéramos suponer que el fatalismo seguirá desenvolviendo su madeja, nos encontramos que ni rastros quedan de aquella triste tragedia montaraz. Vuelve todo a su quicio. Prospera don Olivero. Alzan el vuelo los muchachos, como una bandada de pájaros. Córdoba me escribe: «¿Recuerda este pobre lugarejo donde le hacíamos comer, quieras que no, aquellas sopas de arroz con «quituchos» (1) que le hacían lagrimear? Ha prosperado mucho desde entonces con el hallazgo de diversos yacimientos de wolfram. Está desconocido».... Mi revólver, después de su raro peregri-

(1) Ají picante.

naje, torna como un amigo fiel, a mi utilería de confianza. La vida se ha normalizado con auspicios nuevos, sin que podamos, a ciencia cierta, establecer el punto de unión de esta absurda doctrina del fatalismo con la tendencia optimista que rodea hoy a los actores indirectos y testigos de la tragedia. ¿No estará urdida la trama de la vida por acontecimientos fortuitos, por lo imprevisto, por lo circunstancial?

*

Esta fué la última «tenida» que mantuve con Publio Z.

UN ASESINATO EN LA SELVA

Después de nuestra larga discusión, se hizo un prolongado silencio.

Sin duda, O'Klein había defendido con calor sus selvas. Mi cinegética habitual, cuando cruzo los bosques americanos, no me da derecho para discutir sobre la fauna de aquella región, que me era poco menos que desconocida. Sin embargo, la afirmación categórica del irlandés, sobre la existencia de una familia de simios, absolutamente desconocida, me había desconcertado un poco.

—De manera que... — tenté de nuevo la conversación.

—¡Insiste usted! — exclamó O'Klein, paseando una mirada de reproche por la pequeña estancia. — Será menester que se lo repita Mr. Ritter, cuya obra de naturalista, supongo, no pondrá usted en tela de juicio...

—¡Oh, de ninguna manera!

Pero Mr. Ritter, el viejo redentorista, que llevaba cuarenta años en aquellas comarcas, no se dignó alzar la cabeza. Arrellenado en su silla de juncos, prose-

guía sin descansar la traducción de la biblia a la lengua de los zapoquíes.

El periodista Perrier, avivó la chispa con un saetazo muy propio de su temperamento:

—Yo no sé, pero este Humboldt me resulta un ingenuo trotabosques!... Porque eso de no dar con la tribu de tan difundido cuadrumano!...

Se iniciaba otra vez el debate:

—Vea: usted no sabe nada, nada, nada!... — saltó el irlandés, con cierta grosería, dirigiéndose a mí, como si yo tuviera la culpa de la estratagema de Perrier, tan hábilmente empleada para matar la noche.

«Sepa usted — agregó con tono doctoral, — que los monos de estas selvas, conózcalos Humboldt, Azara, D'Orvigny, o el diablo a cuatro, tienen ramificaciones admirables, llenos de vivacidad y de inteligencia... Por algo Wagler los llamó «hombres transformados».

—¡Motes viejos! — rectifiqué. — Agüerías de los árabes; leyendas de Salomón, amigo D'Klein, leyendas...

—¿Entonces usted no está ni con Darwin ni con Ameghino?

—Yo sólo creo lo que dice Hannon, que califica de «hombre» al gorila, pero, en hipótesis ¿no?... el hombre defectuoso y brutal, que a la bestialidad, que obser-

vó Oken, une la estupidez de dejarse coger como un imbécil...

—El gorila, sí; estoy con usted. — Pero el gorila, ese asesino de las picadas, es un sinvergüenza africano que no puede parangonarse a los grandes monos de la cuenca amazónica, ni aún a las familias de los prosimios que pueblan estas comarcas...

Entraba en un terreno pesado la conversación, cuando se hizo oir al venerable Ritter, después de un satisfactorio «all right», como quien pone punto final a un largo trabajo.

—Usted no debe matar más monos, — me dijo, — como quien da una orden, mientras dejaba pausadamente sobre el pupitre sus gafas azules.

«Los monos americanos no han sido estudiados suficientemente todavía, — siguió Ritter. — Nadie con más contracción que yo, ha observado a estos interesantes sujetos de la selva. Pero, ¡cuán lejos está mi inquisitoria de las revelaciones definitivas de estas razas! Los bosques de la gran cuenca que fué otrora el reino de los Chiquitos, y que tuvieron vecinos tan belicosos como los araonas del estuario amazónico, tienen ejemplares de monos rarísimos que me han dado què pensar intensamente. Mucho más perfectos que las clases africanas conocidas, tienen un parecido al hombre admirable. Por desgracia para mis estudios, sólo una

vez he logrado poseer, por breves momentos, un ejemplar de esta familia, sin catalogación hasta ahora en ningún códice de explorador, ni en Buffon, ni en Cuvier...

O'Klein, que se había sentado frente a mí, satisfecho del alegato que iniciaba nuestro amable misionero, seguía las palabras del redentorista con visibles movimientos de cabeza.

—Hace cuatro veranos, — continuó Ritter, — dimos caza a uno de estos admirables cuadrumanos. Fué menester para ello circunscribir el ataque alrededor de un fornido curupay, donde se había refugiado. Para evitar la fuga, fué necesario abrir claros en las copas de los árboles, cosa que no nos burlara con su admirable acrobacia. Doce árboles fué necesario talar para dejar aislado en lo alto de una palmera a nuestro mono. Cuando los peones se disponían a ejercitar sus lazos, el fugitivo comenzó a descender con toda calma, con la resignación de un hombre que ha caído prisionero y que sabe que toda resistencia es imposible. Pero aquella sumisión, que pude por un momento atribuir a la viveza ingénita de su especie, produjo en mí una impresión sensacional, cuando vi al cautivo tomar pausamente la trocha, sin que hubiera menester diestro que le asegurara y en medio a un elocuente silencio. Era un mono viejo ya, pero fornido, recio, de faccio-

nes más perfectas que el orangután. Llegamos a la reducción, sorprendidos de que nuestro prisionero no se hubiera fatigado de la larga travesía. Quise obsequiarle con algunas naranjas de mi huerto. Tomó las frutas con desenfado, y mirándome por breves instantes con fijeza amenazadora, las arrojó al azar, mientras estiraba los labios en una mueca de desprecio... ¡Si parecía un hombre indignado! Momentos después abandonó el corredor donde se había refugiado y se dirigió pausadamente hacia el bosque próximo. Di orden que le dejaran. Decididamente, aquello era una fuga con la dignidad del hombre fuerte. Cada diez metros nuestro mono se detenía, volvía la cabeza con curiosidad y seguía nuevamente su marcha pausada, tranquila, majestuosa. Hasta que se internó en los primeros zarzales de la selva...

—Sería un hombre quizá... — se insinuó el incorregible Perrier.

—¡Quién sabe! ¡Tiene tantos misterios esta zoología silvícola! Lo que yo le aseguro, es que aquel mono, desconocido hasta ahora para la ciencia, ha dejado en mi espíritu una profunda impresión.

Hizo una pausa.

—No hablemos de las miles de especies conocidas, — prosiguió: — de los sakis, por ejemplo. — Los sakis de cabeza negra, — de los que usted, inapiadado vic-

timador de simios, habrá sacrificado tantos, — son bondadosos, familiares, útiles... Vean ustedes si no digo la verdad.

Y consiguió que nos acercáramos a la puerta que comunicaba con la habitación vecina.

Efectivamente, el cuadro era encantador. Mientras la esposa de Ritter, cosía a la luz de un quinqué, «Raff», el saki «Raff», mecía con toda suavidad, la camita donde acababan de acostar al regalón de la casa, último retoño del evangelista.

Me sentí conmovido; pero no era el caso de dar el brazo a torcer.

—¡Bah! — dije con sorna; — los monos, si se les enseñaran, son capaces de ser hasta dactilógrafos...

Y nos fuimos a dormir.

*

El sol del día siguiente, un sol enfermizo de mediados de Junio, nos sorprendió con los arreos listos para proseguir la marcha.

Diez días de estada en la casa del misionero, fueron para nosotros un amable interregno, después de la fatigosa jornada de tres meses. En Marzo, los pueblerinos del Puerto Velarde despidieron con buenos augurios, la quijotesca caravana, rumbo al Noroeste, atraída por una cuenca aurífera creada, tal vez, por la leyenda de algún cateador chasqueado. Pero la zona grávida de noble metal, fué el vellocino inencontrado; y la ilusa legión, volvía a sesgar el Chaco boreal en procura del Paraguay, para dar fin en cualquier caleta del río con la menguada empresa, vender las bestias y tomar el primer charanguero, en marcha aguas abajo.

A las ocho de la mañana cruzábamos la selva por la vieja picada abierta hasta una toldería chamacoca del dominio evangélico de Mr. Ritter. Camino poco transitado, se cerraba a veces en tupidos matorrales, como si la selva se resistiera a la invasión talar que se atrevía a violar su misterio. A veces el tronco de un árbol caído interceptaba el paso, o algún arroyuelo imperceptible se escurría como un reptil entre los pedruscos y el jaral. El bosque infinito dormía bajo la neblina sutil de la mañana. A eso de mediodía la selva pareció desperezarse. Filtraba el sol sus hilos de luz penetrando discretamente por la tupida ramazón. El suave calor de las doce acababa de despertar los pájaros. A duras penas, abriéndonos paso entre las lianas y el

carrizal de los helechos, ganamos poco a poco la maraña. El bosque estaba imponente. A veces el concierto de las aves gárrulas llenaba la extensión; luego un mutismo absoluto ahogaba hasta el temblor de las hojas. De pronto los chillidos de los sakis, nos dieron idea de la proximidad de una inmensa bandada de simios saltarines y gráciles. Avanzamos en su procura. Luego el mutismo otra vez. Algún «escucha», percatado de nuestra presencia, debió haber llevado la voz de alarma. Avanzamos cautelosos escurriéndonos por entre la maleza. Pero todo fué avistar los primeros monos, cuando se sintió uniformemente y en una grande extensión de selva, el tropel de la fuga, como si una inmensa manga de piedra cayera sobre las hojas secas de los árboles. Corrimos hacia ellos con los fusiles listos, pero los acróbatas habían recorrido la innumerable escala de sus trapecios.

Sin embargo, en las ramas nervudas de un «ibirápytá», un mono corpulento afrontaba, como un gran señor, la responsabilidad del desbande y nos miraba con tranquilidad.

—¿Le tiras? — interrogué a Perrier.

—No; asegúralo tú, — me respondió. — La mira de mi rifle tiene una pequeña desviación y temo perder la pieza...

No me hice rogar, temiendo que la majestad de nues-

tro cuadrumano fuera convencional. Apunté con fijeza. El mono pareció entonces comprender el peligro en que estaba; buscó el refugio de una horqueta y se echó de espalda, no sin dejar el blanco de los cuadriles, que era suficiente a mi ejercitada puntería. Modifiqué la mira, y cuando supuse que el proyectil podría entrar por el vientre, hice fuego. Los monos y los felinos tienen la certidumbre de su inmunidad cuando se refugian en los árboles. El estampido cundió como un latigazo por el bosque tremendo... Callaron los pájaros, mientras la huída de los tímidos sakis traía hasta nosotros el ruido opaco de una perdigonada que azotaba la floresta.

Un quejido desgarrador denunció el acierto de mi bala. Era un «¡ay!» quejumbroso, torturador, casi humano, que sacudió bruscamente mis carnes con un escalofrío. La bestia se irguió. Parecía un hombre. Trató de flexionar sus extremidades posteriores para alcanzar la rama próxima, y al zafar en su gimnasia, cayó al suelo de bruces. Nos acercamos presurosos. El mono se incorporó sobre sus asentaderas. Pude observar entonces la belleza del ejemplar, su perfección de líneas, su cráneo levantado, la fortaleza y plasticidad de sus músculos. ¿Estábamos, realmente, en presencia de uno de los ejemplares de que nos hablara Ritter la noche antes? Mi perplejidad creció de punto, cuando el cua-

sidad del torbellino de Buenos Aires, después de las hondas y encontradas emociones de aquella travesía.

He reanudado después las impresiones de mi cinegética, con más ardor que nunca; he peregrinado por los Andes mendocinos presiguiendo las águilas; he seguido, incansable y tenaz, las huellas del arisco guanaco de la altipampa; me he ensangrentado las manos en las breñas inaccesibles, persiguiendo las chinchillas de los Lipez bolivianos... Pero, cuando he vuelto a cruzar las selvas, disparando mi rifle a los desdentados y las pavas silvestres, he recordado más de una vez aquel mono nervudo y varonil que asesiné en el bosque y que al morir — ¡no lo dudeis! — me maldijo como si fuera un hombre.

Y quizá... quizá... como diría Ritter...

BOCETO DE LA FARANDULA

Un mal pongo (1) me hizo perder el tren en M., pueblecito serrano del norte. En el deseo de ganar tiempo, habíamos abandonado el camino, cortando cerros a la buena de Dios. Cuando me dijo el guía: «Ya'stamos. Detrás de esta sierrita, nomás...», sentí que el corazón se me ensanchaba de júbilo. ¡Llegaba por fin! Un esfuerzo más y nuestras mulas ganarían el peñascal amarilloso para descender sin tropiezos a la cañada final. ¡Qué hartazgo de paisaje montañés con aquellos tres días de trajín por las cordilleras endemoniadas! Treparon las bestias la ladera atrevida, alcanzando el filo a punta de pezuña, quejosas y pacientes. El horizonte, fué ensanchándose poco a poco. Las montañas del frente levantaban sus macizos contrafuertes en la lejanía. Ancha era la cañada, terrosa y triste. Se destacó la charca de la estación, primero; detrás, la alqueria, un puñado de casucas blancas, diseminadas por las colinas. La estación al pie. Y junto a la estación, el tren, listo para la marcha. Consulté mi reloj. Eran las dos

---

(1) Peón, en Bolivia y las provincias de Salta y Jujuy.

de la tarde. El convoy se pondría en movimiento un cuarto de hora después. Desde la cima, se me antojaba tocar con la mano la estación, acostada en el abismo, al rematar la cuesta. Pero el ojo del indio calculó el trecho.

—Ta lejos, tata... — me dijo.

¡Qué rabia! Para bajar de prisa el faldón, era preciso repasar los aperos y ajustar las cinchas, corridas sobre las ijadas de las mulas. ¡Y ni con esas! No saben galopar estas mulas serranas. Me tiré sobre las piedras, derrotado y nervioso. El viento frío traía del oeste la caricia de los ventisqueros. Pero la pureza del sol había puesto su inconfundible nota azul en el espacio. Hormigueaba la aldea en la estación. Se hizo notar, por fin, la marcha del tren. Alzóse en oscuro penacho, el humo del cañón. Levantó su fuente de vapor la sirena. Cinco segundos después llegaba a nosotros el silbido prolongado y doloroso. Se deslizó el convoy despertando la soledad de las montañas; bordeó como víbora la garganta de una serrezuela, se escondió en el tajo de una roca, cavado a pico; se anunció pesado y bronco sobre un puente y vino a pasar casi a nuestros pies para perderse en el laberinto de los cerros.

*

Me hospedé en la casa del corregidor — fonda y especería a la vez — dispuesto a ver correr la semana, hasta que un nuevo tren me pusiera en contacto con la civilización. Sin lecturas para matar el hastío, sin armas de caza para hacerme la ilusión de una nota cinegética por los cerros avaros, puse mi espíritu al contacto de las cosas vulgares del terruño. Mi primer iniciativa fué la relación con uno de los parroquianos, comensal de la mesa redonda donde me dieron sitio junto a varios recibidores de metal y dos arrieros, de abominable catadura. Mi nuevo camarada se llama Santivan — Abel, si no me equivoco. — Era un tipo moreno, como de cuarenta y cinco años de edad, chileno de origen, de rostro afeitado, de mirada penetrante, modales pausados, alto y fornido. Una amabilidad suya me puso en contacto:

—¿Le gusta una salteña? — me interrogó.

Y al propio tiempo me alargaba, presa del tenedor, una magnífica empanada de picantes.

—Vea que patea... si no está acostumbrao... — me advirtió el dueño de casa, que fregaba unos vasos detrás del mostrador.

—Gracias — respondí, aceptando el obsequio. — Soy veterano.

—Coma con confianza... ¡Las hizo la Rufina que es

buena mano para el relleno!...—ponderó el patrón su plato.

—Pero sin Cinti, se expone a poner un brasero en el estómago — volvió a decir Santivan, escanciando en mi vaso media garrafa de vino de Bolivia.

Sin duda, era galante el comensal, a pesar de su braveza y del entrecejo cabalístico que encapotaba uno de los ojos.

El fondero-corregidor, era, por lo demás, una garantía. Estaba en un mesón pero era casa de ley, lo que autorizaba a prejuzgar sobre la honradez de cada contertulio. Otra circunstancia favorable, me granjeó la simpatía del dueño de casa: mi nacionalidad. Eramos compatriotas, según su declaración. Pero esta confidencia fué reservada, de intento, sin duda y para no malograr su situación de autoridad en país extranjero. Cuando por casualidad, nos cruzamos en la trastienda, sin ningún testigo, me interrogó, tomándome familiarmente por los dos brazos:

—¿De Buenos Aires, ¿no?

—De Buenos Aires.

—Paisanos, entonces.

—¿Y usted? — requerí a mi vez.

—De Humahuaca. Pero no diga... Me tomarían entre ojos por la autoridá que represiento.

Nunca pude convencerme de la sinceridad de esta

información, pero debo confesar, asimismo, que durante mi semana de estada en M., no me dió el fondero motivos para ponerlo en duda.

Después, matamos la tarde con una partidita de pocker, con cajas livianas. No debí quejarme de mi suerte, pues cuando a oraciones levantamos tapete, el recuento de mi bolsa arrojaba un excedente de ciento veinte y ocho bolivianos en plata y en papel. Cuando salí afuera a respirar una bocanada de aire, se acercó mi «paisano» y me susurró al oído:

—Ojo con el taltaleño ese...

—¿Con quién, dice?

—Con Santivan, pues... Es un taura de oficio.

—Así parece... — le respondí con sorna, haciendo sonar mis bolsillos, hinchados de plata.

El corregidor se rió con una risa singular.

—Es su tática — me dijo. — Le ha dao calzón... Como siempre; pa coparlo endespués.

Fué alegre la cena. Santiván no parecía afectado con la pérdida. Se sumergió en la sopa, soplando con pesadez por su ancha nariz. Comió con apetito y bebió fuerte. Después se arrinconó en un ángulo de la habitación donde irradiaba la luz de un pico de carburo, sacó un mazo de barajas, lo extendió sobre la mesa, y se puso a ensayar sus solitarios, saboreando con displicencia un cigarro de hoja.

Dejé el local, abombado con aquella atmósfera acre y pesada. La noche era fresca y luminosa. Sobre la inmensidad del cielo ardían las estrellas magníficas. El viento habitual había cesado frente a la majestuosa soledad. Solo una brisa suave como un aliento, se deslizaba por las colinas, trayendo hasta mí el insinuante perfume de un rosal. Cuando regresé a la sala encontré todavía a Santiván, jugando solo en su postura de habitual indiferencia con el vaso de whisky a medio vaciar, mientras el posadero garabateaba en el mostrador las anotaciones del día.

—¿Un montecito? — me invitó Santiván, sin levantar los ojos ni distraer su atención del naipe.

—Gracias. No hay piernas... — Me limité a responder.

—Bueno — asintió con indiferencia.

Y pasé a mi aposento.

*

Supe al día siguiente, algo de la vida de este hom-

bre. Era, sin duda, un jugador profesional, corrido por la autoridad de las ciudades. Más de un año llevaba de permanencia en M., «pelando» en el tapete a viajantes, mercachifles y troperos. Pero su conducta era medida y uniforme. Pagaba al fondero y al sastre. Generoso con los pobres y los humildes. Era, además de generoso, valiente, pero sin ostentación, cuando la necesidad lo ponía a prueba.

Se contaban misterios de su sintomática decencia profesional. A un joven de Oruro que había pasado por M., en viaje a Buenos Aires, a seguir estudios, lo dejó sin un real en juego franco. Luego le devolvió su dinero, le hartó a consejos y terminó dándole una carta para un personaje porteño que según él, le era deudor de un gran servicio. — «Hágase hombre primero — le dijo al mozo cuando le acompañó hasta la diligencia. — Y después juegue, si ha de ser su ley». Sobre su parentesco, sabíase solamente de la existencia de una hermana suya, en Iquique, viuda, según él, y a la que giraba, religiosamente una pensión mensual. Si esto significaba un afecto y no un deber, nadie lo sabía. Si era un afecto, debió, hasta entonces, ser el único. Ni amores ni amoríos turbaban la vida de Santiván. Más que indiferente para el cariño femenil, se le tenía por misógino. Su casa — una bonita casa de madera — situada en una meseta en las inmediaciones de la esta-

ción, junto al camino, era un enigma para el espíritu cavilador del villorrio. Siempre oscura, desierta, triste. ¿Qué había en el interior de aquella casita de pino, alejada del núcleo social? Sin duda alguna la curiosidad pública había dado coraje a los lugareños para trasponer el cercado de duelas en nocturna requisitoria; pero debió tener más influjo la conseja suprahumana que atribuía, al albergue del jugador, misteriosas escenas y ruidos insólitos durante las horas de la noche. Sin embargo una nota amable ponía sonrisa evocadora sobre las tablas de la casa: el jardín, un ingenuo y minúsculo jardín que tonalizaba aquella aridez apenadora de la montaña. Cantutas (1) y rosales trepadores abrían su matiz y su perfume a las estrellas y al sol. Ahí estaba — es posible — el afecto sincero del tahur, jardinero de sus mosquetas en aquella sociedad donde el que más o el que ménos, tenía el alma saturada con el veneno de la especulación...

Esta información, por simplista que parezca, decidió mi simpatía por Santiván.

*

(1) Aljabas indígenas, conocidas por "flor de los incas".

Un espectáculo novedoso vino a romper de improviso la monotonía del lugar. Primero, la nube de polvo en el camino quebrado, por donde languidece el arroyo; luego el convoy carretero: cuatro, cinco, seis, ocho, diez carretones atestados hasta el tope; después la algarabía humana y el sonido de instrumentos musicales, medio ahogado por el bronco rodar de los vehículos y el pisoteo de las caballerías de tiro. Finalmente el cuadro completo frente a la plazuela de la estación. Era una tribu de gitanos rusos que corrían su bohemia con rumbo al Río de la Plata. Tres meses atrás habían partido de Lima, expulsados por las autoridades del Perú. En Bolivia se les autorizó derecho de tránsito. Su punto terminal sería San Paulo en Brasil. Venían de Uyuni.

Hicieron irrupción en la aldea los gandules. Eran ochenta, por lo menos, entre hombres, mujeres y niños. Parecía un Moisés aquel enorme jefe con sus luengas barbas y apostura de profeta. Con pasmosa rapidez construyeron su ciudad de lona y se diseminaron por las colinas y por la población a vender baratijas y predecir la buenaventura. Sacaron primero sus relojes de engaño, de doradas tapas, luego sus revólvers de imitación. Pronto ví a mi fondero con una de estas malas armas, que le costaba «la insignificancia de diez y seis bolivianos» y el tuerto planchador se me presentó en el cuarto a entregar mi «breach», luciendo en el cha-

leco una deslumbradora cadena de reciente introducción. Yo mismo caí en la mojigatería de dejarme engañar con unas monedas de Carlos IV, de un peso plata, por las que pagué más de su valor, gracias a mis pocas nociones de numismática y hasta Santiván se adjudicó a su plastrón habitual una obsidiana, — la piedra que correspondía a noviembre, mes de su natalicio, — por la que dió, rumbosamente, libra y media inglesa.

En un par de horas aquella gentuza conocía palmo a palmo la topografía del terreno; sabía de los ingenios próximos a donde irían sus sacerdotizas a propiciar la bienandanza de los mineros ingenuos; sabía por referencia, la ruta a seguir y la condición de los pueblos del camino en donde podrían realizar buenos negocios. Tanto se compenetraron de la población, que como por arte de birlibirloque empezaron a desaparecer ropas de las tendederos y algunas aves de corral. Yo mismo noté de mis arreos la desaparición de una sobrecincha bordada a la que tenía mucho aprecio por ser regalo de un amigo. Pero, a la verdad no me atrevo a formular imputaciones contra ningún ruso, pues bien pudo habérsela llevado, por equivocación, mi mozo de mano...

El corregidor estaba alarmadísimo. Negarles a acam-

par hubiese sido exponerse a una tropelía por parte de estos desalmados.

—¿Qué hago, paisano? — vino a consultarme lleno de inquietud.

—Déjelos, nomás — le aconsejé. — Es gente mansa.

—Y yo sin un paco (1)... — se lamentó con desesperación.

A mí se me ocurrió una broma:

—¿Sabe que en Jujuy no los van a dejar pasar? — le dije a uno de los saltamontes que se acercó hasta la fonda a comprar un paquete de velas.

—¿Qui dice, cabayero?

—Que en tierra argentina no les van a permitir la entrada. Yo vengo de allí.

—¿Ta siguro, cabayero? — Decíselo a jefe para qui sepa.

—¿Qui dice? — interrogó un tercero.

Y luego un cuarto:

—¿Qui no dija pirmiso Argintina?...

En menos de dos minutos estaba rodeado por veinte foragidos. Hube entonces, de mantener la broma con toda seriedad. Vino el jefe. Era un monstruo de enorme aquel capitán de vagabundos. Me interrogó con cortesía. Luego censuró con corrección el proceder de

(1) Vigilante o agente de policía.

las autoridades. En Chile salían y entraban cuando les daba la gana. En el Perú habían sido acogidos con benevolencia por el gobierno, hasta que tuvo uno de los suyos «la desgracia» de matar a un soldado. El mismo, que era un artista para trabajar en cobre pailas y redomas, había hecho para un instituto del gobierno, trabajos por ciento veinte libras. Yo no sabía cómo salir de aquel atolladero, asediado a preguntas y lamentaciones. Y le mentí de nuevo.

—No tenga cuidado, jefe. Yo tengo influencias allí y voy a pedir que lo dejen pasar tranquilamente. ¡No faltaba más!

Esta protección tan espontánea me valió la amistad del Moisés de las barbas agrifadas y, en consecuencia, la amistad de la tribu.

Por la noche con Santiván, visitábamos el campamento.

*

Era pintoresca y abigarrada la fisonomía del aduar.

No me he explicado cómo un pueblo, ágil para levantar sus viviendas y experto para orientarse en las necesidades de la vida, sea tan inestable y holgazán. La tienda del jefe — un amplio carpanchón alfombrado — concentraba todas las preferencias. Allí fuí recibido con Santiván. Se me hacía delicioso discurrir con estos trotamontes, beber té de su samovar y oir sus reflexiones sobre convivencia en el porvenir, buscando la sombra de la clásica higuera del Evangelio. Nos recibieron como a huéspedes, no como a incautos parroquianos a quienes fácil sería vender por buenos, chismes de cargazón. Pero el espectáculo más de mi gusto fué la suerte de baile con que se coronó la velada. No creo que la coreografía de los grandes escenarios pueda igualar en sabor y en gracia el sello nativo de esta danza llena de barbarie y de candor. Es posible que una gota de romántico ensueño trabajara mi fantasía, pues se me antojó el espectáculo propio de una Terpsícore auténtica, escapada de los trigales del Dnieper, vagando por el mundo al son de sus melancólicas pastorelas. La Pavlowa hubiera envidiado el panorama evocador bajo la tienda tibia y risueña, como un trozo de cielo de la Rusia salvaje y patriarcal. ¿Y la circasiana bailadora, de diez y seis años, de ojos magníficos y de ópimas trenzas que encendida y risueña, ejercitaba sus gráciles pasos, agitando a través de la gasa ligera,

los senos promisorios, como dos limones, sobre el corpiño de terciopelo? En verdad que era bella y abundosa de vida y de color la joven. Se llamaba Catalina. Alta, garrida, de formas perfectas, era más un tipo que una mujer, con el patrón definitivo de la raza del Cáucaso.

—¡Por el as de triunfos, que vale la hembra! — me dijo entre dientes Santiván. — Y luego me confesó sin reatos:

—Jamás he visto una monada tan perfecta.

Terminó a las once la tertulia. Al retirarnos creímos de rigor significar nuestro agradecimiento a la farándula. A pesar de la hospitalidad de la tienda, no se ofendería el rabí, sin duda. Antes que insinuara la dádiva a Santiván, requisando con disimulo mi bolsillo, advertí que ya lucían en su mano dos monedas de oro.

—Para alfileres, nena — le dijo a la gitana entregándole las piezas.

Y ensayando una expresión galante — la única tal vez en su vida truhanesca — traicionó el secreto de una simpatía:

—Y que valen tus pies ¡vaya!... No los malogres entre las breñas, corriendo a la ventura... Y si te gustan las flores, salta cuando te plazca, las duelas de mi jardín, en la casita verde y toma cuantas mosquetas

quieras... Abajo de la fonda ¿sabes?... Son los únicos rosales del camino...

Para los que presenciamos con fervor el espectáculo de la danza rusa, hecho una égloga en la gracia de la farandulera, el elogio de Santiván tenía la sencillez de una nota emocional, incontenida en un corazón de cuarenta y cinco años. Pero sobre la ingenuidad de los circunstantes, ante el tono aparentemente paternal del jugador, para dos personas sonó como una invitación maliciosa la galantería: para Catalina — que no pudo contener un ligero sonrojo — y para un mozalbete de la tribu, tipo hungarés, magro y melenudo, que puso en sus ojos una expresión diabólica y que apostaría, no pasó de largo el ojo clínico de Santiván.

—Yo coparía la banca por los pies de esa sota — me dijo, cuando nos despedimos, frente a la estación.

—Vale, vale la gitanilla — asentí.

—Sí; pero soy hombre de orden. No me conviene entrar en juego. Es una partida peligrosa cuando el rival trae cartas de repuesto bajo la chaqueta... ¿me entiende? Cuando me siendo a jugar con naipes dobles es para ganar; si no, no me siento.

Y como advirtiera que me era difícil comprender el sentido cabalístico, de sus palabras, cerró así la explicación dándome un fuerte apretón de manos:

—Yo me sé lo que digo. Por lo pronto, dejo correr el naipe y me voy a baraja.

*

A la mañana siguiente, a las diez, ya estaba Santiván en el despacho de la fonda con su vaso de whisky y resolviendo su solitario.

—¿Quién gana? — le interrogué chanceramente.

—¿Quién ha de ser, pues? El fondero, con este mal brevaje. Ni con «ginger alle» se le puede quitar el gusto a petróleo a esta ordinariez de caña. Lo que es el solitario...

—¿Lo saca?

—Lo perfecciono. Es una ocurrencia mía. Lo llamo «el camino de las mulas», por las vueltas que da. Tengo que poner en fila todas las cartas del mazo, alternando los palos y sacar juntos a los cuatro reyes que son los arrieros. Pero la cosa no se puede explicar si no en la práctica...

Y ya se disponía a darme una lección sobre este pro-

ducto de sus últimos ocios, cuando irrumpieron en el despacho cuatro o cinco gitanas que recorrían el villorrio en excursión mañanera, engañando con sus sortilegios. Venía Catalina con ellas. Vestía una saya de colores azules y rojos. A la luz esplendorosa de aquella tibia mañana de octubre parecía más fresca, más primorosa, más gracil. Sus trenzas largas y frondosas, caían con desgaire sobre su espalda, arrancando de una nuca blanca y deliciosa. Bajaban de una colineta que remataba en la boca de una mina, hasta cuyo socavón habían ido a persuadir con su nigromancia a los menestrales supersticiosos. Bellas estaban las zagalas con aquel color de cerezas pintonas puesto en gracia sobre las mejillas ardientes y el nacimiento de los senos.

Por tolerancia, más que por curiosidad, debí someterme a la buena ventura. Aquella gitanilla delgada y de ojos vivaces que se apoderó de mi mano, me dijo maravillas sobre el porvenir, sobre los dulces amores del camino, mi opulencia futura, mi longevidad.

Catalina tuvo más suerte sobre el espíritu supersticioso del jugador.

—Por aquí va tu vida cabayero, — le dijo, siguiendo la raya más profunda de su mano izquierda. — ¡Cuántos caminos qui tienes!... — Ti fué bien a veces; a veces ti fué mal... ¿virdá cabayero?...

—No digo que no. Soy como las montañas: con va-

lles y torrentes. La vida, aunque perra, tiene también sus paisajes, — dijo, mirando maliciosamente a la gitana.

—Tu no amas más qui joigos... Dicí verdá...

—Para olvidar cosas de éste, — justificó Santiván, señalando el corazón con el pulgar de la mano derecha y ensayando una mueca de ironía con los labios.

—Di siguro. Porque aquí está la mojier quirida qui ti trajo la pena — aseguró Catalina, como si realmente hubiese encontrado sobre la mano de Santiván, la prueba tangible de su aseveración.

—Pueda ser... ¿Vive? — se apresuró a interrogar el jugador. — Se parecía a ti, ¡recontra!...

—La sigo... la sigo. Va por aquí... ¿ves?... Aquí t'incuentras... Aquí ti siparas. Ella ti deja, ti abandona... Se va con amigos... ¿ves?... — Y levantó sus ojos llenos de luz, mientras señalaba una intersección de rayas más sibilina que real.

—No, no fué ella, — rectificó en voz baja el tahur. — Fué una deuda de juego que había que saldar sobre el tambor.

Y bajó la cabeza como al peso de un remordimiento.

—¡Pobrecita! ¡pobrecita! — exclamó después de un breve silencio la gitana. — Aquí se pierde... Esta mancha es de sangre... ¿ves?... esta mancha que corta la línea, es de sangre... ¿ves?...

—¿No vive, entonces?

—No.

—¡Canalla! — mascculló el jugador, apretando los dientes. — La habrá muerto, sin duda...

Y cerró la mano para evitar que la joven siguiera renovando heridas, con aquel torturante sortilegio.

—¡Basta!... — ordenó Santiván.

—De sangre ¿sabes?... — repitió automáticamente la gitana.

—¡Toma y vete... vete, vete!, — exclamó Santiván, entregando a la pitonisa la habitual libra inglesa con que pagaba, de primera intención, sus caprichos. Y con gesto de rigor y de súplica a la vez, con brusquedad, la empujó para que abandonara el despacho.

Se tiñeron de sangre las mejillas de la muchacha. Chispearon sus ojos, como zafiros. Crispó sus dedos como diez puñales. Pero era una paloma, al fin, aquella gata arisca, frente a los ojos impenetrables, serenos y dominadores del jugador.

—Vete... — volvió a repetir Santiván, dulcificando la voz.

Vencía la víbora al pájaro.

Sonrió suavemente la gitana como despertando de un dulce sueño.

—No quiero tu moneda — dijo. — Es falsa.

Y se echó afuera, mientras con desaire, con coqueto

mohín, arrojaba la libra sobre los naipes dispersos de la mesa.

Tintineó, como una música, el oro de ley. Huyeron las gitanas, alegres, como pájaros sueltos. Afuera, desmenuzaba el sol su polvo de oro sobre las cosas. Reía el arrojo entre los guijos de la quebrada. La quena de un indio traía las últimas notas de una serranilla, como una caricia de amor...

*

La tarde del miércoles fué excepcional para la aldea. Gritos destemplados, amenazas, y chillidos de mujeres, en diversos tonos, nos sacaron de la mesa antes de terminar el almuerzo. Algo extraordinario debía ocurrir en el aduar de la farándula. Desde el promontorio, donde se levanta la fonda, pudimos advertir el espectáculo de abajo. Se arremolineaban los hombres en bullicioso tropel, huían las mujeres quejumbrosas, despavoridas, llevando en su regazo a los niños. Ahullaban dolorosamente los perros, extrañados de esta nota beli-

cosa en su hambrienta y apacible trashumancia. En vano el enorme rabí, con su cayado de plata, pontificaba, exhortando a la moderación a su tribu. La batalla aminoró en intensidad, recién cuando los síntomas generales del campamento nos denunciaron que la beligerancia acababa de suscribirse con una nota de sangre. El temor judicial, ahogó como por ensalmo, la batahola.

—¿Habrá que proceder, paisano? — me interrogó casi temblando, el corregidor.

—No sea loco — se apresuró a responder Santiván. — Deje que se maten esos perros y no tome cartas porque a buen seguro que va a salir sacrificado.

Celebré el consejo por prudente y oportuno. De otra manera hubiera sido exponerse al salteo nocturno por parte de aquellos desalmados. Pero la tremolina no paró en el campamento. Subieron a la fonda los contendores, en fatigosa caravana. Venían a buscar juez para dirimir su querella. Cuando me enteré de las razones de la lucha, recién pude comprender la mirada amenazadora y doliente del gitano aquel, que había velado como refucilo de odio, las danzas de Catalina en la tienda del rabí.

Según el alegato del mozalbete, Catalina debía ser su compañera.

—Esa mojier es mía, señor juez... Ti la juro por ís-

ta... — exclamaba el gitano, haciendo la señal de la cruz y dirigiéndose al fondero.

—¡Qui mientes!... ¡qui mientes!... ¡sasino! — respondió, hecha una leona, la madre de Catalina, mientras ésta, llorosa, se había acurrucado en un rincón.

—Qui ti lo diga Lajandros...

—¡Qui sabe Lajandros!... Está mucho más mintiroso qui antes...

—Bueno — se atrevió a intervenir el corregidor — usted es casado ¿no?

—Por ísta... — volvió a jurar el mozo.

—¿Los papeles? — requirió extendiendo la mano... El mozo, inmutado visiblemente, apenas acertó a contestar:

—En Valparaíso...

—¿No ve, cabayero? — dijo la vieja... Mostra papeles... mostra papeles... ¡bandido!... ¡sinvirgoinza!...

A todo esto se había ido reuniendo gente en el mesón. Advertí que el asunto tenía más valor que el que aparentaba. Era una cuestión de carácter social, sobre todo. Catalina, podría ser muy bien el pretexto para definir la división en dos bandos. La ausencia del rabí a poner orden en la divergencia, — tal vez con más autoridad que mi «paisano», — me hizo sospechar que el patriarca estaba perdiendo su prestigio. Aumentaba la turba vocinglera en el antepatio de la fonda. La

rudeza del corregidor para dirimir esta clase de asuntos, podía echar a perder el conciliábulo. Me decidí a intervenir entonces. Santiván, que aparentemente parecía ajeno a esta escena, había extendido el naipe en su mesa habitual y repasaba su último solitario.

Empecé por rogar a los circunstantes que mantuvieran silencio mientras se desarrollaba el alegato; que todos hablarían a su turno. ¡Ardua tarea! Empezaban las recriminaciones en voz alta. Hombres y mujeres parecían afiliarse a cada uno de los bandos rivales para iniciar la batalla dentro del local. De afuera llegaban voces poco tranquilizadoras.

—No ti dejes virgonzar Lajandros... ¡No ti dejes!..

Los hombres jóvenes de la tribu iban poniéndose de lado del pretendiente de Catalina. Pero la vieja seguía gritando con más desenfado, hecha una harpía.

—¡Qui ti metes sarnoso!... — chillaba, amenazando con las uñas el rostro de uno de los más exaltados contendores.

—¿Qui mi meto? Pir qui quiero qui mi divoilvas el colchón qui mi robaste.

—Ma mira, siñor joiz...

—¡Pero amigo!... ¡por un colchón!...

—¡De pluma di ganso, cabayero! — exclamó con dignidad el bandido, elogiando con tono enfático el valor de la prenda.

El mozalbete iba tomando bríos mientras tanto. Las amenazas de uno y otro lado se hicieron más procaces. Se dejaron oir los primeros golpes de bastón sobre el mostrador. La catástrofe era inevitable. Afuera rugía el resto de la chusma. Protegido por la mayoría fué cuando el mozalbete se atrevió a avanzar sobre Catalina para tomarla entre sus brazos. Pero antes que hubiera dado dos pasos, rugió la voz de Santiván en el rincón de la sala.

—¡Alto la canalla! — gritó el jugador con acento sereno, mientras esgrimía una pištola de doce mm. en cada mano.

Y antes que los circunstantes pudieran sobreponerse del estupor, sentenció con coraje:

—¡Yo protejo a esta mujer, miserables!...

Y luego, pensando como buen jugador, que todo envite debía ser galante, propuso a la concurrencia:

—Si hay alguno de ustedes, caballeros, que se atreva a tocarla en mi presencia y quiera que le parta el cráneo de un balazo, que haga su juego nomás...

Y como indignado por aquella cobarde sumisión de las bestias cogidas, casi metiéndoles las pistolas por los ojos ordenó, sin consideración:

—¡Fuera la canalla! ¡fuera los perros! ¡fuera! ¡fuera!...

Salieron sin decir una palabra los gitanos. Quedaron

las mujeres temblorosas, azoradas, como esperando la represalia. Afuera había cesado el bramido de la turba. Santiván volvió a extender sus barajas. Catalina había sufrido un desvanecimiento. Cuando su madre se acercó a protejerla, advertí que sobre el corpiño, bajo el mantón de seda, se marchitaba un manojo de rosas y blancos alelíes...

*

Aquella noche velamos la fonda con el arma al brazo. Pero no se animó la tribu a llevar la esperada agresión, quizá temerosa por la dificultad de ganar impunemente la frontera. Supimos después, por el jefe de la estación, que mantenía relaciones cordiales con los gitanos, que reinaba una paz varsoviana en el aduar, es decir, una paz prevenida y discreta. Mi acción conciliatoria había sido simpática para aquellas gentes, no así la de Santiván. Hasta la hospedería no llegaba ya la caterva de abajo. El jugador, que siempre se había mostrado expansivo conmigo, se abroqueló en cierta impenetra-

ble hosquedad, aferrado cada vez más al manipuleo de sus solitarios. Para matar mi hastío, me fuí a visitar el ingenio de L. a cinco leguas, de minerales de plata, a cuyo administrador, el inglés Brin, conocí en el Rosario. Dos días gasté en esta amable excursión rodeado de gente decente, encantado de las amables sobremesas y de nuestras partidas de tennis con las simpáticas cuñaditas de Brin y el médico del ingenio.

El sábado, cosa de no volver a perder mi tren que pasaba el domingo por M., me puse sobre el camino, de regreso. Siguió mi mula el arroyito por lo hondo de la quebrada. Eran las dos de la tarde. De pronto, en el ángulo de una serranía, me encontré de improviso con una caravana de carretas que iba en sentido contrario al mío. Eran los rusos vagabundos que habían levantado su campamento de M. y se dirigían al caserío de R., camino de la frontera argentina.

Abría el camino la carreta del rabí, con su familia y sus allegados. Se detuvo, el vehículo, al cruzar frente a mi cabalgadura. Se pararon instantáneamente las nueve carretas del convoy para no salirse de la huella ripiosa y pesada.

—¿Nos dejarán pasar pir l'Argentina, cabayero? — me interrogó el patriarca, asomando la cabeza por la culata del carro.

—Creo que no habrá ningún impedimento.

—¡Ah cabayero!... ¿No ti sabes la noticia?... —dijo con voz doliente.

—¿Qué noticia? — interrogué con ansiedad, sospechando que hubiese ocurrido algún drama, durante mi ausencia.

—Catalina... ¿sabe, cabayero?...

—¿Qué ha ocurrido con Catalina?

—Si fué hace dos días, a minas de vecindá a hacer divinanzas y no ha voilto. ¿No la figura cabayero qui Catalina ha caído in pricipicios?...

La noticia me dejó desconcertado, entristecido, sin saber qué responder. Los gitanos me explicaron con lujo de detalles sus diligencias para descubrir el cuerpo de la joven que suponían en el fondo de algún barranco, maldijeron una y mil veces el villorrio aquel donde habían perdido su tesoro, me recomendaron que siguiera inquiriendo sobre su agreste sepultura y se pusieron en marcha otra vez sobre el camino fragoso y quebrado.

Me detuve hasta ver alejarse la caravana. Pasaron junto a mí una a una las carretas apeñuscadas hasta el tope. Cien brazos se agitaron en amable saludo. Pero iban silenciosos los viajeros. Detrás seguía la nube de perros, mal comidos, dolientes y resignados. Fué poco a poco extinguiéndose el ruido del convoy. Era ancha la cañada. Viborearon las carretas por el camino, en-

Obras de W. Jaime Molins, impresas por el establecimiento tipográfico "Oceana".

PARAGUAY

(2.ª edición)

1916

Descripción completa de la República del Paraguay. — Viaje a través del país. — Impresiones generales. — Agricultura y ganadería, comercio e industrias. — Estudio financiero del país. — La reforma monetaria. — El Banco agrícola y la oficina de cambios. — El puerto de la Asunción y la oficina revisadora de tabacos. — Descripción de ríos y bosques, yerbales y naranjales, estancias, quebrachales y fábricas de tanino. — El Chaco paraguayo y su conquista industrial. — Organización política, instrucción pública y ejército. — Tratado de libre cambio con la República Argentina. — Inmigración y colonización. — Vinculaciones argentino-paraguayas.

Precio del ejemplar.. .. .. $ 3.—

BOLIVIA

(2.ª edición)

1917

Con respecto a esta importante obra, reproducimos el artículo publicado por «La Nación» de Buenos Aires — relacionado con la 1ª edición — con fecha 16 de noviembre de 1916.

Decía «La Nación»:

«Conocen nuestros lectores demasiado bien para que sea necesario recordársela, la serie de artículos que, en estas mismas columnas, ha publicado Don W. Jaime Molins y que, con el agregado de algunos capítulos inéditos, acaba de editar en volumen, con el título de «Bolivia». En esos artículos nuestro colaborador ha estudiado, con rara sagacidad, con una información copiosa y con una evidente simpatía, los múltiples aspectos de la vida política, social, intelectual y económica de la vecina república, dedicando particularmente su atención a los numerosos problemas del intercambio con la Argentina

«Aparte de su valor como encuesta periodística, la obra del señor Molins tiene el de ser un esfuerzo sincero y eficaz en favor del acercamiento de las dos naciones. Así se explica que haya sido recibido con unánime aplauso en Bolivia, y nada puede dar mejor idea de ese sentimiento público que el telegrama siguiente, remitido ayer desde La Paz al director de «La Nación»:

«Con motivo de la obra meritísima que viene realizando el

escritor argentino señor W. Jaime Molins en favor de la vinculación argentino-boliviana, queremos exteriorizar el concenso con que la opinión ha recibido su importante libro «Bolivia» escrito con talento, ecuanimidad y desinterés. Cabe a «La Nación» el mérito de haber anticipado diversos capítulos de esta obra, contribuyendo así al mejor conocimiento de Bolivia, y es por ello que nos dirigimos a usted para hacer llegar a tan autorizado órgano de la prensa americana, las expresiones de nuestro agradecimiento.»

«Firman este despacho personalidades eminentes de la vecina república: los señores Arturo Molina Campero, ministro de gobierno y relaciones; Carlos Calvo, ex-ministro de instrucción pública; Eduardo Diez de Medina, presidente de la municipalidad de La Paz; Manuel Vicente Ballivian, ex-ministro de agricultura y colonias; A. Iturricha, ministro de justicia; A. Gutiérrez, escritor distinguido y ex representante diplomático ante Estados Unidos, Venezuela y Ecuador; Alfredo Ascarruz, ex-ministro ante el Perú (actualmente Enviado Extraordinario en Colombia); L. D. Ascarrunz, prefecto de La Paz; José Salinas, diputado nacional; Roberto Zapata; Moisés Santiváñez, presidente del Círculo de Bellas Artes; Rosendo Villalobos, Director de Correos y Telégrafos, etc.

«Anotamos complacidos esta significativa manifestación, no solo en cuanto representa un merecido homenaje a la obra del señor Molins, sino también en cuanto revela que las ideas de acercamiento y fraternidad encuentran simpatía creciente en toda la América latina.»

Precio del ejemplar.. .. .. $ 2.50

PATOGENIA POLITICA

(2ª edición)

Estudio de política mediterránea. — Luchas de partidos y de odios. — La nueva ley electoral. — El radicalismo.

Precio del ejemplar.. .. .. $ 2.—